

**Boletín Oficial
de la
Diócesis de Córdoba**

VOL. CXLIV

**Julio-Septiembre
2002**

OBISPADO DE CÓRDOBA
C/. Amador de los Ríos, 1- Teléfono 957.49.64.74
Año CCLI - Depósito Legal: CO 17 - 1958
Imprime: Impresiones Guadajoz s.l.l.

ÍNDICE

I. SANTO PADRE

Homilías, mensajes y discursos (selección)

1. Fiesta de acogida de los jóvenes en la plaza Exhibition de Toronto: *Discurso* (25 de julio de 2002). Pág. 7.
2. Vigilia con los jóvenes en el Parque Downsview, Toronto: *Discurso* (27 de julio de 2002). Pág. 13.
3. Santa Misa para la celebración de la XVII Jornada Mundial de la Juventud en el Parque Downsview, Toronto (28 de julio de 2002). Pág. 17.
4. Santa misa de canonización del beato Juan Diego Cuauhtlatoatzin, en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (31 de julio de 2002). Pág. 21.
5. Mensaje del Santo Padre, firmado por el Cardenal Secretario de Estado Angelo Sodano, a los participantes en el XXIII “Meeting” para la amistad entre los pueblos de Rímini (19 de agosto de 2002). Pág. 25.

II SANTA SEDE

1. **Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica**

Instrucción: *Caminar desde Cristo*:

Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio (14 de junio de 2002). Pág. 31.

2. Pontificio Consejo para los Laicos

Decreto del Consejo Pontificio para los Laicos: Aprobación *ad experimentum* de los Estatutos del Camino Neocatecumenal (29 de junio de 2002). Pág. 85.

III VIDA DE LA DIÓCESIS

Obispo Diocesano

1. Catequesis en Toronto. Pág. 91.
2. Carta convocando el Encuentro Diocesano. Pág. 105.
3. Homilía Misa de Enfermos en Ntra. Sra. del Socorro. Pág. 111.
4. Encuentro Diocesano 28-09. Pág. 119
5. Actividad Pastoral del Obispo Diocesano VII-IX de 2002. Pág. 125.

Secretaría General

1. Nombramientos. Pág. 129.
2. Decretos de aprobación y erección canónica de hermandades. Pág. 133.
3. Modificación del Arciprestazgo de Noroeste y creación de los arciprestazgos del Centro y de Ciudad Jardín. Pág. 135.
4. Nombramiento de Vicario Judicial Adjunto. Pág. 137.
5. Nombramiento de Vice-Rector del Seminario Dicesano Misionero "Redemptoris Mater" «Nuestra Señora de la Fuensanta». Pág. 139.
6. Nombramiento de Delegado Diocesano de Medios de Comunicación. Pág. 141.
7. Consentimiento para el establecimiento de la Asociación Privada de Fieles "Movimiento Cultural Cristiano" en Córdoba. Pág. 143.
8. Nombramiento de Vide-Rector del Seminario Dicesano "San Pelagio". Pág. 145.
9. Calendario previsto para la Diócesis octubre-diciembre de 2002. Pág. 147.

IV CEE

Nota de prensa de la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española sobre la "Corriente `Somos Iglesia`" (10/VII/2002). Pág. 151.

V NECROLÓGICAS. Pág. 155.

Santo Padre

1. Fiesta de acogida de los jóvenes en la plaza Exhibition de Toronto: *Discurso* (25 de julio de 2002).
2. Vigilia con los jóvenes en el Parque Downsview, Toronto: *Discurso* (27 de julio de 2002).
3. Santa Misa para la celebración de la XVII Jornada Mundial de la Juventud en el Parque Downsview, Toronto (28 de julio de 2002).
4. Santa misa de canonización del beato Juan Diego Cuauhtlatoatzin, en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (31 de julio de 2002).
5. Mensaje del Santo Padre, firmado por el Cardenal Secretario de Estado Angelo Sodano, a los participantes en el XXIII "Meeting" para la amistad entre los pueblos de Rímmini (19 de agosto de 2002).

***Homilías, mensajes y discursos
(selección)***

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
A TORONTO, CIUDAD DE GUATEMALA Y CIUDAD DE
MÉXICO

XVII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

FIESTA DE ACOGIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Toronto, Exhibition Place
Jueves 25 de julio de 2002

Queridos jóvenes:

1. Lo que acabamos de escuchar es la *charta magna* del cristianismo: *la página de las Bienaventuranzas*. Hemos vuelto a ver, con los ojos del corazón, la escena de entonces. Una multitud de personas se agolpa en torno a Jesús en la montaña: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, llegados de Galilea, pero también de Jerusalén, de Judea, de las ciudades de la Decápolis, de Tiro y Sidón. Todos están a la espera de una palabra, de un gesto que les dé consuelo y esperanza.

También nosotros nos hallamos reunidos aquí, esta tarde, *para ponernos a la escucha del Señor*. Os miro con gran afecto: venís de las diversas regiones de Canadá, de Estados Unidos, de América central, de América del sur, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. He escuchado vuestras voces jubilosas, vuestros gritos, vuestros cantos, y he percibido las profundas expectativas que laten en vuestro corazón: *¡queréis ser felices!*

Queridos jóvenes, son numerosas y atractivas las propuestas que se os presentan desde todas partes: muchos os hablan de una alegría que se puede obtener con el dinero, con el éxito, con el poder. Sobre todo os hablan de una alegría que coincide con el placer superficial y efímero de los sentidos.

2. Queridos amigos, a vuestro anhelo joven de ser felices, el anciano Papa responde con una palabra que no es suya. Es una palabra que resonó hace dos mil años. La acabamos de escuchar esta tarde: “Bienaventurados...”. La palabra clave de la enseñanza de Jesús es un anuncio de alegría: “Bienaventurados...”.

El hombre está hecho para la felicidad. Por tanto, vuestra sed de felicidad es legítima. *Cristo tiene la respuesta* a vuestra expectativa. Con todo, os pide que os fiéis de él. *La alegría verdadera es una conquista*, que no se logra sin *una lucha larga y difícil*. Cristo posee el secreto de la victoria.

Ya conocéis *los antecedentes*. Los narra el libro del *Génesis*: Dios creó al hombre y a la mujer en un paraíso, el Edén, porque quería que fueran felices. Por desgracia, el pecado trastornó sus proyectos iniciales. Dios no se resignó a esta derrota. Envío a su Hijo a la tierra para devolver al hombre la perspectiva de un cielo aún más hermoso. *Dios se hizo hombre* -como subrayaron los Padres de la Iglesia- *para que el hombre pudiera llegar a ser Dios*. Este es el cambio decisivo que la Encarnación imprimió a la historia humana.

3. ¿Dónde está la lucha? La respuesta nos la da Cristo mismo. San Pablo escribió: “Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que (...) tomando condición de siervo (...), se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte” (*Flp* 2, 6-8). Fue una lucha hasta la muerte. Cristo la libró no por sí sino por nosotros. *De aquella muerte ha brotado la vida*. La tumba del Calvario se ha convertido en *la cuna de la humanidad nueva* en camino hacia la felicidad verdadera.

El “Sermón de la montaña” *traza el mapa de este camino*. Las ocho Bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir. *Es un camino en subida*, pero Jesús lo ha recorrido primero. Y él está dispuesto a recorrerlo de nuevo con vosotros. Un día dijo: “El que me siga no caminará en la oscuridad” (*Jn* 8, 12). En otra circunstancia añadió: “Os he dicho esto *para que mi gozo esté en vosotros*, y vuestro gozo sea colmado” (*Jn* 15, 11).

Caminando con Cristo es como *se puede conquistar la alegría*, la verdadera alegría. Precisamente por esta razón él os ha dirigido también hoy un anuncio de alegría: “Bienaventurados...”.

Acogiendo ahora su cruz gloriosa, la cruz que ha recorrido, junta-

mente con los jóvenes, los caminos del mundo, dejad que resuene en el silencio de vuestro corazón esta palabra consoladora y exigente: “Bienaventurados...”.

(Después de que los jóvenes llevaron en procesión la cruz de la Jornada mundial, Juan Pablo II continuó con su discurso.)

4. Reunidos en torno a la cruz del Señor, contemplémoslo a él: Jesús no se limitó a *proclamar* las Bienaventuranzas; *también las vivió*. Al repasar su vida, relejendo el Evangelio, quedamos admirados: el más pobre de los pobres, el ser más manso entre los humildes, la persona de corazón más puro y misericordioso es precisamente él, Jesús. Las Bienaventuranzas no son más que la descripción de un rostro, *su Rostro*.

Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas *describen al cristiano*: son el retrato del discípulo de Jesús, la fotografía del hombre que ha acogido el reino de Dios y quiere sintonizar su vida con las exigencias del Evangelio. A este hombre Jesús se dirige llamándolo “bienaventurado”.

La alegría que las Bienaventuranzas prometen es la alegría misma de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la *obediencia al Padre* y en la *entrega a los hermanos*.

5. Jóvenes de Canadá, de América y de todas las partes del mundo, *mirando a Jesús* podéis aprender *lo que significa* ser pobres de espíritu, mansos y misericordiosos; lo que significa buscar la justicia, ser limpios de corazón, artífices de paz.

Con la mirada fija en él, podéis descubrir la senda del perdón y de la reconciliación en un mundo a menudo presa de la violencia y del terror. Durante el año pasado hemos experimentado con dramática evidencia el rostro trágico de la malicia humana. Hemos visto lo que sucede cuando reinan el odio, el pecado y la muerte.

Pero hoy la voz de Jesús resuena en medio de nuestra asamblea. Su voz es *voz de vida, de esperanza y de perdón*; es voz de justicia y de paz. ¡Escuchémosla! Escuchemos la voz de Jesús.

6. Queridos amigos, la Iglesia hoy os mira a vosotros con confianza y espera que os convirtáis en *el pueblo de las bienaventuranzas*.

Bienaventurados vosotros, si sois, como Jesús, pobres de espíritu, buenos y misericordiosos; si sabéis buscar lo que es justo y recto; si sois limpios de corazón, artífices de paz; si amáis y servís a los pobres. ¡Bienaventurados vosotros!

Sólo Jesús es el verdadero Maestro; sólo Jesús presenta un mensaje que no cambia, sino que responde a las expectativas más profundas del corazón del hombre, porque sólo él sabe “lo que hay en el hombre” (Jn 2, 25). Él sabe lo que hay en el hombre, en su corazón. Hoy él os llama a ser *sal y luz* del mundo, a escoger la bondad, a vivir en la justicia, a ser instrumentos de amor y de paz. Su llamada siempre ha exigido elegir entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. La misma invitación se dirige hoy a vosotros, que estáis aquí, a las orillas del lago Ontario.

7. ¿Qué llamada elegirán seguir *los centinelas de la mañana*? Creer en Jesús significa aceptar lo que dice, aunque vaya en contra de lo que dicen los demás. Significa rechazar las seducciones del pecado, por más atractivas que sean, y seguir el camino exigente de las virtudes evangélicas.

Jóvenes, escuchadme, responded al Señor con corazón fuerte y generoso. Él cuenta con vosotros. No lo olvidéis: *Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación*. Cristo necesita vuestra juventud y vuestro generoso entusiasmo para hacer que resuene *su anuncio gozoso en el nuevo milenio*. Responded a su llamada poniendo vuestra vida al servicio de él en los hermanos. Fiaos de Cristo, porque él se fía de vosotros.

8. Señor Jesucristo,
proclama una vez más
tus Bienaventuranzas
ante estos jóvenes
reunidos en Toronto
para su Jornada mundial.

Mira con amor
y escucha estos corazones jóvenes
que están dispuestos a
arriesgar su futuro por ti.

Tú los has llamado a ser
“sal de la tierra y luz del mundo”.

Sigue enseñándoles
la verdad y la belleza
de las perspectivas que anunciaste
en la Montaña.

Transfórmalos en *hombres y mujeres*
de las *Bienaventuranzas*.

Que brille en ellos
la luz de tu sabiduría,
de forma que con
sus palabras y obras
sepan difundir en el mundo
la luz y la sal del Evangelio.

Haz que toda su vida sea
un reflejo luminoso de ti,
que eres la Luz verdadera,
que vino a este mundo,
para que quien crea en ti no muera
sino que tenga la vida eterna
(cf. *Jn 3, 16*).

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A TORONTO, CIUDAD DE GUATEMALA Y CIUDAD DE MÉXICO

XVII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

VIGILIA DE ORACIÓN

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Toronto, Parque Downsview
Sábado 27 de julio de 2002

Queridos jóvenes:

1. Cuando, en el ya lejano 1985, quise poner en marcha las Jornadas mundiales de la juventud, tenía en el corazón las palabras del apóstol san Juan que acabamos de escuchar esta noche: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida (...) os lo anunciamos también a vosotros” (cf. *1 Jn* 1, 1. 3). E imaginaba las Jornadas mundiales como *un momento fuerte* en el que los jóvenes del mundo pudieran *encontrarse con Cristo*, el eternamente joven, y aprender de él a ser *los evangelizadores de los demás jóvenes*.

Esta noche, juntamente con vosotros, bendigo y doy gracias al Señor por el don que ha hecho a la Iglesia a través de las Jornadas mundiales de la juventud. Millones de jóvenes han participado en ellas, sacando motivaciones de compromiso y testimonio cristiano. Os doy las gracias en particular a vosotros, que, aceptando mi invitación, os habéis reunido aquí, en Toronto, para “contar al mundo vuestra alegría de haber encontrado a Jesucristo, vuestro deseo de conocerlo cada vez mejor, vuestro compromiso de anunciar el Evangelio de salvación hasta los últimos confines de la tierra” *Mensaje para la XVII Jornada mundial de la juventud*, n. 5: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de agosto de 2001, p. 3).

2. El nuevo milenio se ha inaugurado con *dos escenarios contrapuestos*: el de la multitud de peregrinos que acudieron a Roma durante el gran jubileo para cruzar la Puerta santa que es Cristo, Salvador y Redentor del hombre; y el del terrible atentado terrorista de Nueva York, icono de un mundo en el que parece prevalecer la dialéctica de la enemistad y el odio.

La pregunta que se impone es dramática: ¿sobre qué bases es preciso construir la nueva época histórica que surge de las grandes transformaciones del siglo XX? ¿Será suficiente apostar por la revolución tecnológica actual, que parece regulada únicamente por criterios de productividad y eficiencia, sin ninguna referencia a la dimensión religiosa del hombre y sin un discernimiento ético universalmente compartido? ¿Está bien contentarse con respuestas provisionales a los problemas de fondo y dejar que la vida quede a merced de impulsos instintivos, de sensaciones efímeras, de entusiasmos pasajeros?

Vuelve la misma pregunta: *¿sobre qué bases, sobre qué certezas es preciso construir la propia existencia y la de la comunidad a la que se pertenece?*

3. Queridos amigos, vosotros lo sentís instintivamente dentro de vosotros, en el entusiasmo de vuestra edad juvenil, y lo afirmáis con vuestra presencia aquí esta noche: *sólo Cristo es la “piedra angular”* sobre la que es posible construir sólidamente el edificio de la propia existencia. Sólo Cristo, conocido, contemplado y amado, es el amigo fiel que no defrauda, que se hace compañero de camino y cuyas palabras hacen arder el corazón (cf. *Lc 24, 13-35*).

El siglo XX a menudo pretendió prescindir de esa “piedra angular”, intentando *construir la ciudad del hombre sin hacer referencia a él* y acabó por edificarla de hecho *contra el hombre*. Pero los cristianos lo saben: no se puede rechazar o marginar a Dios, sin correr el *riesgo de humillar al hombre*.

4. La expectativa, que la humanidad va cultivando entre tantas injusticias y sufrimientos, es la de *una nueva civilización* marcada por la libertad y la paz. Pero para esa empresa se requiere una *nueva generación de constructores* que, movidos no por el miedo o la violencia sino por la urgencia de un amor auténtico, sepan poner piedra sobre piedra para edificar, en la ciudad del hombre, la ciudad de Dios.

Queridos jóvenes, permitidme que os manifieste mi esperanza: *esos "constructores" debéis ser vosotros*. Vosotros sois los hombres y las mujeres del mañana; en vuestro corazón y en vuestras manos se encuentra el futuro. A vosotros Dios encomienda la tarea, difícil pero entusiastamente, de colaborar con él en la edificación de la *civilización del amor*.

5. Hemos escuchado en la carta de san Juan -el Apóstol más joven y tal vez por eso el más amado por el Señor- que "Dios es luz y en él no hay tinieblas" (1 Jn 1, 5). Sin embargo, a Dios nadie lo ha visto, observa san Juan. Es Jesús, el Hijo unigénito del Padre, quien nos lo ha revelado (cf. Jn 1, 18). Pero si Jesús ha revelado a Dios, *ha revelado la luz*. En efecto, con Cristo vino al mundo "la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9).

Queridos jóvenes, dejaos conquistar por la luz de Cristo y difundidla en el ambiente en que vivís. "La luz de la mirada de Jesús -dice el *Catecismo de la Iglesia católica*- ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a verlo todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres" (n. 2715).

En la medida en que vuestra amistad con Cristo, vuestro conocimiento de su misterio, vuestra entrega a él, sean auténticos y profundos, seréis "hijos de la luz" y os convertiréis, también vosotros, en "luz del mundo". Por eso, os repito las palabras del Evangelio: "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 16).

6. Esta noche el Papa, juntamente con vosotros, jóvenes de los diversos continentes, *reafirma la fe que sostiene la vida de la Iglesia*: Cristo es la luz de los pueblos; él ha muerto y resucitado para devolver a los hombres, que caminan en la historia, la esperanza de la eternidad. *Su Evangelio no menoscaba lo humano*: todo valor auténtico, en cualquier cultura donde se manifieste, es acogido y asumido por Cristo. El cristiano, consciente de ello, no puede por menos de sentir vibrar en su interior el arrojo y la responsabilidad de convertirse en testigo de la luz del Evangelio.

Precisamente por eso, os digo esta noche: haced que resplandezca la luz de Cristo en vuestra vida. *No esperéis a tener más años para aventuraros por la senda de la santidad*. La santidad es siempre joven, como es eterna la juventud de Dios.

Comunicad a todos la belleza del encuentro con Dios, que da sentido a vuestra vida. *Que nadie os gane* en la búsqueda de la justicia, en la promoción de la paz, en el compromiso de fraternidad y solidaridad.

¡Cuán hermoso es el canto que ha resonado en estos días: «Luz del mundo, sal de la tierra»!

¡Sed para el mundo el rostro del amor!

¡Sed para la tierra el reflejo de su luz!

Es el don más hermoso y valioso que podéis hacer a la Iglesia y al mundo. El Papa os acompaña, como sabéis, con su oración y con una afectuosa bendición.

7. Quisiera saludar una vez más a los jóvenes de lengua polaca.

Queridos jóvenes, amigos míos, os agradezco vuestra presencia en Toronto, en Wadowice y en cualquier lugar donde estéis espiritualmente unidos con los jóvenes del mundo que viven su XVII Jornada mundial. Os quiero asegurar que constantemente os abrazo a cada uno y cada una de vosotros con el corazón y con la oración, pidiendo a Dios que seáis la sal y la luz de la tierra ahora y en la vida adulta. Dios os bendiga.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A TORONTO, CIUDAD DE GUATEMALA Y CIUDAD DE MÉXICO

XVII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

*Toronto, Parque Downsview
Domingo 28 de julio de 2002*

*“Vosotros sois la sal de la tierra...
Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 13-14).*

*Amadísimos jóvenes de la XVII Jornada mundial de la juventud;
amadísimos hermanos y hermanas:*

1. En una montaña, cerca del lago de Galilea, los discípulos de Jesús escuchaban su voz suave y apremiante: *suave* como el paisaje mismo de Galilea, *apremiante* como una llamada a elegir entre la vida y la muerte, entre la verdad y la mentira. El Señor pronunció entonces palabras de vida que resonarían para siempre en el corazón de los discípulos.

*Hoy os dice esas mismas palabras a vosotros, jóvenes de Toronto, de Ontario y de todo Canadá, de Estados Unidos, del Caribe, de la América de lengua española y portuguesa, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. Escuchad la voz de Jesús en lo más íntimo de vuestro corazón. Sus palabras os dicen *quiénes sois como cristianos*. Os enseñan *qué debéis hacer para permanecer en su amor*.*

2. Jesús ofrece una cosa; el “espíritu del mundo” ofrece otra. En la lectura de hoy, tomada de la carta a los Efesios, san Pablo afirma que Jesús nos lleva *de las tinieblas a la luz* (cf. *Ef 5, 8*). Tal vez el gran Apóstol estaba pensando en la luz que lo había cegado a él, el perseguidor de los cristianos, en

el camino de Damasco. Cuando recobró la vista, *ya nada era como antes*. Pablo había renacido y ya nada podía quitarle la alegría que le había inundado el alma.

También vosotros, queridos jóvenes, estáis llamados a ser transformados. “Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo” (Ef 5, 14), dice también san Pablo.

El “espíritu del mundo” *ofrece muchos espejismos, muchas parodias de la felicidad*. Quizá no haya tiniebla más densa que la que se introduce en el alma de los jóvenes cuando falsos profetas apagan en ellos la luz de la fe, de la esperanza y del amor. El engaño más grande, la mayor fuente de infelicidad es *el espejismo de encontrar la vida prescindiendo de Dios*, de alcanzar la libertad excluyendo las verdades morales y la responsabilidad personal.

3. El Señor os invita a elegir entre estas dos voces, que compiten por conquistar vuestra alma. *Esta elección es la esencia y el desafío de la Jornada mundial de la juventud*. ¿Para qué habéis venido desde todas las partes del mundo? Para decir juntos a Cristo: “Señor, ¿a quién iremos?” (Jn 6, 68). ¿Quién, quién tiene palabras de vida eterna? Jesús, el amigo íntimo de cada joven, tiene palabras de vida.

Lo que heredaréis es un mundo que tiene necesidad urgente de un renovado sentido de fraternidad y solidaridad humana. Es un mundo que necesita ser tocado y curado por la belleza y la riqueza del amor de Dios. *El mundo actual necesita testigos de ese amor*. Necesita que vosotros seáis *la sal de la tierra y la luz del mundo*.

El mundo os necesita; el mundo necesita la sal, os necesita como sal de la tierra y luz del mundo.

4. *La sal se usa para conservar y mantener sanos los alimentos*. Como apóstoles del tercer milenio, os corresponde a vosotros conservar y mantener viva *la conciencia de la presencia de Jesucristo, nuestro Salvador*, de modo especial en la celebración de la Eucaristía, memorial de su muerte redentora y de su gloriosa resurrección. Debéis mantener vivo el recuerdo de las palabras de vida que pronunció, de las espléndidas obras de misericordia y de bondad que realizó. Debéis constantemente recordar al mundo que “el Evangelio es fuerza de Dios que salva” (cf. Rm 1, 16).

La sal condimenta y da sabor a la comida. Siguiendo a Cristo, debéis cambiar y mejorar el “sabor” de la historia humana. Con vuestra fe, esperanza y amor, con vuestra inteligencia, valentía y perseverancia, *debéis humanizar el mundo en que vivimos.* El modo para alcanzarlo lo indicaba ya el profeta Isaías en la primera lectura de hoy: “Suelta las cadenas injustas, (...) parte tu pan con el hambriento (...). Cuando destierres de ti el gesto amenazador y la maledicencia, (...) brillará tu luz en las tinieblas” (cf. *Is 58, 6-10*).

5. Una llama ligera que arde rompe la pesada cubierta de la noche. ¡Cuánta más luz podréis producir vosotros, todos juntos, si os unís en la comunión de la Iglesia! *Si amáis a Jesús, amad a la Iglesia.* No os desalentéis por las culpas y faltas de alguno de sus hijos. El daño que han hecho algunos sacerdotes y religiosos a personas jóvenes o frágiles *nos llena a todos de un profundo sentido de tristeza y vergüenza.* Pero pensad en la gran mayoría de sacerdotes y religiosos generosamente comprometidos, cuyo único deseo es servir y hacer el bien. Hoy se encuentran aquí muchos sacerdotes, seminaristas y personas consagradas: estad cerca de ellos y sostenedlos. Y si escucháis que resuena en lo más íntimo de vuestro corazón esa misma llamada al sacerdocio o a la vida consagrada, no tengáis miedo de seguir a Cristo por el camino real de la cruz. En los momentos difíciles de la historia de la Iglesia el deber de la santidad resulta aún más urgente. *Y la santidad no es cuestión de edad.* La santidad es *vivir en el Espíritu Santo*, como hicieron Catalina Tekakwitha aquí en América y muchísimos otros jóvenes.

Vosotros sois jóvenes, y el Papa es anciano; 82 u 83 años de vida no es lo mismo que 22 o 23. Pero aún se identifica con vuestras expectativas y vuestras esperanzas. Jóvenes de espíritu, jóvenes de espíritu. Aunque he vivido entre muchas tinieblas, bajo duros regímenes totalitarios, he visto lo suficiente para convencerme de manera inquebrantable de que ninguna dificultad, ningún miedo es tan grande como para ahogar completamente *la esperanza que brota eterna en el corazón de los jóvenes.*

Vosotros sois nuestra esperanza, los jóvenes son nuestra esperanza. No dejéis que muera esa esperanza. Apostad vuestra vida por ella. *Nosotros no somos la suma de nuestras debilidades y nuestros fracasos; al contrario, somos la suma del amor del Padre a nosotros y de nuestra capacidad real de llegar a ser imagen de su Hijo.*

Concluyo con una oración.

6. Señor Jesucristo,
conserva a estos jóvenes en tu amor.

Haz que oigan tu voz
y crean en lo que dices,
porque *sólo tú tienes*
palabras de vida eterna.

Enséñales *cómo* profesar su fe,
cómo dar su amor,
cómo comunicar su esperanza
a los demás.

Hazlos testigos convincentes
de tu Evangelio,
en un mundo que tanto necesita
de tu gracia que salva.

Haz de ellos el nuevo pueblo
de las Bienaventuranzas,
para que sean la sal de la tierra
y la luz del mundo
al inicio del tercer milenio cristiano.

María, Madre de la Iglesia,
protege y guía
a estos muchachos y muchachas
del siglo XXI.

Abrázalos a todos
en tu corazón materno.

Amén.

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A TORONTO, CIUDAD DE GUATEMALA Y CIUDAD DE MÉXICO

CANONIZACIÓN DE JUAN DIEGO CUAUHTLATOATZIN

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Ciudad de México, Miércoles 31 de julio de 2002

1. *“¡Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla! ¡Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien!” (Mt 11, 25).*

Queridos hermanos y hermanas: Estas palabras de Jesús en el evangelio de hoy son para nosotros una invitación especial a alabar y dar gracias a Dios por el don del primer santo indígena del Continente americano.

Con gran gozo he peregrinado hasta esta Basílica de Guadalupe, corazón mariano de México y de América, para proclamar la santidad de Juan Diego Cuauhtlatoatzin, el indio sencillo y humilde que contempló el rostro dulce y sereno de la Virgen del Tepeyac, tan querido por los pueblos de México.

2. Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo de México, así como la calorosa hospitalidad de los hombres y mujeres de esta Arquidiócesis Primada: para todos mi saludo cordial. Saludo también con afecto al Cardenal Ernesto Corripio Ahumada, Arzobispo emérito de México y a los demás Cardenales, a los Obispos mexicanos, de América, de Filipinas y de otros lugares del mundo. Asimismo, agradezco particularmente al Señor Presidente y a las Autoridades civiles su presencia en esta celebración.

Dirijo hoy un saludo muy entrañable a los numerosos indígenas venidos de las diferentes regiones del País, representantes de las diversas etnias y culturas que integran la rica y pluriforme realidad mexicana. El

Papa les expresa su cercanía, su profundo respeto y admiración, y los recibe fraternalmente en el nombre del Señor.

3. ¿Cómo era Juan Diego? ¿Por qué Dios se fijó en él? El libro del Eclesiástico, como hemos escuchado, nos enseña que sólo Dios *“es poderoso y sólo los humildes le dan gloria”* (3, 20). También las palabras de San Pablo proclamadas en esta celebración iluminan este modo divino de actuar la salvación: *“Dios ha elegido a los insignificantes y despreciados del mundo; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios”* (1 Co 1, 28.29).

Es conmovedor leer los relatos guadalupanos, escritos con delicadeza y empapados de ternura. En ellos la Virgen María, la esclava *“que glorifica al Señor”* (Lc 1, 46), se manifiesta a Juan Diego como la Madre del verdadero Dios. Ella le regala, como señal, unas rosas preciosas y él, al mostrarlas al Obispo, descubre grabada en su tilma la bendita imagen de Nuestra Señora.

“El acontecimiento guadalupano -como ha señalado el Episcopado Mexicano- significó el comienzo de la evangelización con una vitalidad que rebasó toda expectativa. El mensaje de Cristo a través de su Madre tomó los elementos centrales de la cultura indígena, los purificó y les dio el definitivo sentido de salvación” (14.05.2002, n. 8). Así pues, Guadalupe y Juan Diego tienen un hondo sentido eclesial y misionero y son un modelo de evangelización perfectamente inculturada.

4. *“Desde el cielo el Señor, atentamente, mira a todos los hombres”* (Sal 32, 13), hemos recitado con el salmista, confesando una vez más nuestra fe en Dios, que no repara en distinciones de raza o de cultura. Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la profunda verdad de la nueva humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro fecundo de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la Virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos. Por ello, el testimonio de su vida debe seguir impulsando la construcción de la nación mexicana, promover la fraternidad entre todos sus hijos y favorecer cada vez más la reconciliación de México con sus orígenes, sus valores y tradiciones.

Esta noble tarea de edificar un México mejor, más justo y solidario, requiere la colaboración de todos. En particular es necesario apoyar hoy a

los indígenas en sus legítimas aspiraciones, respetando y defendiendo los auténticos valores de cada grupo étnico. ¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan a México!

Amados hermanos y hermanas de todas las etnias de México y América, al ensalzar hoy la figura del indio Juan Diego, deseo expresarles la cercanía de la Iglesia y del Papa hacia todos ustedes, abrazándolos con amor y animándolos a superar con esperanza las difíciles situaciones que atraviesan.

5. En este momento decisivo de la historia de México, cruzado ya el umbral del nuevo milenio, encomiendo a la valiosa intercesión de San Juan Diego los gozos y esperanzas, los temores y angustias del querido pueblo mexicano, que llevo tan adentro de mi corazón.

¡Bendito Juan Diego, indio bueno y cristiano, a quien el pueblo sencillo ha tenido siempre por varón santo! Te pedimos que acompañes a la Iglesia que peregrina en México, para que cada día sea más evangelizadora y misionera. Alienta a los Obispos, sostén a los sacerdotes, suscita nuevas y santas vocaciones, ayuda a todos los que entregan su vida a la causa de Cristo y a la extensión de su Reino.

¡Dichoso Juan Diego, hombre fiel y verdadero! Te encomendamos a nuestros hermanos y hermanas laicos, para que, sintiéndose llamados a la santidad, impregnen todos los ámbitos de la vida social con el espíritu evangélico. Bendice a las familias, fortalece a los esposos en su matrimonio, apoya los desvelos de los padres por educar cristianamente a sus hijos. Mira propicio el dolor de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, de cuantos padecen pobreza, soledad, marginación o ignorancia. Que todos, gobernantes y súbditos, actúen siempre según las exigencias de la justicia y el respeto de la dignidad de cada hombre, para que así se consolide la paz.

¡Amado Juan Diego, “el águila que habla”! Enséñanos el camino que lleva a la Virgen Morena del Tepeyac, para que Ella nos reciba en lo íntimo de su corazón, pues Ella es la Madre amorosa y compasiva que nos guía hasta el verdadero Dios. Amén.

Antes de impartir la bendición, el Vicario de Cristo dirigió las siguientes palabras:

Al concluir esta canonización de Juan Diego, deseo renovar el saludo a todos los que habéis podido participar, algunos desde esta basílica, otros desde los alrededores y muchos más a través de la radio y la televisión. Agradezco de corazón el afecto de cuantos he encontrado en las calles que he recorrido. En el nuevo santo tenéis el maravilloso ejemplo de un hombre de bien, recto de costumbres, leal hijo de la Iglesia, dócil a los pastores, amante de la Virgen, buen discípulo de Jesús. Que sea modelo para vosotros que tanto lo amáis, y que él interceda por México para que sea siempre fiel. Llevad a todos el mensaje de esta celebración y el saludo y el afecto del Papa a todos los mexicanos.

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II,
FIRMADO POR EL CARDENAL SODADO,
AL “MEETING” PARA LA AMISTAD ENTRE LOS PUEBLOS**

Excelencia reverendísima:

Con ocasión de la XXIII edición del *Meeting para la amistad entre los pueblos*, el Santo Padre le encarga que transmita a los organizadores y a los participantes su saludo cordial, y les manifieste su profundo aprecio por esa importante iniciativa, que desde hace varios años constituye una cita significativa del mundo católico italiano.

El título del encuentro de este año: “El sentimiento de las cosas, la contemplación de la belleza”, presenta una temática muy interesante. Cristo dijo: “Yo soy la verdad” (cf. *Jn* 14, 6), y quien lo encontró por los caminos de Palestina vio en él también al “más bello de los hijos de los hombres” (*Sal* 44, 3). La singular coincidencia entre verdad y belleza, que se realiza en el Verbo hecho hombre, vuelve a proponerse a menudo en las representaciones del arte cristiano, suscitando, también en nuestra época, el deseo de hallarla de nuevo en las composiciones actuales. En efecto, en nuestro tiempo, el pensamiento tiende a menudo a sostener que la verdad sería ajena, como tal, al mundo del arte. Por lo demás, la belleza correspondería sólo al sentimiento y representaría una dulce evasión de las férreas leyes que gobiernan el mundo. Pero ¿es precisamente así?

La naturaleza, las cosas y las personas, bien miradas, son capaces de maravillarnos por su belleza. ¿Cómo no ver, por ejemplo, en un atardecer entre las montañas, en la inmensidad del mar o en el semblante de un rostro algo que nos atrae y, al mismo tiempo, nos invita a profundizar en el conocimiento de la realidad que nos rodea? Esta constatación impulsó al pensamiento griego a sostener que la filosofía nace de la admiración, jamás separada del encanto de la belleza. También lo que sobrepasa el mundo sensible posee una belleza íntima, que impresiona al espíritu y lo abre a la admiración. Pensemos en la fuerza de atracción espiritual que ejerce un acto de justicia, un gesto de perdón o el sacrificio a causa de un gran ideal vivido con alegría y generosidad.

En la belleza se transparenta la verdad, que atrae a sí a través del encanto inconfundible que emana de los grandes valores. Así, el sentimiento y la razón están unidos radicalmente por una llamada dirigida a toda la persona. La realidad, con su belleza, hace experimentar el inicio del cumplimiento y casi nos susurra: “Tú no serás infeliz; la exigencia de tu corazón se realizará, más aún, ya se está realizando”.

A veces la belleza puede seducir y corromper, pero esta degeneración, como recuerda el Evangelio, representa un fruto amargo de una opción no buena, que nace en el corazón de la persona, porque “nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle” (*Mc 7, 15*). En este caso, la mirada del hombre se detiene en lo que aparece y, negando la llamada a ir más allá, llamada presente en todo lo bello, niega su valor de signo y pretende su posesión, borrando así en el tiempo toda huella de belleza.

A esta amarga experiencia se refiere san Agustín en las *Confesiones*, cuando reconoce: “Me arrojaba (...) sobre la gracia de tus criaturas. (...) Yo no estaba contigo, retenido lejos de ti por esas cosas que no serían si no fuesen en ti” (*X, 27, 38*). Pero el obispo de Hipona recuerda que precisamente la belleza lo liberó de esta angustia: “Me has llamado, y tu grito ha forzado mi sordera; tú has brillado, y tu resplandor ha alejado mi ceguera; tú has exhalado tu perfume, yo lo he aspirado, y he aquí que ahora suspiro por ti” (*ib.*).

El resplandor de la belleza contemplada abre el alma al misterio de Dios. Ya el *libro de la Sabiduría* reprendía a los que “no fueron capaces de conocer por las cosas buenas que se ven a Aquel que es” (*Sb 13, 1*), pues por la admiración de su belleza tendrían que haberse elevado hasta su Autor (cf. *Sb 13, 3*). En efecto, “de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor” (*Sb 13, 5*). La belleza posee una fuerza pedagógica para introducir eficazmente en el conocimiento de la verdad. En definitiva, conduce a Cristo, que es la Verdad. En efecto, cuando el amor y la búsqueda de la belleza nacen de una mirada de fe, se logra penetrar más a fondo en las cosas y entrar en contacto con Aquel que es la fuente de toda belleza.

El arte cristiano, en sus mejores expresiones, constituye una espléndida confirmación de esta intuición, presentándose como un homenaje de la belleza transfigurada, hecha eterna por la mirada de la fe.

El ardiente deseo del Sumo Pontífice es que el próximo *Meeting para la amistad entre los pueblos* contribuya a difundir ese modo nuevo de mirar las cosas que enseña Jesús. De esta manera, el arte puede transformarse en instrumento de evangelización, ayudando a promover una renovada etapa misionera.

Expresa, además, fervientes votos para que ese encuentro constituya para todos los participantes una valiosa ocasión de comunión en la caridad, de crecimiento en la fe y de contemplación de Dios, verdadera y sobrenatural Belleza.

Con este fin, asegura un recuerdo en la oración e, invocando la intercesión materna de María, *Tota pulchra*, envía a su excelencia, a los promotores, a los organizadores y a todos los que participen en el *Meeting*, una especial bendición apostólica.

Uno mis deseos personales de todo éxito para la manifestación y aprovecho la ocasión para confirmarme afectísimo en el Señor,

Card. Angelo SODANO
Secretario de Estado

Santa Sede

1. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

Instrucción: *Caminar desde Cristo*:

Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio (14 de junio de 2002)

2. Pontificio Consejo para los Laicos

Decreto del Consejo Pontificio para los Laicos:

Aprobación *ad experimentum* de los Estatutos del Camino Neocatecumenal (29 de junio de 2002)

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA

CAMINAR DESDE CRISTO: UN RENOVADO COMPROMISO DE LA VIDA CONSAGRADA EN EL TERCER MILENIO

Instrucción

INTRODUCCIÓN

Contemplando el esplendor del rostro de Cristo

1. Las personas consagradas, contemplando el rostro crucificado y glorioso (1) de Cristo y testimoniando su amor en el mundo, acogen con gozo, al inicio del tercer milenio, la urgente invitación del Santo Padre Juan Pablo II a *remar mar adentro*: «¡Duc in altum!» (*Lc 5, 4*). Estas palabras, repetidas en toda la Iglesia, han suscitado una nueva gran esperanza, han reavivado el deseo de una más intensa vida evangélica, han abierto de par en par los horizontes del diálogo y de la misión.

Quizás nunca como hoy *la invitación de Jesús a remar mar adentro* aparece como respuesta al drama de la humanidad, víctima del odio y de la muerte. El Espíritu Santo actúa siempre en la historia y puede sacar de las desdichas humanas un discernimiento de los acontecimientos que se abre al misterio de la misericordia y de la paz entre los hombres. Efectivamente, el Espíritu, desde el mismo desconcierto de las naciones, estimula en muchos la nostalgia de un mundo distinto que ya está presente en medio de nosotros. Lo asegura Juan Pablo II a los jóvenes cuando los exhorta a ser «centinelas de la mañana» que vigilan, fuertes en la esperanza, en espera de la aurora. (2)

Ciertamente los dramáticos sucesos en el mundo de estos últimos años han impuesto a los pueblos nuevos y más fuertes interrogantes que se han añadido a los ya existentes, surgidos en el contexto de una sociedad globa-

lizada, ambivalente en la realidad, en la cual «no se han globalizado sólo tecnología y economía, sino también inseguridad y miedo, criminalidad y violencia, injusticia y guerras». (3)

En esta situación *el Espíritu llama a las personas consagradas a una constante conversión* para dar nueva fuerza a la dimensión profética de su vocación. Éstas, en efecto, «llamadas a poner la propia existencia al servicio de la causa del Reino de Dios, dejándolo todo e imitando más de cerca la forma de vida de Jesucristo, asumen un papel sumamente pedagógico para todo el Pueblo de Dios». (4)

El Santo Padre se ha hecho intérprete de esta esperanza en su Mensaje a los Miembros de la última Plenaria de nuestra Congregación: «La Iglesia —escribe— cuenta con la dedicación constante de esta multitud elegida de hijos e hijas, con ansias de santidad y con entusiasmo de su servicio, para favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano hacia la perfección y reforzar la solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado. De este modo, se reafirma la presencia vivificante de la caridad de Cristo en medio de los hombres». (5)

Caminando por las huellas de Cristo

2. Pero ¿cómo descifrar en el espejo de la historia y en el de la actualidad las huellas y signos del Espíritu y las *semillas de la Palabra*, presentes hoy como siempre en la vida y en la cultura humana? (6) ¿Cómo interpretar los signos de los tiempos en una realidad como la nuestra, en la que abundan las zonas de sombra y de misterio? Sucede que el Señor mismo —como con los discípulos en el camino de Emaús— se hace nuestro compañero de viaje y nos da su Espíritu. Solo Él, presente entre nosotros, puede hacernos comprender plenamente su Palabra y actualizarla, puede iluminar las mentes y encender los corazones.

«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). El Señor Resucitado ha permanecido fiel a su promesa. A lo largo de los 2000 años de historia de la Iglesia, gracias a su Espíritu, se ha hecho constantemente presente en ella iluminándole el camino, inundándola de gracia, infundiéndole la fuerza para vivir siempre con mayor intensidad su palabra y para cumplir la misión de salvación como sacramento de la unidad de los hombres con Dios y entre ellos mismos. (7)

La vida consagrada, en el continuo desarrollarse y afirmarse en formas siempre nuevas, es ya en sí misma una elocuente expresión de esta su presencia, como una especie de Evangelio desplegado durante los siglos. Ésa aparece en efecto como «prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado». (8) De esta certeza las personas consagradas deben sacar un *renovado impulso*, haciendo que sea la fuerza inspiradora de su camino. (9)

La sociedad actual espera ver en ellas el reflejo concreto del obrar de Jesús, de su amor por cada persona, sin distinción o adjetivos calificativos. Quiere experimentar que es posible decir con el apóstol Pablo «esta vida en la carne la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (Ga 2, 20).

Cinco años de la Exhortación Apostólica Vita consecrata

3. Para ayudar con el discernimiento a hacer siempre más segura esta particular vocación y sostener hoy las valientes opciones de testimonio evangélico, la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica celebró su Plenaria del 25 al 28 de septiembre de 2001.

En 1994 la IX Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, completando el análisis «de las peculiaridades que caracterizan los estados de vida queridos por el Señor Jesús para su Iglesia», (10) después de los Sínodos dedicados a los laicos y a los presbíteros, estudió *La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo*. El Santo Padre Juan Pablo II, recogiendo las reflexiones y las esperanzas de la Asamblea sinodal, dio a toda la Iglesia la Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata*.

Cinco años después de la publicación de este fundamental Documento del magisterio eclesial, nuestro Dicasterio, en la *Plenaria*, se ha preguntado por la eficacia con que ha sido acogido y llevado a la práctica en el interior de las comunidades y de los institutos y en las Iglesias particulares.

La Exhortación Apostólica *Vita consecrata* ha sabido expresar con claridad y profundidad *la dimensión cristológica y eclesial de la vida consagrada en una perspectiva teológica trinitaria* que ilumina con nueva luz la teología del seguimiento y de la consagración, de la vida fraterna en comunidad y de la misión; ha contribuido a crear una nueva mentalidad acerca de su misión en

el pueblo de Dios; ha ayudado a las mismas personas consagradas a tomar mayor conciencia de la gracia de la propia vocación.

Es necesario continuar profundizando y llevando a la práctica este documento programático. Sigue siendo el punto de referencia más significativo y necesario para guiar el camino de fidelidad y de renovación de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica, y, al mismo tiempo, está abierto para promover perspectivas válidas *de formas nuevas de vida consagrada y de vida evangélica*.

Caminar en la esperanza

4. El Gran Jubileo del año 2000 ha marcado profundamente la vida de la Iglesia; en él toda la vida consagrada ha estado fuertemente comprometida en todo el mundo. Precedido de una oportuna preparación, el 2 de febrero de 2000 se celebró en todas las iglesias particulares el Jubileo de la vida consagrada.

Al final del Año Jubilar, para cruzar juntos el umbral del nuevo milenio, el Santo Padre quiso recoger la herencia de las celebraciones jubilares en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este texto, con extraordinaria pero no imprevista continuidad, se encuentran algunos temas fundamentales, ya en cierto modo anticipados en la Exhortación *Vita consecrata*: Cristo centro de la vida de cada cristiano, (11) la pastoral y la pedagogía de la santidad, su carácter exigente, su *alto grado* en la vida cristiana ordinaria, (12) la *difusa exigencia de espiritualidad* y de oración, actuada principalmente en la contemplación y en la escucha de la Palabra de Dios, (13) la incidencia insustituible de la vida sacramental, (14) la espiritualidad de comunión (15) y el testimonio del Amor que se expresa *en una nueva fantasía de la caridad* hacia el que sufre, hacia el mundo herido y esclavo del odio, en el diálogo ecuménico e interreligioso. (16)

Los Padres de la Plenaria, partiendo de los elementos ya formulados en la Exhortación Apostólica y colocados por la experiencia del Jubileo de frente a la necesidad de un renovado compromiso de santidad, han puesto en evidencia los interrogantes y las aspiraciones que, en las diversas partes del mundo, las personas consagradas advierten, recogiendo los aspectos más significativos. Su intención no ha sido ofrecer otro documento doctrinal, sino ayudar a la vida consagrada a entrar en las grandes indicaciones pastorales del Santo Padre, con la ayuda de su autoridad y de su servicio caris-

mático a la unidad y a la misión universal de la Iglesia. Un don que va transformado y puesto en práctica con la fidelidad al seguimiento de Cristo según los consejos evangélicos y con la fuerza de la caridad vivida diariamente en la comunión fraterna y en una generosa espiritualidad apostólica.

Las Asambleas especiales del Sínodo de los Obispos, con carácter continental, que marcaron la preparación al Jubileo, se interesaron por la contextualización eclesial y cultural de las aspiraciones y de los retos de la vida consagrada. Los Padres de la Plenaria no han intentado retomar un análisis de la situación. Simplemente, mirando al hoy de la vida consagrada y permaneciendo atentos a las indicaciones del Santo Padre, invitan a los consagrados y a las consagradas, en sus ambientes y culturas, *a dirigir la mirada sobre todo a la espiritualidad*. Su reflexión, recogida en estas páginas, se desarrolla en cuatro partes. Después de haber reconocido la riqueza de la experiencia que la vida consagrada está viviendo actualmente en la Iglesia, han querido expresar su gratitud y total aprecio *por aquello que es y por aquello que hace (I parte)*. No se han escondido las dificultades, las pruebas, los retos a los que hoy están sometidos los consagrados y las consagradas, sino que los han leído como *una nueva oportunidad* para descubrir de manera más profunda el sentido y la calidad de la vida consagrada (*II parte*). El llamamiento más importante que se ha querido recoger es el de *un compromiso renovado en la vida espiritual*, caminando desde Cristo en el seguimiento evangélico y viviendo en particular *la espiritualidad de la comunión (III parte)*. Finalmente han querido *acompañar a las personas consagradas por los caminos del mundo*, donde Cristo continúa caminando y haciéndose hoy presente, donde la Iglesia lo proclama Salvador del mundo, donde el latido trinitario de la caridad amplía la comunión en una renovada misión (*IV parte*).

Primera Parte

LA VIDA CONSAGRADA PRESENCIA DE LA CARIDAD DE CRISTO EN MEDIO DE LA HUMANIDAD

5. Volviendo la mirada a la presencia y al múltiple compromiso que los consagrados y las consagradas desarrollan en todos los campos de la vida eclesial y social, los Padres de la Plenaria han querido manifestarles aprecio sincero, gratitud y solidaridad. Éste es el sentir de la Iglesia entera que el Papa, dirigiéndose al Padre, fuente de todo bien, expresa así: «Te damos gracias por el don de la vida consagrada, que te busca en la fe y, en su misión universal, invita a todos a caminar hacia ti». (17) A través de una existencia transfigurada, participa en la vida de la Trinidad y confiesa el amor que salva. (18)

Verdaderamente merecen agradecimiento por parte de la comunidad eclesial las personas consagradas: monjes y monjas, contemplativos y contemplativas, religiosos y religiosas dedicados a las obras de apostolado, miembros de los institutos seculares y sociedades de vida apostólica, eremitas y vírgenes consagradas. Su existencia da testimonio de amor a Cristo cuando se encaminan al seguimiento como viene propuesto en el Evangelio y, con íntimo gozo, asumen el mismo estilo de vida que Él eligió para Sí. (19) Esta loable fidelidad, aun no buscando otra aprobación que la del Señor, se convierte en «*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos*». (20)

Un camino en el tiempo

6. Hasta en la simple cotidianeidad, la vida consagrada crece en progresiva maduración para convertirse en anuncio de un modo de vivir alternativo al del mundo y al de la cultura dominante. Con su estilo de vida y la búsqueda del Absoluto, casi insinúa una terapia espiritual para los males de nuestro tiempo. Por eso, en el corazón de la Iglesia representa una bendición y un motivo de esperanza para la vida humana y para la misma vida eclesial. (21)

Además de la presencia activa de nuevas generaciones de personas consagradas que hacen viva la presencia de Cristo en el mundo y el esplen-

dor de los carismas eclesiales, es particularmente significativa la presencia escondida y fecunda de consagrados y consagradas que conocen la ancianidad, la soledad, la enfermedad y el sufrimiento. Al servicio ya ofrecido y a la sabiduría que pueden compartir con otros, añaden la propia preciosa contribución uniéndose con su oblación al Cristo paciente y glorificado en favor de su Cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 1, 24).

7. La vida consagrada ha seguido en estos años caminos de profundización, purificación, comunión y misión. En las dinámicas comunitarias se han intensificado las relaciones personales y a la vez se ha reforzado el cambio intercultural, reconocido como beneficioso y estimulante por las propias instituciones. Se aprecia un loable esfuerzo por encontrar un ejercicio de la autoridad y de la obediencia más inspirado en el Evangelio que afirma, ilumina, convoca, integra, reconcilia. En la docilidad a las indicaciones del Papa, crece la sensibilidad a las peticiones de los Pastores y se incrementa la colaboración formativa y apostólica entre los Institutos.

Las relaciones con toda la comunidad cristiana se van configurando cada vez mejor *como cambio de dones* en la reciprocidad y en la complementariedad de las vocaciones eclesiales. (22) Es, en efecto, en las Iglesias locales donde se pueden establecer indicaciones programáticas concretas que permitan que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura. (23)

De simples relaciones formales se pasa fácilmente a una fraternidad vivida en el mutuo enriquecimiento carismático. Es un esfuerzo que puede ayudar a todo el Pueblo de Dios, porque la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y a la responsabilidad de cada bautizado. (24)

Por la santidad de todo el Pueblo de Dios

8. La llamada a seguir a Cristo con una especial consagración es un don de la Trinidad para todo un Pueblo de elegidos. Viendo en el bautismo el común origen sacramental, consagrados y consagradas condividen con los fieles la vocación a la santidad y al apostolado. En el ser signos de esta vocación universal manifiestan la misión específica de la vida consagrada. (25)

Las personas consagradas, para bien de la Iglesia, han recibido la llamada a una «nueva y especial consagración», (26) que compromete a vivir con amor apasionado la forma de vida de Cristo, de la Virgen María y de los Apóstoles. (27) En el mundo actual es urgente un testimonio profético que se base «en la afirmación de la primacía de Dios y de los bienes futuros, como se desprende del seguimiento y de la imitación de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas». (28)

De las personas consagradas se difunde en la Iglesia una convencida invitación a considerar la primacía de la gracia y a responder mediante un generoso compromiso espiritual. (29) A pesar de los vastos procesos de secularización, los fieles advierten una difusa exigencia de espiritualidad, que muchas veces se manifiesta como una renovada necesidad de oración. (30) Los acontecimientos de la vida, aun en su misma cotidianeidad, se ponen como interrogantes que hay que leer en clave de conversión. La dedicación de los consagrados al servicio de una calidad evangélica de la vida contribuye a tener viva de muchos modos la práctica espiritual entre el pueblo cristiano. Las comunidades religiosas buscan cada vez más ser lugares para la escucha y el compartir la palabra, la celebración litúrgica, la pedagogía de la oración y el acompañamiento y la dirección espiritual. Sin pretenderlo siquiera, la ayuda dada a los demás viene a ser ventaja recíproca. (31)

En misión por el Reino

9. A imagen de Jesús, aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para continuar su misión. Más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, se hace misión. Los consagrados, cuanto más se dejan conformar a Cristo, más lo hacen presente y operante en la historia para la salvación de los hombres. (32) Abiertos a las necesidades del mundo en la óptica de Dios, miran a un futuro con sabor de resurrección, dispuestos a seguir el ejemplo de Cristo que ha venido entre nosotros «a dar su vida y a darla en abundancia» (Jn 10, 10).

El celo por la instauración del Reino de Dios y la salvación de los hermanos viene así a constituir la mejor prueba de una donación auténticamente vivida por las personas consagradas. He aquí porqué todo intento de renovación se traduce en un nuevo ímpetu por la misión evangelizadora. (33) Aprenden a elegir con la ayuda de una formación permanente marcada por intensas experiencias espirituales que conducen a decisiones valientes.

En las intervenciones de los Padres en la Plenaria, así como en las relaciones presentadas, ha despertado admiración la multiforme actividad misionera de los consagrados y de las consagradas. De modo particular nos damos cuenta del valor del trabajo apostólico desarrollado con la generosidad y la particular riqueza connatural del “carácter femenino” de las mujeres consagradas. *Se merece el más grande reconocimiento por parte de todos, pastores y fieles.* Pero el camino iniciado debe profundizarse y extenderse. «Urge por tanto dar algunos pasos concretos, comenzando por abrir *espacios de participación* a las mujeres en diversos sectores y a todos los niveles, incluidos aquellos procesos en que se elaboran las decisiones». (34)

Hay que decir gracias, sobre todo *a quien se encuentra en primera línea.* La disponibilidad misionera se ha reafirmado con una valiente expansión hacia los pueblos que esperan el primer anuncio del Evangelio. Nunca como en estos años ha habido tantas fundaciones, precisamente en momentos agravados por la dificultad numérica que sufren los Institutos. Buscando entre las señales de la historia una respuesta a las expectativas de la humanidad, la osadía y la audacia evangélica han empujado a los consagrados y a las consagradas a lugares difíciles hasta el riesgo y el sacrificio efectivo de la vida. (35)

Con renovado esmero muchas personas consagradas encuentran en el ejercicio de las obras de misericordia evangélica enfermos que curar, necesitados de todo tipo, afligidos por pobreza antiguas y nuevas. También otros ministerios, como el de la educación, reciben de ellas una colaboración indispensable que hace madurar la fe a través de la catequesis o ejercita un verdadero apostolado intelectual. No faltan tampoco quienes sostienen con sacrificio y siempre con más amplias colaboraciones la voz de la Iglesia en los medios de comunicación que promueven la transformación social. (36) Una opción fuerte y convencida ha llevado a aumentar el número de religiosos y religiosas que viven entre los excluidos. En medio de una humanidad en movimiento, cuando tantas gentes se ven obligadas a emigrar, estos hombres y mujeres del Evangelio avanzan hacia la *frontera* por amor de Cristo, haciéndose cercanos a los últimos.

También es significativa la aportación eminentemente espiritual que ofrecen las monjas en la evangelización. Es «alma y fermento de las iniciativas apostólicas, dejando la participación activa en las mismas a quienes corresponde por vocación». (37) «De este modo, su vida se convierte en una misteriosa fuente de fecundidad apostólica y de bendición para la comunidad cristiana y para el mundo entero». (38)

Conviene, en fin, recordar que en estos últimos años el *Martirologio del testimonio de la fe y del amor en la vida consagrada* se ha enriquecido notablemente. Las situaciones difíciles han exigido a no pocos de ellos la prueba suprema de amor en genuina fidelidad al Reino. Consagrados a Cristo y al servicio de su Reino han dado testimonio de la fidelidad del seguimiento hasta la cruz. Diversas las circunstancias, variadas las situaciones, pero una la causa del martirio: la fidelidad al Señor y a su Evangelio, «porque no es la pena la que hace al mártir, sino la causa». (39)

Dóciles al Espíritu

10. Es éste un tiempo en que el Espíritu irrumpe, abriendo nuevas posibilidades. La dimensión carismática de las diversas formas de vida consagrada, siempre en camino y nunca completada, prepara en la Iglesia, en comunión con el Paráclito, la llegada de Aquél que debe venir, de Aquél que es ya el porvenir de la humanidad en camino. Como María Santísima, la primera consagrada, por virtud del Espíritu Santo y por el don total de sí misma ha engendrado a Cristo para redimir a la humanidad con una donación de amor, así las personas consagradas, perseverando en la apertura al Espíritu creador y manteniéndose en la humilde docilidad, hoy están llamadas a apostar por la caridad, «viviendo el compromiso de un amor activo y concreto con cada ser humano». (40) Existe un vínculo particular de vida y de dinamismo entre el Espíritu Santo y la vida consagrada, por eso las personas consagradas deben perseverar en la docilidad al Espíritu Creador. Él obra según el deseo del Padre en honor de la gracia que le ha sido dada en el Hijo querido. Y es el mismo Espíritu quien irradia el esplendor del misterio sobre la entera existencia, gastada por el Reino de Dios y el bien de multitudes tan necesitadas y abandonadas. También el futuro de la vida consagrada se ha confiado al dinamismo del Espíritu, autor y dispensador de los carismas eclesiales, puestos por Él al servicio de la plenitud del conocimiento y actuación del Evangelio de Jesucristo.

Segunda Parte

LA VALENTÍA PARA AFRONTAR LAS PRUEBAS Y LOS RETOS

11. Una mirada realista a la situación de la Iglesia y del mundo nos obliga también a ocuparnos de *las dificultades en que vive la vida consagrada*. Todos somos conscientes de las pruebas y de las purificaciones a que hoy día está sometida. El gran tesoro del don de Dios está encerrado en frágiles vasijas de barro (cf. 2Co 4, 7) y el misterio del mal acecha también a quienes dedican a Dios toda su vida. Si se presta ahora una cierta atención a los sufrimientos y a los retos que hoy afligen a la vida consagrada no es para dar un juicio crítico o de condena, sino para mostrar, una vez más, toda la solidaridad y la cercanía amorosa de quien quiere compartir no sólo las alegrías sino también los dolores. Atendiendo a algunas dificultades particulares, no se debe olvidar que la historia de la Iglesia está guiada por Dios y que todo sirve para el bien de los que lo aman (cf. Rm 8, 28). En esta visión de fe, aun lo negativo puede ser ocasión para un nuevo comienzo, si en él se reconoce el rostro de Cristo, crucificado y abandonado, que se hizo solidario con nuestras limitaciones y, cargado con nuestros pecados, subió al leño de la cruz (cf. 1P 2, 24). (41) La gracia de Dios se realiza plenamente en la debilidad (cf. 2 Co 12, 9).

Descubrir el sentido y la calidad de la vida consagrada

12. Las dificultades que hoy deben afrontar las personas consagradas asumen múltiples rostros, sobre todo si tenemos en cuenta los diferentes contextos culturales en los que viven.

Con la disminución de los miembros en muchos Institutos y su envejecimiento, evidente en algunas partes del mundo, surge la pregunta de si la vida consagrada es todavía un testimonio visible, capaz de atraer a los jóvenes. Si como se afirma en algunos lugares el tercer milenio será el tiempo del protagonismo de los laicos, de las asociaciones y de los movimientos eclesiales, podemos preguntarnos: ¿cuál será el puesto reservado a las formas tradicionales de vida consagrada? Ella, nos recuerda Juan Pablo II, tiene una gran historia que construir junto con los fieles. (42)

Pero no podemos ignorar que, a veces, a la vida consagrada no se le tiene en la debida consideración, e incluso se da una cierta desconfianza frente a ella. Por otro lado, ante la progresiva crisis religiosa que asalta a gran parte de nuestra sociedad, las personas consagradas, hoy de manera particular, se ven obligadas a buscar nuevas formas de presencia y a ponerse no pocos interrogantes sobre el sentido de su identidad y de su futuro.

Junto al impulso vital, capaz de testimonio y de donación hasta el martirio, la vida consagrada conoce también la insidia de la mediocridad en la vida espiritual, del aburguesamiento progresivo y de la mentalidad consumista. La compleja forma de llevar a cabo los trabajos, pedida por las nuevas exigencias sociales y por la normativa de los Estados, junto a la tentación del eficientismo y del activismo, corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales. Cuando los proyectos personales prevalecen sobre los comunitarios, pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad.

Son problemas reales, pero no hay que generalizar. Las personas consagradas no son las únicas que viven la tensión entre secularismo y auténtica vida de fe, entre la fragilidad de la propia humanidad y la fuerza de la gracia; ésta es la condición de todos los miembros de la Iglesia.

13. Las dificultades y los interrogantes que hoy vive la vida consagrada pueden traer un nuevo *kairós*, un tiempo de gracia. En ellos se oculta una auténtica llamada del Espíritu Santo a volver a descubrir las riquezas y las potencialidades de esta forma de vida.

El tener que convivir, por ejemplo, con una sociedad donde con frecuencia reina una cultura de muerte, puede convertirse en un reto a ser con más fuerza testigos, portadores y siervos de la vida. Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en oposición a la deshumanización, un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; proclaman la libertad de los hijos de Dios, la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas.

La impresión que algunos pueden tener de pérdida de estima por parte de ciertos sectores de la Iglesia por la vida consagrada, puede vivirse como una invitación a una purificación liberadora. La vida consagrada no busca

las alabanzas y las consideraciones humanas; se recompensa con el gozo de continuar trabajando activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el secreto, sin esperar otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. *Mt* 6, 6). Encuentra su identidad en la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, capaces de colmar una vida y de darle plenitud de sentido.

Si en algunos lugares las personas consagradas son *pequeño rebaño* a causa de la disminución en el número, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas.

La creciente toma de conciencia sobre la universalidad de la vocación a la santidad por parte de todos los cristianos, (43) lejos de considerar superfluo el pertenecer a un estado particularmente apto para conseguir la perfección evangélica, puede ser un ulterior motivo de gozo para las personas consagradas; están ahora más cercanas a los otros miembros del pueblo de Dios con los que comparten un camino común de seguimiento de Cristo, en una comunión más auténtica, en la emulación y en la reciprocidad, en la ayuda mutua de la comunión eclesial, sin superioridad o inferioridad. Al mismo tiempo, esta toma de conciencia es un llamamiento a comprender el valor del signo de la vida consagrada en relación con la santidad de todos los miembros de la Iglesia.

Si es verdad, en efecto, que todos los cristianos están llamados «a la santidad y a la perfección en su propio estado», (44) las personas consagradas, gracias a una «nueva y especial consagración» (45) tienen la misión de hacer resplandecer la forma de vida de Cristo, a través del testimonio de los consejos evangélicos, como apoyo a la fidelidad de todo el cuerpo de Cristo. No es ésta una dificultad, es más bien un estímulo a la originalidad y a la aportación específica de los carismas de la vida consagrada, que son al mismo tiempo carismas de espiritualidad compartida y de misión en favor de la santidad de la Iglesia.

En definitiva estos retos pueden constituir un fuerte llamamiento a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada, cuyo testimonio es hoy más necesario que nunca. Es oportuno recordar cómo los santos fundadores

y fundadoras han sabido responder con una genuina creatividad carismática a los retos y a las dificultades del propio tiempo.

La función de los superiores y de las superiores

14. Descubrir el sentido y la calidad de la vida consagrada es tarea fundamental de los superiores y de las superiores, a los que se ha confiado el servicio de la autoridad, un deber exigente y a veces contestado. Eso requiere una presencia constante, capaz de animar y de proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, de ayudar a las personas que se les han confiado a una fidelidad siempre renovada a la llamada del Espíritu. Ningún superior puede renunciar a su misión de animación, de ayuda fraterna, de propuesta, de escucha, de diálogo. Sólo así toda la comunidad podrá encontrarse unida en la plena fraternidad y en el servicio apostólico y ministerial. Siguen siendo de gran actualidad las indicaciones ofrecidas por el documento de nuestra Congregación *La vida fraterna en comunidad* cuando, al hablar de los aspectos de la autoridad que hoy es necesario valorar, reclama la función de autoridad espiritual, de autoridad creadora de unidad, de autoridad que sabe tomar la decisión final y garantizar su ejecución. (46)

A cada uno de sus miembros se le pide una participación convencida y personal en la vida y en la misión de la propia comunidad. Aun cuando en última instancia, y según el derecho propio, corresponde a la autoridad tomar las decisiones y hacer las opciones, el diario camino de la vida fraterna en comunidad pide una participación que permite el ejercicio del diálogo y del discernimiento. Cada uno y toda la comunidad pueden, así, comparar la propia vida con el proyecto de Dios, haciendo juntos su voluntad. (47) La corresponsabilidad y la participación se ejercen también en los diversos tipos de consejos a varios niveles, lugares en los que debe reinar de tal modo la plena comunión que se perciba la presencia del Señor que ilumina y guía. El Santo Padre no ha dudado en recordar *la antigua sabiduría* de la tradición monástica para un recto ejercicio concreto de la espiritualidad de comunión que promueve y asegura la activa participación de todos. (48)

En todo esto ayudará una seria formación permanente, en el interior de una radical reconsideración del problema de la formación en los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, para un camino auténtico de renovación: éste, en efecto, «depende principalmente de la formación de sus miembros». (49)

La formación permanente

15. El tiempo en que vivimos impone una reflexión general acerca de la formación de las personas consagradas, ya no limitada a un periodo de la vida. No sólo para que sean siempre más capaces de insertarse en una realidad que cambia con un ritmo muchas veces frenético, sino también porque es la misma vida consagrada la que exige por su naturaleza una disponibilidad constante en quienes son llamados a ella. Si, en efecto, la vida consagrada es en sí misma «una progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo», (50) parece evidente que tal camino no podrá sino durar toda la vida, para comprometer *toda* la persona, corazón, mente y fuerzas (cf. *Mt 22, 37*), y hacerla semejante al Hijo que se dona al Padre por la humanidad. Concebida así la formación, no es sólo tiempo *pedagógico* de preparación a los votos, sino que representa un modo *teológico* de pensar la misma vida consagrada, que es en sí formación nunca terminada, «participación en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón ... los sentimientos del Hijo». (51)

Por tanto, es muy importante que toda persona consagrada sea formada en la libertad de aprender durante toda la vida, en toda edad y en todo momento, en todo ambiente y contexto humano, de toda persona y de toda cultura, para dejarse instruir por cualquier parte de verdad y belleza que encuentra junto a sí. Pero, sobre todo, deberá aprender a dejarse formar por la vida de cada día, por su propia comunidad y por sus hermanos y hermanas, por las cosas de siempre, ordinarias y extraordinarias, por la oración y por el cansancio apostólico, en la alegría y en el sufrimiento, hasta el momento de la muerte.

Serán decisivas, por tanto, *la apertura hacia el otro y la alteridad*, y, en particular, *la relación con el tiempo*. Las personas en formación continua se apropian del tiempo, no lo padecen, lo acogen como don y entran con sabiduría en los varios ritmos (diario, semanal, mensual, anual) de la vida misma, buscando la sintonía entre ellos y el ritmo fijado por Dios inmutable y eterno, que señala *los días, los siglos y el tiempo*. De modo particular, la persona consagrada aprende a dejarse modelar *por el año litúrgico*, en cuya escuela revive gradualmente en sí los misterios de la vida del Hijo de Dios con sus mismos sentimientos, para *caminar desde Cristo* y desde su Pascua de muerte y resurrección todos los días de su vida.

La animación vocacional

16. Uno de los primeros frutos de un camino de formación permanente es la capacidad diaria de vivir la vocación como don siempre nuevo, que se acoge con un corazón agradecido. Un don al que hay que corresponder con una actitud cada vez más responsable, y que hay que testimoniar con mayor convicción y capacidad de contagio, para que los demás puedan sentirse llamados por Dios para aquella vocación particular o por otros caminos. El consagrado es también por naturaleza animador vocacional; en efecto, quien ha sido llamado, tiene que llamar. Existe, pues, una unión natural entre formación permanente y animación vocacional.

El servicio a las vocaciones es uno de los nuevos y más comprometidos retos que ha de afrontar hoy la vida consagrada. Por un lado la globalización de la cultura y la complejidad de las relaciones sociales hacen difíciles las opciones de vida radicales y duraderas; por otro, el mundo vive en una creciente experiencia de sufrimientos materiales y morales que minan la dignidad misma del ser humano y exigen, con ruego silencioso, que haya quien anuncie con fuerza el mensaje de paz y de esperanza, que lleve la salvación de Cristo. Resuenan en nuestras mentes las palabras de Jesús a sus apóstoles: «La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies» (*Mt 9, 37-38; Lc 10, 2*).

El primer compromiso de la pastoral vocacional es siempre la oración. Sobre todo allí donde son raros los ingresos en la vida consagrada, se necesita una fe renovada en el Dios que puede hacer surgir de las piedras hijos de Abrahán (cf. *Mt 3, 9*) y hacer fecundos los senos estériles si es invocado con confianza. Todos los fieles, y sobre todo los jóvenes, están comprometidos en esta manifestación de fe en Dios, que es el único que puede llamar y enviar obreros a su mies. Toda la Iglesia local, obispos, presbíteros, laicos, personas consagradas, está llamada a asumir la responsabilidad ante las vocaciones de particular consagración.

El camino maestro de la promoción vocacional a la vida consagrada es el que el mismo Señor inició cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: «Venid y veréis» (*Jn 1, 39*). Este encuentro, acompañado por el compartir la vida, exige a las personas consagradas vivir profundamente su consagración para ser un signo visible de la alegría que Dios da a quien escucha su llamada. De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelar por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos.

Ambiente privilegiado para este anuncio vocacional es la Iglesia local. Aquí todos los ministerios y carismas expresan su reciprocidad (52) y realizan juntos la comunión en el único Espíritu de Cristo y la multiplicidad de sus manifestaciones. La presencia activa de las personas consagradas ayudará a las comunidades cristianas a ser *laboratorios de la fe*, (53) lugares de búsqueda, de reflexión y de encuentro, de comunión y de servicio apostólico, en los que todos se sienten partícipes en la edificación del Reino de Dios en medio de los hombres. Se crea así el clima característico de la Iglesia como familia de Dios, un ambiente que facilita el mutuo conocimiento, el compartir y el *contagio* de los valores propios que están al origen de la donación de la propia vida a la causa del Reino.

17. La atención a las vocaciones es una tarea crucial para el porvenir de la vida consagrada. La disminución de las vocaciones particularmente en el mundo occidental y su crecimiento en Asia y en África está perfilando una nueva geografía de la presencia de la vida consagrada en la Iglesia y nuevos equilibrios culturales en la vida de los Institutos. Este estado de vida, que con la profesión de los consejos evangélicos da a los rasgos característicos de Jesús una típica y permanente visibilidad en medio del mundo, (54) vive hoy un tiempo particular de reflexión y de búsqueda con modalidades nuevas y en culturas nuevas. Éste es ciertamente un inicio prometedor para el desarrollo de expresiones inexploradas de sus múltiples formas carismáticas.

Las transformaciones en marcha piden directamente a cada uno de los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica dar un fuerte sentido evangélico a su presencia en la Iglesia y a su servicio a la humanidad. La pastoral de las vocaciones exige desarrollar nuevas y más profundas capacidades de encuentro; ofrecer, con el testimonio de la vida, itinerarios peculiares de seguimiento de Cristo y de santidad; anunciar, con fuerza y claridad, la libertad que brota de una vida pobre, que tiene como único tesoro el Reino de Dios; la profundidad del amor de una existencia casta, que quiere tener un solo corazón: el de Cristo; la fuerza de santificación y renovación encerrada en una vida obediente, que tiene un único horizonte: dar cumplimiento a la voluntad de Dios para la salvación del mundo.

La promoción de las vocaciones hoy es un deber que no se puede delegar de manera exclusiva en algunos especialistas ni separarlo de una verdadera y propia pastoral juvenil que haga sentir sobre todo el amor concreto de Cristo hacia los jóvenes. Cada comunidad y todos los miembros del

Instituto están llamados a hacerse cargo del contacto con los jóvenes, de una pedagogía evangélica del seguimiento de Cristo y de la transmisión del carisma; los jóvenes esperan que se sepan proponer estilos de vida auténticamente evangélicos y caminos de iniciación a los grandes valores espirituales de la vida humana y cristiana. Son, por tanto, las personas consagradas las que deben descubrir el arte pedagógico de suscitar y sacar a la luz los profundos interrogantes, con mucha frecuencia escondidos en el corazón de la persona, en particular de los jóvenes. Esas personas, acompañando el camino de discernimiento vocacional, ayudarán a mostrar la fuente de su identidad. Comunicar la propia experiencia de vida es siempre hacer memoria y volver a ver la luz que guió la elección vocacional personal.

Los caminos formativos

18. En lo que atañe a la formación, nuestro Dicasterio ha publicado dos documentos, *Potissimum institutioni* y *La colaboración entre los Institutos para la formación*. Somos bien conscientes de los retos siempre nuevos que los Institutos deben afrontar en este campo.

Las nuevas vocaciones que llaman a las puertas de la vida consagrada presentan profundas diferencias y necesitan atenciones personales y metodológicas adecuadas para asumir su concreta situación humana, espiritual y cultural. Por esto es necesario poner en marcha un discernimiento sereno, libre de las tentaciones del número o de la eficacia, para verificar, a la luz de la fe y de las posibles contraindicaciones, la veracidad de la vocación y la rectitud de intenciones. Los jóvenes tienen necesidad de ser estimulados hacia los altos ideales del seguimiento radical de Cristo y a las exigencias profundas de la santidad, en vista de una vocación que los supera y quizá va más allá del proyecto inicial que los ha empujado a entrar en un determinado Instituto. La formación, por tanto, deberá tener las características de la *iniciación al seguimiento radical de Cristo*. Si el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús, es necesario poner en marcha un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre. (55) Esto ayudará a integrar conocimientos teológicos, humanísticos y técnicos con la vida espiritual y apostólica del Instituto y conservará siempre la característica de *escuela de santidad*.

Los retos más comprometidos que la formación tiene que afrontar provienen de los valores que dominan la cultura globalizada de nuestros días. El anuncio cristiano de la vida como vocación, nacida de un proyecto de

amor del Padre y necesitada de un encuentro personal y salvífico con Cristo en la Iglesia, se debe confrontar con concepciones y proyectos dominados por culturas e historias sociales extremadamente diversificadas. Existe el riesgo de que las elecciones subjetivas, los proyectos individuales y las orientaciones locales se sobrepongan a la regla, al estilo de vida comunitaria y al proyecto apostólico del Instituto. Es necesario poner en práctica un diálogo formativo capaz de acoger las características humanas, sociales y espirituales de las que cada uno es portador, de distinguir en ellas los límites humanos, que piden una superación, y las invitaciones del Espíritu, que pueden renovar la vida del individuo y del Instituto. En un tiempo de profundas transformaciones, la formación deberá estar atenta a arraigar en el corazón de los jóvenes consagrados los valores humanos, espirituales y carismáticos necesarios, que los hagan aptos para vivir una *fidelidad dinámica*, (56) en la estela de la tradición espiritual y apostólica del Instituto.

La interculturalidad, las diferencias de edad y el diverso planteamiento caracterizan cada vez más a los Institutos de vida consagrada. La formación deberá educar al diálogo comunitario en la cordialidad y en la caridad de Cristo, enseñando a acoger las diversidades como riqueza y a integrar los diversos modos de ver y sentir. Así la búsqueda constante de la unidad en la caridad se convertirá en *escuela de comunión* para las comunidades cristianas y propuesta de fraterna convivencia entre los pueblos.

Además se deberá prestar particular atención a una formación cultural de acuerdo con los tiempos y en diálogo con la búsqueda de sentido del hombre de hoy. Por esto se pide una mayor preparación en el campo filosófico, teológico, psico-pedagógico y una orientación más profunda sobre la vida espiritual, modelos más adecuados y respetuosos con las culturas en las que nacen las nuevas vocaciones, itinerarios bien definidos para la formación permanente, y, sobre todo, se desea que se destinen a la formación las mejores energías, aunque esto comporte notables sacrificios. Dedicar personal cualificado y su adecuada preparación es tarea prioritaria.

Debemos ser sumamente generosos en dedicar tiempo y las mejores energías a la formación. Las personas de los consagrados son, en efecto, uno de los bienes más preciados de la Iglesia. Sin ellas, todos los planes formativos y apostólicos se quedan en teoría, en deseos inútiles. Sin olvidar que, en una época acelerada como la nuestra, lo que hace falta más que otra cosa es tiempo, perseverancia y espera paciente para alcanzar los objetivos formativos. En unas circunstancias en las que prevalece la rapidez y la superficiali-

dad, necesitamos serenidad y profundidad porque en realidad la persona se va forjando muy lentamente.

Algunos retos particulares

19. Si se ha subrayado la necesidad de la calidad de la vida y el cuidado que se debe tener con las exigencias formativas es porque estos parecen ser los aspectos más urgentes. La Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica quisiera estar cercana a las personas consagradas en todos los problemas y continuar un diálogo cada vez más sincero y constructivo.

Los Padres de la Plenaria son conscientes de esta necesidad y han manifestado el deseo de un mayor conocimiento y colaboración con los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica. Su presencia en la Iglesia local, y en particular la de las diversas congregaciones de derecho diocesano, la de las Vírgenes consagradas y de los eremitas, exige una especial atención por parte del Obispo diocesano y de su presbiterio.

Al mismo tiempo, son sensibles a los interrogantes que se ponen religiosos y religiosas respecto a las grandes obras a las que hasta el momento se han dedicado en la línea de los respectivos carismas: hospitales, colegios, escuelas, casas de acogida y de retiro. En algunas partes del mundo se las piden con urgencia, en otras son difíciles de regentar. Para encontrar caminos valientes se necesita creatividad, cautela, diálogo entre los miembros del Instituto, entre los Institutos con obras semejantes y con los responsables de la Iglesia particular.

También son muy actuales las temáticas de la inculturación. Miran la manera de encarnar la vida consagrada, la adaptación de las formas de espiritualidad y de apostolado, las formas de gobierno, la formación, la gestión de los recursos y de los bienes económicos, el desarrollo de la misión. Los deseos expresados por el Papa a toda la Iglesia valen también para la vida consagrada: «El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta *exigencia de inculturación*. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado». (57) De una verdadera inculturación se espera un notable enriquecimiento y un nuevo impulso espiritual y apostólico para la vida consagrada y para toda la Iglesia.

Podríamos revisar otras muchas expectativas de la vida consagrada al comienzo de este nuevo milenio y no acabaríamos nunca, porque el Espíritu empuja siempre hacia adelante, siempre más allá. La palabra del Maestro debe suscitar en todos sus discípulos y discípulas un gran entusiasmo para recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro. (58)

Escuchando la invitación hecha por el Papa Juan Pablo II a toda la Iglesia, la vida consagrada decididamente debe caminar desde Cristo, contemplando su rostro, favoreciendo los caminos de la espiritualidad como vida, pedagogía y pastoral: «La Iglesia espera también vuestra colaboración, hermanos y hermanas consagrados, para avanzar a lo largo de este nuevo tramo de camino según las orientaciones que he trazado en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte: contemplar el rostro de Cristo, partir de Él, ser testigos de su amor*». (59) Sólo entonces la vida consagrada encontrará nuevo vigor para ponerse al servicio de toda la Iglesia y de la entera humanidad.

Tercera Parte

LA VIDA ESPIRITUAL EN EL PRIMER LUGAR

20. La vida consagrada, como toda forma de vida cristiana, es por su naturaleza dinámica, y cuantos son llamados por el Espíritu a abrazarla tienen necesidad de renovarse constantemente en el crecimiento hasta llegar a la unidad perfecta del Cuerpo de Cristo (cf. *Ef* 4, 13). Nació por el impulso creador del Espíritu que ha movido a los fundadores y fundadoras por el camino del Evangelio suscitando una admirable variedad de carismas. Ellos, disponibles y dóciles a su guía, han seguido a Cristo más de cerca, han entrado en su intimidad y han compartido completamente su misión.

Su experiencia del Espíritu exige no sólo que la conserven cuantos les han seguido, sino también que la profundicen y la desarrollen. (60) También hoy el Espíritu Santo pide disponibilidad y docilidad a su acción siempre nueva y creadora. Solo Él puede mantener constante la frescura y la autenticidad de los comienzos y, al mismo tiempo, infundir el coraje de la audacia y de la creatividad para responder a los signos de los tiempos.

Es preciso, por tanto, dejarse conducir por el Espíritu al descubrimiento siempre renovado de Dios y de su Palabra, a un amor ardiente por Él y por la humanidad, a una nueva comprensión del carisma recibido. Se trata de dirigir la mirada a la espiritualidad entendida en el sentido más fuerte del término, o sea *la vida según el Espíritu*. La vida consagrada hoy necesita sobre todo de un impulso espiritual, que ayude a penetrar en lo concreto de la vida el sentido evangélico y espiritual de la consagración bautismal y de su *nueva y especial consagración*.

«La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica». (61) Debemos dejar que el Espíritu abra abundantemente las fuentes de agua viva que brotan de Cristo. Es el Espíritu quien nos hace reconocer en Jesús de Nazaret al Señor (cf. *1Co* 12, 3), el que hace oír la llamada a su seguimiento y nos identifica con él: «el que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo» (*Rm* 8, 9). Él es quien, haciéndonos hijos en el Hijo, da tes-

timonio de la paternidad de Dios, nos hace conscientes de nuestra filiación y nos da el valor de llamarlo «Abba, Padre» (Rm 8, 15). Él es quien infunde el amor y engendra la comunión. En definitiva, la vida consagrada exige un renovado esfuerzo a la santidad que, en la simplicidad de la vida de cada día, tenga como punto de mira el radicalismo del sermón de la montaña, (62) del amor exigente, vivido en la relación personal con el Señor, en la vida de comunión fraterna, en el servicio a cada hombre y a cada mujer. Tal novedad interior, enteramente animada por la fuerza del Espíritu y proyectada hacia el Padre en la búsqueda de su Reino, consentirá a las personas consagradas *caminar desde Cristo* y ser testigos de su amor.

La llamada a descubrir las propias raíces y las propias opciones en la espiritualidad abre caminos hacia el futuro. Se trata, ante todo, de vivir en plenitud *la teología de los consejos evangélicos a partir del modelo de vida trinitario*, según las enseñanzas de *Vita consecrata*, (63) con una nueva oportunidad de confrontarse con las fuentes de los propios carismas y de los propios textos constitucionales, siempre abiertos a nuevas y más comprometidas interpretaciones. El sentido dinámico de la espiritualidad ofrece la ocasión de profundizar, en esta época de la Iglesia, una espiritualidad más eclesial y comunitaria, más exigente y madura en la ayuda recíproca en la consecución de la santidad, más generosa en las opciones apostólicas. Finalmente, una espiritualidad más abierta para ser *pedagogía y pastoral de la santidad* en el interior de la vida consagrada y en su irradiación a favor de todo el pueblo de Dios. El Espíritu Santo es el alma y el animador de la espiritualidad cristiana, por esto es preciso confiarse a su acción que parte del íntimo de los corazones, se manifiesta en la comunión y se amplía en la misión.

Caminar desde Cristo

21. Es necesario, por tanto, adherirse cada vez más a Cristo, centro de la vida consagrada, y retomar un camino de conversión y de renovación que, como en la experiencia primera de los apóstoles, antes y después de su resurrección, sea un *caminar desde Cristo*. Sí, es necesario caminar desde Cristo, porque de Él han partido los primeros discípulos en Galilea; de Él, a lo largo de la historia de la Iglesia, han salido hombres y mujeres de toda condición y cultura que, consagrados por el Espíritu en virtud de la llamada, por Él han dejado familia y patria y lo han seguido incondicionalmente, haciéndose disponibles para el anuncio del Reino y para hacer el bien a todos (cf. *Hch* 10, 38).

El conocimiento de la propia pobreza y fragilidad y, a la vez, de la grandeza de la llamada, ha llevado con frecuencia a repetir con el apóstol Pedro: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (Lc 5, 8). Sin embargo, el don de Dios ha sido más fuerte que la insuficiencia humana. Y Cristo mismo, en efecto, se ha hecho presente en las comunidades que a lo largo de los siglos se han reunido en su nombre, las ha colmado de sí y de su Espíritu, las ha orientado hacia el Padre, las ha guiado por los caminos del mundo al encuentro de los hermanos y hermanas, las ha hecho instrumentos de su amor y constructoras del Reino en comunión con todas las demás vocaciones en la Iglesia.

Las personas consagradas pueden y deben caminar desde Cristo, porque Él mismo ha venido primero a su encuentro y les acompaña en el camino (cf. Lc 24, 13-22). Su vida es la proclamación de la primacía de la gracia; (64) sin Cristo no pueden hacer nada (cf. Jn 15, 5); en cambio todo lo pueden en aquél que los conforta (cf. Flp 4, 13).

22. *Caminar desde Cristo* significa proclamar que la vida consagrada es especial seguimiento de Cristo, «*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús* como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos». (65) Esto conlleva una particular comunión de amor con Él, constituido el centro de la vida y fuente continua de toda iniciativa. Es, como recuerda la Exhortación apostólica *Vita consecrata*, experiencia del compartir, «especial gracia de intimidad»; (66) «identificarse con Él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida», (67) es una vida «afianzada por Cristo», (68) «tocada por la mano de Cristo, conducida por su voz y sostenida por su gracia». (69)

Toda la vida de consagración sólo puede ser comprendida desde este punto de partida: los *consejos evangélicos* tienen sentido en cuanto ayudan a cuidar y favorecer el amor por el Señor en plena docilidad a su voluntad; la *vida fraterna* está motivada por aquel que reúne junto a sí y tiene como fin gozar de su constante presencia; la *misión* es su mandato y lleva a la búsqueda de su rostro en el rostro de aquellos a los que se envía para compartir con ellos la experiencia de Cristo.

Éstas fueron las intenciones de los fundadores de las diferentes comunidades e institutos de vida consagrada. Éstos los ideales que animaron generaciones de mujeres y hombres consagrados.

Caminar desde Cristo significa reencontrar el primer amor, el destello inspirador con que se comenzó el seguimiento. Suya es la primacía del

amor. El seguimiento es sólo la respuesta de amor al amor de Dios. Si «nosotros amamos» es «porque Él nos ha amado primero» (1 Jn 4, 10.19). Eso significa reconocer su amor personal con aquel íntimo conocimiento que hacía decir al apóstol Pablo: «Cristo *me* ha amado y ha dado su vida *por mí*» (Ga 2, 20).

Sólo el conocimiento de ser objeto de un amor infinito puede ayudar a superar toda dificultad personal y del Instituto. Las personas consagradas no podrán ser creativas, capaces de renovar el Instituto y abrir nuevos caminos de pastoral, si no se sienten animadas por este amor. Este amor es el que les hace fuertes y audaces y el que les infunde valor y osadía.

Los votos con que los consagrados se comprometen a vivir los consejos evangélicos confieren toda su radicalidad a la respuesta de amor. La virginidad ensancha el corazón en la medida del amor de Cristo y les hace capaces de amar como Él ha amado. La pobreza les hace libres de la esclavitud de las cosas y necesidades artificiales a las que empuja la sociedad de consumo, y les hace descubrir a Cristo, único tesoro por el que verdaderamente vale la pena vivir. La obediencia pone la vida enteramente en sus manos para que la realice según el diseño de Dios y haga una obra maestra. Se necesita el valor de un seguimiento generoso y alegre.

Contemplar los rostros de Cristo

23. El camino que la vida consagrada debe emprender al comienzo del nuevo milenio está guiado por la contemplación de Cristo, con la mirada «más que nunca *fija en el rostro del Señor*». (70) Pero, ¿dónde contemplar concretamente el rostro de Cristo? Hay una multiplicidad de presencias que es preciso descubrir de manera siempre nueva.

Él está siempre presente en su Palabra y en los Sacramentos, de manera especial en la Eucaristía. Vive en su Iglesia, se hace presente en la comunidad de los que están unidos en su nombre. Está delante de nosotros en cada persona, identificándose de modo particular con los pequeños, con los pobres, con el que sufre, con el más necesitado. Viene a nuestro encuentro en cada acontecimiento gozoso o triste, en la prueba y en la alegría, en el dolor y en la enfermedad.

La santidad es el fruto del encuentro con Él en las muchas presencias donde podemos descubrir su rostro de Hijo de Dios, un rostro doliente y, a

la vez, el rostro del Resucitado. Como Él se hizo presente en el diario vivir, así también hoy está en la vida cotidiana donde continúa mostrando su rostro. Para reconocerlo es preciso una mirada de fe, formada en la familiaridad con la Palabra de Dios, en la vida sacramental, en la oración y sobre todo en el ejercicio de la caridad, porque sólo el amor permite conocer plenamente el Misterio.

Podemos señalar algunos *lugares* privilegiados en los que se puede contemplar el rostro de Cristo, *para un renovado compromiso en la vida del Espíritu*. Éstos son los caminos de una espiritualidad vivida, compromiso prioritario en este tiempo, ocasión de releer en la vida y en la experiencia diaria las riquezas espirituales del propio carisma, en un contacto renovado con las mismas fuentes que han hecho surgir, *por la experiencia del Espíritu* de los fundadores y de las fundadoras, el destello de la vida nueva y de las obras nuevas, las específicas relecturas del Evangelio que se encuentran en cada carisma.

La Palabra de Dios

24. Vivir la espiritualidad significa sobre todo partir de la persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, presente en su Palabra, «primera fuente de toda espiritualidad», como recuerda Juan Pablo II a los consagrados. (71) La santidad no se concibe si no es a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios. «En particular —leemos en la *Novo millennio ineunte*— es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, ... que permita encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia». (72) Es allí, en efecto, donde el Maestro se revela, educa el corazón y la mente. Es allí donde se madura la visión de fe, aprendiendo a ver la realidad y los acontecimientos con la mirada misma de Dios, hasta tener el pensamiento de Cristo (cf. *1Co* 2, 16).

El Espíritu Santo ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada Regla. En línea de continuidad con los fundadores y fundadoras, sus discípulos también hoy están llamados a acoger y guardar en el corazón la Palabra de Dios, para que siga siendo lámpara para sus pasos y luz en su sendero (cf. *Sal* 118, 105). Entonces el Espíritu Santo podrá guiarlos a la verdad plena (cf. *Jn* 16, 13).

La Palabra de Dios es el alimento para la vida, para la oración y para el camino diario, el principio de unificación de la comunidad en la unidad de

pensamiento, la inspiración para la constante renovación y para la creatividad apostólica. El Concilio Vaticano II ya había indicado la vuelta al Evangelio como el primer gran principio de renovación. (73)

Como en toda la Iglesia, también dentro de las comunidades y de los grupos de consagrados y consagradas, en estos años se ha desarrollado un contacto más vivo e inmediato con la Palabra de Dios. Es un camino que hay que recorrer cada vez con nueva intensidad. «Es necesario —ha dicho el Papa— que no os canséis de hacer un alto en la meditación de la Sagrada Escritura y, sobre todo, de los santos Evangelios, para que se impriman en vosotros los rasgos del Verbo Encarnado». (74)

La vida fraterna en comunidad favorece también el redescubrimiento de la dimensión eclesial de la Palabra: acogerla, meditarla, vivirla juntos, comunicar las experiencias que de ella florecen y así adentrarse en una auténtica espiritualidad de comunión.

En este contexto, conviene recordar la necesidad de una constante referencia a la Regla, porque en la Regla y en las Constituciones «se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia». (75) Este itinerario de seguimiento traduce la particular interpretación del Evangelio dada por los fundadores y por las fundadoras, dóciles al impulso del Espíritu, y ayuda a los miembros del Instituto a vivir concretamente según la Palabra de Dios.

Alimentados por la Palabra, transformados en hombres y mujeres nuevos, libres, evangélicos, los consagrados podrán ser auténticos *siervos de la Palabra* en el compromiso de la evangelización. Así es como cumplen una prioridad para la iglesia al comienzo del nuevo milenio: «Hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés». (76)

Oración y contemplación

25. La oración y la contemplación son el lugar de la acogida de la Palabra de Dios y, a la vez, ellas mismas surgen de la escucha de la Palabra. Sin una vida interior de amor que atrae a sí al Verbo, al Padre, al Espíritu (cf. *Jn* 14, 23) no puede haber mirada de fe; en consecuencia, la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la

historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en una actividad dispersiva.

Toda vocación a la vida consagrada ha nacido de la contemplación, de momentos de intensa comunión y de una profunda relación de amistad con Cristo, de la belleza y de la luz que se ha visto resplandecer en su rostro. Allí ha madurado el deseo de estar siempre con el Señor —«¡qué hermoso es estar aquí!» (Mt 17, 4)— y de seguirlo. Toda vocación debe madurar constantemente en esta intimidad con Cristo. «Vuestro primer cuidado, por tanto —recuerda Juan Pablo II a las personas consagradas—, no puede estar más que en la línea de la *contemplación*. Toda realidad de vida consagrada nace cada día y se regenera en la incesante contemplación del rostro de Cristo». (77)

Los monjes y las monjas, así como los eremitas, con diversa modalidad, dedican más espacio a la alabanza coral de Dios y a la oración silenciosa prolongada. Los miembros de los institutos seculares, así como las vírgenes consagradas en el mundo, ofrecen a Dios los gozos y los sufrimientos, las aspiraciones y las súplicas de todos los hombres y contemplan el rostro de Cristo que reconocen en los rostros de los hermanos y en los hechos de la historia, en el apostolado y en el trabajo de cada día. Las religiosas y los religiosos dedicados a la enseñanza, a los enfermos, a los pobres encuentran allí el rostro del Señor. Para los misioneros y los miembros de las Sociedades de vida apostólica el anuncio del Evangelio se vive, a ejemplo del apóstol Pablo, como auténtico culto (cf. Rm 1, 6). Toda la Iglesia goza y se beneficia de la pluralidad de formas de oración y de la variedad de modos de contemplar el único rostro de Cristo.

Al mismo tiempo se nota que, ya desde hace muchos años, la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía han conseguido un puesto central en la vida de todo tipo de comunidad y de fraternidad, dándoles vitalidad bíblica y eclesial. Esas favorecen también la mutua edificación y pueden convertirse en un testimonio para ser, delante de Dios y con Él, «*la casa y la escuela de comunión*». (78) Una auténtica vida espiritual exige que todos, en las diversas vocaciones, dediquen regularmente, cada día, momentos apropiados para profundizar en el coloquio silencioso con Aquél por quien se saben amados, para compartir con Él la propia vida y recibir luz para continuar el camino diario. Es una práctica a la que es necesario ser fieles, porque somos acechados constantemente por la alienación y la disipación provenientes de la sociedad actual, especialmente de los medios de comunicación.

A veces la fidelidad a la oración personal y litúrgica exigirá un auténtico esfuerzo para no dejarse consumir por un activismo destructor. En caso contrario no se produce fruto: «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Jn 15, 4).

La Eucaristía lugar privilegiado para el encuentro con el Señor

26. Dar un puesto prioritario a la espiritualidad quiere decir partir de la recuperada *centralidad de la celebración eucarística*, lugar privilegiado para el encuentro con el Señor. Allí Él se hace nuevamente presente en medio de sus discípulos, explica las Escrituras, hace arder el corazón e ilumina la mente, abre los ojos y se hace reconocer (cf. Lc 24, 13-35). La invitación de Juan Pablo II hecha a los consagrados es particularmente vibrante: «Encontradlo, queridísimos, y contempladlo de modo especial en la *Eucaristía*, celebrada y adorada cada día, como fuente y culmen de la existencia y de la acción apostólica». (79) En la Exhortación apostólica *Vita consecrata* exhortaba a participar diariamente en el Sacramento de la Eucaristía y a su asidua y prolongada adoración. (80) La Eucaristía, memorial del sacrificio del Señor, corazón de la vida de la Iglesia y de cada comunidad, aviva desde dentro la oblación renovada de la propia existencia, el proyecto de vida comunitaria, la misión apostólica. Todos tenemos necesidad del viático diario del encuentro con el Señor, para incluir la cotidianeidad en el tiempo de Dios que la celebración del memorial de la Pascua del Señor hace presente.

Aquí se puede llevar a cabo en plenitud la *intimidad* con Cristo, la *identificación con Él*, la *total conformación a Él*, a la cual los consagrados están llamados por vocación. (81) En la Eucaristía, efectivamente, el Señor Jesús nos asocia a sí en la propia oferta pascual al Padre: ofrecemos y somos ofrecidos. La misma consagración religiosa asume una estructura eucarística: es total oblación de sí estrechamente asociada al sacrificio eucarístico.

Aquí se concentran todas las formas de oración, viene proclamada y acogida la Palabra de Dios, somos interpelados sobre la relación con Dios, con los hermanos, con todos los hombres: es el sacramento de la filiación, de la fraternidad y de la misión. Sacramento de unidad con Cristo, la Eucaristía es contemporáneamente sacramento de la unidad eclesial y de la unidad de la comunidad de consagrados. En definitiva, es «fuente de la espiritualidad de cada uno y del Instituto». (82)

Para que produzca con plenitud los esperados frutos de comunión y de renovación no pueden faltar las condiciones esenciales, sobre todo el perdón y el compromiso del amor mutuo. Según la enseñanza del Señor, antes de presentar la ofrenda sobre el altar es necesaria la plena reconciliación fraterna (cf. *Mt* 5, 23). No se puede celebrar el sacramento de la unidad permaneciendo indiferentes los unos con los otros. Se debe, por tanto, tener presente que estas *condiciones esenciales* son también *fruto y signo* de una Eucaristía bien celebrada. Porque es sobre todo en la comunión con Jesús eucaristía donde nosotros alcanzamos la capacidad de amar y de perdonar. Además, cada celebración debe convertirse en la ocasión para renovar el compromiso de dar la vida los unos por los otros en la acogida y en el servicio. Entonces, para la celebración eucarística valdrá verdaderamente, en modo eminente, la promesa de Cristo: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Mt*18, 20), y, en torno a ella, la comunidad se renovará cada día.

En estas condiciones, la comunidad de los consagrados que vive el misterio pascual, renovado cada día en la Eucaristía, se convierte en testimonio de comunión y signo profético de fraternidad para la sociedad dividida y herida. De la Eucaristía nace, efectivamente, la espiritualidad de comunión, tan necesaria para establecer el diálogo de la caridad que el mundo de hoy tanto necesita. (83)

El rostro de Cristo en la prueba

27. Vivir la espiritualidad en un continuo *caminar desde Cristo* significa comenzar siempre a partir del momento más alto de su amor —cuyo misterio guarda la Eucaristía—, cuando en la cruz Él da la vida en la máxima oblación. Los que han sido llamados a vivir los consejos evangélicos mediante la profesión no pueden menos que frecuentar la contemplación del rostro del Crucificado. (84) Es el libro en el que se aprende qué es el amor de Dios y cómo son amados Dios y la humanidad, la fuente de todos los carismas, la síntesis de todas las vocaciones. (85) La consagración, sacrificio total y holocausto perfecto, es el modo sugerido a ellos por el Espíritu Santo para revivir el misterio de Cristo crucificado, venido al mundo para dar su vida en rescate por todos (cf. *Mt* 20, 28; *Mc* 10, 45) y para responder a su infinito amor.

La historia de la vida consagrada ha expresado esta configuración a Cristo en muchas formas ascéticas que «han sido y son aún una ayuda

poderosa para un auténtico camino de santidad. La ascesis ... es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz». (86) Hoy las personas consagradas, aun conservando la experiencia de los siglos, están llamadas a encontrar formas que estén en consonancia con nuestro tiempo. En primer lugar las que acompañan la fatiga del trabajo apostólico y aseguran la generosidad del servicio. La cruz que hay que llevar hoy sobre sí cada día (cf. *Lc 9, 23*) puede adquirir valores colectivos, como el envejecimiento del Instituto, la inadecuación estructural, la incertidumbre del futuro.

Ante tantas situaciones de dolor personales, comunitarias, sociales, desde el corazón de cada persona o de toda la comunidad puede resonar el grito de Jesús en la cruz: «¿Por qué me has abandonado?» (*Mc 15, 34*). En aquel grito dirigido al Padre, Jesús da a entender que su solidaridad con la humanidad se ha hecho tan radical que penetra, comparte y asume todo lo negativo, hasta la muerte, fruto del pecado. «Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del 'rostro' del pecado». (87)

Caminar desde Cristo significa reconocer que el pecado está todavía radicalmente presente en el corazón y en la vida de todos, y descubrir en el rostro doliente de Cristo el don que reconcilió a la humanidad con Dios.

A lo largo de la historia de la Iglesia las personas consagradas han sabido contemplar el *rostro doliente* del Señor también fuera de ellos. Lo han reconocido en los enfermos, en los encarcelados, en los pobres, en los pecadores. Su lucha ha sido sobre todo contra el pecado y sus funestas consecuencias; el anuncio de Jesús: «Convertíos y creed al Evangelio» (*Mc 1, 15*) ha movido sus pasos por los caminos de los hombres y ha dado esperanza de novedad de vida donde reinaba desaliento y muerte. Su servicio ha llevado a tantos hombres y mujeres a experimentar el abrazo misericordioso de Dios Padre en el sacramento de la Penitencia. También hoy es necesario proponer nuevamente con fuerza este *ministerio de la reconciliación* (cf. *2Co 5, 18*) confiado por Jesucristo a su Iglesia. Es el *mysterium pietatis* (88) del que los consagrados y consagradas están llamados a hacer frecuente experiencia en el Sacramento de la Penitencia.

Hoy se muestran nuevos rostros, en los cuales reconocer, amar y servir el rostro de Cristo allí donde se ha hecho presente: *son las nuevas pobrezas materiales, morales y espirituales* que la sociedad contemporánea produce. El

grito de Jesús en la cruz revela cómo ha asumido sobre sí este mal para redimirlo. La vocación de las personas consagradas sigue siendo la de Jesús y, como Él, asumen sobre sí el dolor y el pecado del mundo consumiéndolos en el amor.

La espiritualidad de comunión

28. Si «la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada» (89) deberá ser ante todo una espiritualidad de comunión, como corresponde al momento presente: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. (90)

En este camino de toda la Iglesia se espera la decisiva contribución de la vida consagrada, por su específica vocación a la vida de comunión en el amor. «Se pide a las personas consagradas —se lee en *Vita consecrata*— que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios». (91)

Se recuerda también, que una tarea en el hoy de las comunidades de vida consagrada es la «de *fomentar la espiritualidad de la comunión*, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está tan desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas». (92) Una tarea que exige personas espirituales forjadas interiormente por el Dios de la comunión benigna y misericordiosa, y comunidades maduras donde la espiritualidad de comunión es ley de vida.

29. ¿Qué es la espiritualidad de la comunión? Con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II enseña: «Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado». Y además: «Espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”...». De este principio derivan con lógica apremian-

te algunas consecuencias en el modo de *sentir* y de *obrar*: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos; intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber «dar espacio» al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros. Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. (93)

La espiritualidad de la comunión se presenta como clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio, tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino maestro de un futuro de vida y de testimonio. La santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria.

En estos años las comunidades y los diversos tipos de fraternidades de los consagrados se entienden más como lugar de comunión, donde las relaciones aparecen menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión. Se descubre también el valor divino y humano del estar juntos gratuitamente, como discípulos y discípulas en torno a Cristo Maestro, en amistad, compartiendo también los momentos de distensión y de esparcimiento.

Se nota, además, una comunión más intensa entre las diversas comunidades en el interior de los Institutos. Las comunidades multiculturales e internacionales, llamadas a «dar testimonio del sentido de la comunión entre los pueblos, las razas, las culturas», (94) en muchas partes son ya una realidad positiva, donde se experimentan conocimiento mutuo, respeto, estima, enriquecimiento. Se revelan como lugares de entrenamiento a la integración y a la inculturación, y, al mismo tiempo, un testimonio de la universalidad del mensaje cristiano.

La Exhortación *Vita consecrata*, al presentar esta forma de vida como *signo de comunión en la Iglesia*, ha puesto en evidencia toda la riqueza y las exigencias pedidas por la vida fraterna. Antes nuestro Dicasterio había publicado el documento *Congregavit nos in unum Christi amor*, sobre la vida fraterna en comunidad. Cada comunidad deberá volver periódicamente a

estos documentos para confrontar el propio camino de fe y de progreso en la fraternidad.

Comunión entre carismas antiguos y nuevos

30. La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto. Abriéndose a la comunión con los otros Institutos y las otras formas de consagración, pueden dilatar la comunión, descubrir las raíces comunes evangélicas y juntos acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. Deberían competir en la estima mutua (cf. *Rm* 12, 10) para alcanzar el carisma mejor, la caridad (cf. *1Co* 12, 31).

Se debe favorecer el encuentro y la solidaridad entre los Institutos de vida consagrada, conscientes de que la comunión «está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. *1Co* 12.12)». (95)

Puede ser el comienzo de una búsqueda solidaria de caminos comunes para el servicio de la Iglesia. Factores externos como la obligación de adaptarse a las nuevas exigencias de los Estados, y causas internas de los Institutos, como la disminución de los miembros, orientan ya a coordinar los esfuerzos en el campo de la formación, de la gestión de los bienes, de la educación, de la evangelización. También en tal situación podemos acoger la invitación del Espíritu a una comunión siempre más intensa. A esta labor se anima a las Conferencias de Superiores y Superiores Mayores y a las Conferencias de los Institutos seculares, a todos los niveles.

No se puede afrontar el futuro en dispersión. Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu y del seguimiento de Cristo, de comunicar las experiencias del Evangelio, aprendiendo a amar la comunidad y la familia religiosa del otro como la propia. Los gozos y los dolores, las preocupaciones y los acontecimientos pueden ser compartidos y son de todos.

También en relación con las nuevas formas de vida evangélica se pide diálogo y comunión. Estas nuevas asociaciones de vida evangélica, recuerda *Vita consecrata*, «no son alternativas a las precedentes instituciones, las cua-

les continúan ocupando el lugar insigne que la tradición les ha reservado. (...) Los antiguos Institutos, muchos de los cuales han pasado en el transcurso de los siglos por el crisol de pruebas durísimas que han afrontado con fortaleza, pueden enriquecerse entablando un diálogo e intercambiando sus dones con las fundaciones que ven la luz en nuestro tiempo». (96)

Finalmente, del encuentro y de la comunión con los carismas de los movimientos eclesiales puede nacer un recíproco enriquecimiento. Los movimientos pueden ofrecer a menudo un ejemplo de fresca evangélica y carismática, así como un impulso generoso y creativo a la evangelización. Por su parte los movimientos, así como las formas nuevas de vida evangélica, pueden aprender mucho del testimonio gozoso, fiel y carismático de la vida consagrada, que guarda un riquísimo patrimonio espiritual, múltiples tesoros de sabiduría y de experiencia y una gran variedad de formas de apostolado y de compromiso misionero.

Nuestro Dicasterio ha ofrecido ya criterios y orientaciones siempre válidas para la inserción de religiosos y religiosas en los movimientos eclesiales. (97) Lo que aquí quisiéramos más bien subrayar es la relación de conocimiento y de colaboración, de estímulo y del compartir que podría establecerse no sólo entre cada una de las personas sino entre los Institutos, movimientos eclesiales y nuevas formas de vida consagrada, en vista de un crecimiento en la vida del Espíritu y del cumplimiento de la única misión de la Iglesia. Se trata de carismas nacidos del impulso del mismo Espíritu, ordenados a la plenitud de la vida evangélica en el mundo, llamados a realizar juntos el mismo proyecto de Dios para la salvación de la humanidad. La espiritualidad de comunión se realiza precisamente también en este amplio diálogo de la fraternidad evangélica entre todos los miembros del Pueblo de Dios. (98)

En comunión con los laicos

31. La comunión experimentada entre los consagrados lleva a la apertura más grande todavía con los otros miembros de la Iglesia. El mandamiento de amarse los unos a los otros, ejercitado en el interior de la comunidad, pide ser trasladado del plano personal al de las diferentes realidades eclesiales. Sólo en una eclesiología integral, donde las diversas vocaciones son acogidas en el interior del único Pueblo de convocados, la vocación a la vida consagrada puede encontrar su específica identidad de signo y de testimonio. Hoy se descubre cada vez más el hecho de que los carismas de los

fundadores y de las fundadoras, habiendo surgido para el bien de todos, deben ser de nuevo puestos en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios.

En esta línea podemos constatar que ya se está estableciendo un nuevo tipo de comunión y de colaboración en el interior de las diversas vocaciones y estados de vida, sobre todo entre consagrados y laicos. (99) Los Institutos monásticos y contemplativos pueden ofrecer a los laicos una relación preferentemente espiritual y los necesarios espacios de silencio y oración. Los Institutos comprometidos en la dimensión apostólica pueden implicarlos en formas de cooperación pastoral. Los miembros de los Institutos seculares, laicos o clérigos, entran en contacto con los otros fieles en las formas ordinarias de la vida cotidiana. (100)

La novedad de estos años es sobre todo la petición por parte de algunos laicos de participar en los ideales carismáticos de los Institutos. Han nacido iniciativas interesantes y nuevas formas institucionales de asociación a los Institutos. Estamos asistiendo a un auténtico florecer de antiguas instituciones, como son las Órdenes seculares u Órdenes Terceras, y al nacimiento de nuevas asociaciones laicales y movimientos en torno a las Familias religiosas y a los Institutos seculares. Si, a veces también en el pasado reciente, la colaboración venía en términos de suplencia por la carencia de personas consagradas necesarias para el desarrollo de las actividades, ahora nace por la exigencia de compartir las responsabilidades no sólo en la gestión de las obras del Instituto, sino sobre todo en la aspiración de vivir aspectos y momentos específicos de la espiritualidad y de la misión del Instituto. Se pide, por tanto, una adecuada formación de los consagrados así como de los laicos para una recíproca y enriquecedora colaboración.

Si en otros tiempos han sido sobre todo los religiosos y las religiosas los que han creado, alimentado espiritualmente y dirigido uniones de laicos, hoy, gracias a una siempre mayor formación del laicado, puede ser una ayuda recíproca que favorezca la comprensión de la especificidad y de la belleza de cada uno de los estados de vida. La comunión y la reciprocidad en la Iglesia no son nunca en sentido único. En este nuevo clima de comunión eclesial los sacerdotes, los religiosos y los laicos, lejos de ignorarse mutuamente o de organizarse sólo en vista de actividades comunes, pueden encontrar la relación justa de comunión y una renovada experiencia de fraternidad evangélica y de mutua emulación carismática, en una complementariedad siempre respetuosa de la diversidad.

Una semejante dinámica eclesial redundará en beneficio de la misma renovación y de la identidad de la vida consagrada. Cuando se profundiza la comprensión del carisma, siempre se descubren nuevas posibilidades de actuación.

En comunión con los Pastores

32. En esta relación de comunión eclesial con todas las vocaciones y estados de vida, un aspecto del todo particular es el de la unidad con los Pastores. En vano se pretendería cultivar una espiritualidad de comunión sin una relación efectiva y afectiva con los Pastores, en primer lugar con el Papa, centro de la unidad de la Iglesia, y con su Magisterio.

Es la concreta aplicación del *sentir con la Iglesia*, propio de todos los fieles, (101) que brilla especialmente en los fundadores y en las fundadoras de la vida consagrada, y que se convierte en un compromiso carismático para todos los Institutos. No se puede contemplar el rostro de Cristo sin verlo resplandecer en el de su Iglesia. Amar a Cristo es amar a la Iglesia en sus personas y en sus instituciones.

Hoy más que nunca, frente a repetidos empujes centrífugos que ponen en duda principios fundamentales de la fe y de la moral católica, las personas consagradas y sus instituciones están llamadas a dar pruebas de unidad sin fisuras en torno al Magisterio de la Iglesia, haciéndose portavoces convencidos y alegres delante de todos.

Es preciso subrayar cuanto el Papa ya afirmaba en la Exhortación *Vita consecrata*: «Un aspecto distintivo de esta comunión eclesial es la adhesión de mente y de corazón al magisterio (del Papa y) de los Obispos, que ha de ser vivida con lealtad y testimoniada con nitidez ante el Pueblo de Dios por parte de todas las personas consagradas, especialmente por aquellas comprometidas en la investigación teológica, en la enseñanza, en publicaciones, en la catequesis y en el uso de los medios de comunicación social». (102) Al mismo tiempo no hay que olvidar que muchos teólogos son religiosos y que muchas escuelas de investigación están dirigidas por Institutos de vida consagrada. Son ellos los que llevan elogiosamente esta responsabilidad en el mundo de la cultura. La Iglesia mira con *atención confiada* su compromiso intelectual ante las delicadas problemáticas de frontera que hoy debe afrontar el Magisterio. (103)

Los documentos eclesiales de los últimos decenios han vuelto constantemente a tomar el escrito conciliar que invitaba a los Pastores a valorar los carismas específicos en la pastoral de conjunto. Al mismo tiempo animan a las personas consagradas a dar a conocer y a ofrecer con nitidez y confianza las propias propuestas de presencia y de trabajo en conformidad con la vocación específica.

Esto vale, de cualquier manera, también en la relación con el clero diocesano. La mayor parte de los religiosos y de las religiosas colaboran diariamente con los sacerdotes en la pastoral. Es por tanto indispensable encauzar todas las iniciativas posibles para un cada vez mayor conocimiento y aprecio recíprocos.

Sólo en armonía con la espiritualidad de comunión y con la pedagogía trazada en la *Novo millennio ineunte*, podrá ser reconocido el don que el Espíritu Santo hace a la Iglesia mediante los carismas de la vida consagrada. Vale también, de forma concreta para la vida consagrada, la *coesencialidad*, en la vida de la Iglesia, entre el elemento carismático y el jerárquico que Juan Pablo II ha mencionado muchas veces refiriéndose a los nuevos movimientos eclesiales. (104) El amor y el servicio en la Iglesia requieren ser vividos en la reciprocidad de una caridad mutua.

Cuarta Parte

TESTIGOS DEL AMOR

Reconocer y servir a Cristo

33. Una existencia transfigurada por los consejos evangélicos se convierte en testimonio profético silencioso y, a la vez, en elocuente protesta contra un mundo inhumano. Compromete en la promoción de la persona y despierta una nueva *imaginación de la caridad*. Lo hemos visto en los santos fundadores. Se manifiesta no sólo en la eficacia del servicio, sino sobre todo en la capacidad de hacerse solidarios con el que sufre, de manera que el gesto de ayuda sea sentido como un compartir fraterno. Esta forma de evangelización, cumplida a través del amor y la dedicación a las obras, asegura un testimonio inequívoco a la caridad de las palabras. (105)

Además, la vida de comunión representa el primer anuncio de la vida consagrada, porque es *signo* eficaz y *fuera* atractiva que lleva a creer en Cristo. La comunión, entonces, se hace ella misma misión, más aún «*la comunión genera comunión* y se configura esencialmente como *comunión misionera*». (106) Las comunidades se encuentran deseosas de seguir a Cristo por los caminos de la historia del hombre, (107) con un compromiso apostólico y un testimonio de vida coherente con el propio carisma. (108) «Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos». (109)

34. Cuando se parte de Cristo la espiritualidad de comunión se convierte en una sólida y robusta espiritualidad de la acción de los discípulos y apóstoles de su Reino. Para la vida consagrada esto significa comprometerse en el servicio a los hermanos en los que se reconoce el rostro de Cristo. En el ejercicio de esta misión apostólica *ser* y *hacer* son inseparables, porque el misterio de Cristo constituye el fundamento absoluto de toda acción pastoral. (110) La aportación de los consagrados y de las consagradas a la evangelización «está (por eso), ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador que, por amor del hombre, se hizo siervo». (111) Al participar en la misión de la Iglesia, las personas consagradas no se limitan a dar una parte de tiempo sino la vida entera.

En la *Novo Millennio ineunte* parece que el Papa quiere empujar todavía más allá en el amor concreto hacia los pobres: «El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25, 35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia». (112) El Papa ofrece también una dirección concreta de espiritualidad cuando invita a reconocer en la persona de los pobres una *presencia especial* de Cristo que *impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos*. A través de tal opción es donde también los consagrados (113) deben ser testigos del «estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia». (114)

35. El campo en el que el Santo Padre invita a trabajar es vasto cuanto lo es el mundo. Asomándose a este panorama, la vida consagrada «debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que Él dirige desde este mundo de la pobreza». (115) Armonizar el anhelo universal de una vocación misionera con la inserción concreta dentro de un contexto y de una Iglesia particular será la exigencia primordial de toda actividad apostólica.

A las antiguas formas de pobreza se les han añadido otras nuevas: la desesperación del sin sentido, la insidia de la droga, el abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, la marginación o la discriminación social. (116) La misión, en sus formas antiguas o nuevas, es antes que nada un servicio a la dignidad de la persona en una sociedad deshumanizada, porque la primera y más grave pobreza de nuestro tiempo es conculcar con indiferencia los derechos de la persona humana. Con el dinamismo de la caridad, del perdón y de la reconciliación, los consagrados se esmeran por construir en la justicia un mundo que ofrezca nuevas y mejores posibilidades a la vida y al desarrollo de las personas. Para que esta intervención sea eficaz, es preciso tener un espíritu de pobre, purificado de intereses egoístas, dispuesto a ejercer un servicio de paz y no de violencia, una actitud solidaria y llena de compasión hacia los sufrimientos de los demás. Un estilo de proclamar las

palabras y de realizar las obras de Dios inaugurado por Jesús (cf. *Lc* 4, 15-21) y vivido por la Iglesia primitiva, que no puede olvidarse con la terminación del Jubileo o el paso de un milenio, sino que impulsa con mayor urgencia a realizar en la caridad un porvenir diverso. Es preciso estar preparados para pagar el precio de la persecución, porque en nuestro tiempo la causa más frecuente de martirio es la lucha por la justicia en fidelidad al Evangelio. Juan Pablo II afirma que este testimonio, «también recientemente, ha llevado al martirio a algunos hermanos y hermanas vuestros en diversas partes del mundo». (117)

En la imaginación de la caridad

36. A lo largo de los siglos, la caridad ha sido siempre para los consagrados el ámbito donde se ha vivido concretamente el Evangelio. En ella han valorado la fuerza profética de sus carismas y la riqueza de su espiritualidad en la Iglesia y en el mundo. (118) Se reconocían, en efecto, llamados a ser «epifanía del amor de Dios». (119) Es necesario que este dinamismo continúe ejerciéndose con fidelidad creativa, porque constituye una fuente insustituible en el trabajo pastoral de la Iglesia. En el momento en que se invoca una nueva *imaginación de la caridad* y una auténtica prueba y confirmación de la caridad de la palabra con la de las obras, (120) la vida consagrada mira con admiración la creatividad apostólica que ha hecho florecer los mil rostros de la caridad y de la santidad en formas específicas; aún no deja de sentir la urgencia de continuar, con la creatividad del Espíritu, sorprendiendo al mundo con nuevas formas de activo amor evangélico ante las necesidades de nuestro tiempo.

La vida consagrada quiere reflexionar sobre los propios carismas y sobre las propias tradiciones, para ponerlos también al servicio de las nuevas fronteras de la evangelización. Se trata de estar cerca de los pobres, de los ancianos, de los tóxicodependientes, de los enfermos de SIDA, de los desterrados, de las personas que padecen toda clase de sufrimientos por su realidad particular. Con una atención centrada en el cambio de modelos, porque no se cree suficiente la asistencia, se busca erradicar las causas en las que tiene su origen esa necesidad. La pobreza de los pueblos está causada por la ambición y por la indiferencia de muchos y por las estructuras de pecado que deben ser eliminadas, también con un compromiso serio en el campo de la educación.

Muchas antiguas y recientes fundaciones llevan a los consagrados allí donde habitualmente otros no pueden ir. En estos años, consagrados y con-

sagradas han sido capaces de dejar las seguridades de lo *ya conocido* para lanzarse hacia ambientes y ocupaciones para ellos desconocidos. Gracias a su total consagración, en efecto, son libres para intervenir en cualquier lugar donde se den situaciones críticas, como muestran las recientes fundaciones en nuevos Países que presentan desafíos particulares, comprometiendo más provincias religiosas al mismo tiempo y creando comunidades internacionales. Con mirada penetrante y un gran corazón (121) han recogido la llamada de tantos sufrimientos en una concreta diaconía de la caridad. Constituyen por todas partes un lazo de unión entre la Iglesia y grupos marginados que no se contemplan en la pastoral ordinaria.

Incluso algunos carismas que parecían responder a tiempos ya pasados, adquieren un renovado vigor en este mundo que conoce la trata de mujeres o el tráfico de niños esclavos, mientras la infancia, a menudo víctima de abusos, corre el peligro del abandono en las calles y del reclutamiento en los ejércitos.

Hoy se encuentra una mayor libertad en el ejercicio del apostolado, una irradiación más consciente, una solidaridad que se expresa con el saber estar de parte de la gente, asumiendo los problemas para responder con una fuerte atención a los signos de los tiempos y a sus exigencias. Esta multiplicación de iniciativas demuestra la importancia que la planificación tiene en la misión, cuando se quiere actuar no de manera improvisada, sino orgánica y eficiente.

Anunciar el Evangelio

37. La primera tarea que se debe tomar con entusiasmo es *el anuncio de Cristo a las gentes*. Éste depende sobre todo de los consagrados y de las consagradas que se comprometen a hacer llegar el mensaje del Evangelio a la multitud creciente de los que lo ignoran. Tal misión está todavía en los comienzos y debemos comprometernos con todas las fuerzas para llevarla a cabo. (122) La acción confiada y audaz de los misioneros y de las misioneras deberá responder siempre mejor a la exigencia de la inculturación, así como a que no se nieguen los valores específicos de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud. (123)

Permaneciendo en total fidelidad al anuncio evangélico, el cristianismo del tercer milenio llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado. (124)

Servir a la vida

38. Siguiendo una gloriosa tradición, un gran número de personas consagradas, sobre todo mujeres, ejercen su apostolado en el sector sanitario, continuando el ministerio de misericordia de Cristo. A ejemplo de Él, Divino Samaritano, se hacen cercanas a los que sufren para aliviar su dolor. Su competencia profesional, vigilante en la atención a humanizar la medicina, abre un espacio al Evangelio que ilumina de confianza y bondad aun las experiencias más difíciles del vivir y del morir humano. Por eso los pacientes más pobres y abandonados tendrán un lugar privilegiado en la prestación afable de sus cuidados. (125)

Para la eficacia del testimonio cristiano es importante, especialmente en algunos campos delicados y controvertidos, saber explicar los motivos de la posición de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. (126) La caridad se convertirá entonces, especialmente en los consagrados que trabajan en estos ambientes, en un servicio a la inteligencia, para que por todas partes se respeten los principios fundamentales de los que depende una civilización digna del hombre.

Difundir la verdad

39. También el mundo de la educación exige una presencia cualificada de los consagrados. En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites e incoherencias hacia Jesús, «el hombre nuevo» (*Ef* 4, 24; cf. *Col* 3, 10). Porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en Él y por medio de Él, llegar a ser realmente hijo de Dios. (127)

Por la peculiar experiencia de los dones del Espíritu, por la escucha asidua de la Palabra y el ejercicio del discernimiento, por el rico patrimonio de tradiciones educativas acumuladas a través del tiempo por el propio Instituto, consagrados y consagradas están en condiciones de llevar a cabo una acción educativa particularmente eficaz. Este carisma puede dar vida a ambientes educativos impregnados del espíritu evangélico de libertad, justicia y caridad, en los que se ayude a los jóvenes a crecer en humanidad bajo la guía del Espíritu, proponiendo al mismo tiempo la santidad como meta educativa para todos, profesores y alumnos. (128)

Hace falta promover en el interior de la vida consagrada *un renovado amor por el empeño cultural* que consienta elevar el nivel de la preparación personal y favorezca el diálogo entre mentalidad contemporánea y fe, para promover, también a través de las propias instituciones académicas, una evangelización de la cultura entendida como servicio a la verdad. (129) En esta perspectiva, resulta más que oportuna la presencia en los medios de comunicación social. (130) Todos los esfuerzos en este nuevo e importante campo apostólico han de ser alentados, para que las iniciativas en este sector se coordinen mejor y alcancen niveles superiores de calidad y eficacia.

La apertura a los grandes diálogos

40. *Recomenzar desde Cristo* quiere decir, finalmente, seguirlo hasta donde se ha hecho presente con su obra de salvación y vivir la amplitud de horizontes abierta por él. La vida consagrada no puede contentarse con vivir en la Iglesia y para la Iglesia. Se extiende con Cristo a las otras Iglesias cristianas, a las otras religiones, a todo hombre y mujer que no profesa convicción religiosa alguna.

La vida consagrada, por tanto, está llamada a ofrecer su colaboración específica en todos los grandes diálogos a los que el Concilio Vaticano II ha abierto la Iglesia entera. «*Comprometidos en el diálogo con todos*» es el significativo título del último capítulo de *Vita consecrata*, como lógica conclusión de toda la Exhortación apostólica.

41. El documento recuerda sobre todo cómo el Sínodo sobre la Vida Consagrada puso de relieve la profunda vinculación de la vida consagrada con la causa del ecumenismo. En efecto, si el alma del ecumenismo es la oración y la conversión, no cabe duda de que los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica tienen un deber particular de cultivar este compromiso. Es urgente que en la vida de las personas consagradas se dé un mayor espacio a la oración ecuménica y al testimonio, para que con la fuerza del Espíritu Santo sea posible derribar los muros de las divisiones y de los prejuicios. (131) Ningún Instituto de vida consagrada ha de sentirse dispensado de trabajar en favor de esta causa.

Hablando después de las formas del diálogo ecuménico, *Vita consecrata* indica como particularmente aptas a los miembros de las comunidades religiosas el compartir la *lectio divina*, la participación en la oración común, en la que el Señor garantiza su presencia (cf. *Mt* 18, 20). La amistad, la caridad y la colaboración en iniciativas comunes de servicio y de testimonio

harán experimentar la dulzura de convivir los hermanos unidos (cf. *Sal* 133 [132]). No menos importantes son el conocimiento de la historia, de la doctrina, de la liturgia, de la actividad caritativa y apostólica de los otros cristianos. (132)

42. Para el diálogo interreligioso *Vita consecrata* pone dos requisitos fundamentales: el testimonio evangélico y la libertad de espíritu. Sugiere después algunos instrumentos particulares como el conocimiento mutuo, el respeto recíproco, la amistad cordial y la sinceridad recíproca con los ambientes monásticos de otras religiones. (133)

Un posterior ámbito de colaboración consiste en la común solicitud por la vida humana, que se manifiesta tanto en la compasión por el sufrimiento físico y espiritual como en el empeño por la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación. (134) Juan Pablo II recuerda, como campo particular de encuentro con personas de otras tradiciones religiosas, la búsqueda y la promoción de la dignidad de la mujer, a las que se pide contribuyan de modo particular las mujeres consagradas. (135)

43. Finalmente, se tiene presente el diálogo con cuantos no profesan particulares confesiones religiosas. Las personas consagradas, por la naturaleza misma de su elección, se ponen como interlocutores privilegiados de la búsqueda de Dios que desde siempre sacude el corazón del hombre y lo conduce a múltiples formas de espiritualidad. Su sensibilidad a los valores (cf. *Flp* 4, 8) y la disponibilidad al encuentro testimonian las características de una auténtica búsqueda de Dios. «Por eso —concluye el documento— las personas consagradas tienen el deber de ofrecer con generosidad acogida y acompañamiento espiritual a todos aquellos que se dirigen a ellas, movidos por la sed de Dios y deseosos de vivir las exigencias de su fe». (136)

44. Este diálogo se abre necesariamente al anuncio de Cristo. En la comunión está efectivamente la reciprocidad del don. Cuando la escucha del otro es auténtica, ofrece la ocasión propicia para proponer la propia experiencia espiritual y los contenidos evangélicos que alimentan la vida consagrada. Se testimonia así la esperanza que hay en nosotros (cf. *1P* 3, 15). No debemos temer que hablar de la propia fe pueda constituir una ofensa al que tiene otras creencias; es, más bien, ocasión de anuncio gozoso del don para todos y que es propuesto a todos, aun con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor que «tanto amó al mundo, que le dio su Hijo Unigénito» (*Jn* 3, 16).

Por otra parte, el deber misionero no nos impide acudir al diálogo íntimamente dispuestos a recibir, porque, entre los recursos y los límites de toda cultura, los consagrados pueden tomar las *semillas del Verbo*, en las que encontramos valores preciosos para la propia vida y misión. «No es raro que el Espíritu de Dios, «que sopla donde quiere» (Jn 3, 8), suscite en la experiencia humana universal signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores». (137)

Los retos actuales

45. No es posible quedarse al margen ante los grandes e inquietantes problemas que atenazan a la entera humanidad, ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta. Los países ricos consumen recursos a un ritmo insostenible para el equilibrio del sistema, haciendo que los países pobres sean cada vez más pobres. Ni se pueden olvidar los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas. (138)

La codicia de los bienes, el ansia de placer, la idolatría del poder, o sea la triple concupiscencia que marca la historia y que está en el origen de los males actuales sólo puede ser vencida si se descubren los valores evangélicos de la pobreza, la castidad y el servicio. (139) Los consagrados deben saber proclamar, con la vida y con la palabra, la belleza de la pobreza del espíritu y de la castidad del corazón que liberan el servicio hacia los hermanos y de la obediencia que hace duraderos los frutos de la caridad.

¿Cómo se puede, en fin, permanecer pasivos frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales? (140) Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad. El primero de todos, el respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural.

En esta apertura al mundo y en dirigirlo a Cristo de tal manera que las realidades todas encuentren en Él el propio y auténtico significado, las laicas y los laicos consagrados de los Institutos seculares ocupan un lugar privilegiado: en efecto, en las comunes condiciones de vida participan en el dinamismo social y político y, por su seguimiento de Cristo, les dan nuevo valor, obrando así eficazmente por el Reino de Dios. Precisamente en virtud

de su consagración, vivida sin signos externos, como laicos entre laicos, pueden ser *sal y luz* también en aquellas situaciones en las que una visibilidad de su consagración constituiría un impedimento o incluso un rechazo.

Mirar hacia adelante y hacia lo alto

46. También entre los consagrados se encuentran los *centinelas de la mañana*: los jóvenes y las jóvenes. (141) Verdaderamente tenemos necesidad de jóvenes valientes que, dejándose configurar por el Padre con la fuerza del Espíritu y llegando a ser «personas cristiformes», (142) ofrezcan a todos un testimonio limpio y alegre de su «específica acogida del misterio de Cristo» (143) y de la espiritualidad peculiar del propio Instituto. (144) Reconózcaseles, pues, precisamente como auténticos protagonistas de su formación. (145) Puesto que ellos deberán llevar adelante, por motivos generacionales, la renovación del propio Instituto, conviene que —oportunamente preparados— vayan asumiendo gradualmente tareas de orientación y de gobierno. Fuertes, sobre todo, en su empuje ideal, lleguen a ser testimonios válidos de la aspiración a la santidad como *alto grado* del ser cristiano. (146) En buena parte el futuro de la vida consagrada y de su misión se apoya en la inmediatez de su fe, en las actitudes que gozosamente han revelado y en cuanto el Espíritu quiera decirles.

Y dirijamos la mirada a María, Madre y Maestra de cada uno de nosotros. Ella, la primera Consagrada, vivió la plenitud de la caridad.

Ferviente en el espíritu, sirvió al Señor; alegre en la esperanza, fuerte en la tribulación, perseverante en la oración; solícita por las necesidades de los hermanos (cf. *Rm* 12, 11-13). En Ella se reflejan y se renuevan todos los aspectos del Evangelio, todos los carismas de la vida consagrada. Ella nos sostenga en el empeño cotidiano, de manera que podamos dar un espléndido testimonio de amor, según la invitación de san Pablo: «¡Tened una conducta digna de la vocación a la que habéis sido llamados!» (*Ef* 4, 1).

Para confirmar estas orientaciones, deseamos tomar, una vez más, las palabras de Juan Pablo II, porque en ellas encontramos el estímulo y la confianza que tanta falta nos hace para afrontar un compromiso que parece superar nuestras fuerzas: «Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su reflejo ... Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y lle-

nos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos».147 Ésta es la esperanza proclamada en la Iglesia por los consagrados y las consagradas, mientras con los hermanos y hermanas, a través de los siglos, van al encuentro de Cristo Resucitado.

El 16 de mayo de 2002, el Santo Padre aprobó el presente Documento de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica.

Roma, 19 de mayo de 2002, Solemnidad de Pentecostés.

Eduardo Card. Martínez Somalo
Prefecto

Piergiorgio Silvano Nesti, CP
Secretario

Notas

- 1 Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata*, Roma, 25 de marzo de 1996, 14.
- 2 Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, 9.
- 3 Juan Pablo II, *Discurso a Caritas italiana* (24 de noviembre de 2001): *L'Osservatore Romano*, 25 de noviembre de 2001, 4.
- 4 Juan Pablo II, *Mensaje a la Plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica* (21 de septiembre de 2001): *L'Osservatore Romano*, 28 de septiembre de 2001, p.9.
- 5 *Ibid.*
- 6 Cf. *Ad gentes*, 11.
- 7 Cf. *Lumen gentium*, 1.
- 8 *Vita consecrata*, 19.
- 9 Cf. *Novo millennio ineunte*, 29.
- 10 *Vita consecrata*, 4.
- 11 Cf. *Novo millennio ineunte*, 29.
- 12 Cf. *Novo millennio ineunte*, 30-31.
- 13 Cf. *Novo millennio ineunte*, 32-34.35-39.
- 14 Cf. *Novo millennio ineunte*, 35-37.
- 15 Cf. *Novo millennio ineunte*, 43-44.
- 16 Cf. *Novo millennio ineunte*, 49.57.
- 17 *Vita consecrata*, 111.
- 18 Cf. *Vita consecrata*, 16.
- 19 Cf. *Lumen gentium*, 44.
- 20 *Vita consecrata*, 22.
- 21 Cf. *Vita consecrata*, 87.
- 22 Cf. *Lumen gentium*, 13; Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988, 20; *Vita consecrata*, 31.
- 23 Cf. *Novo millennio ineunte*, 29.
- 24 Cf. *Novo millennio ineunte*, 45.
- 25 Cf. *Vita consecrata*, 32.
- 26 *Vita consecrata*, 31.
- 27 Cf. *Vita consecrata*, 28.94.
- 28 *Vita consecrata*, 85.
- 29 Cf. *Novo millennio ineunte*, 38.
- 30 Cf. *Novo millennio ineunte*, 33.
- 31 Cf. *Vita consecrata*, 103.
- 32 Cf. *Vita consecrata*, 72.

- 33 Cf. *Novo millennio ineunte*, 2.
34 *Vita consecrata*, 58.
35 Cf. *Evangelii nuntiandi*, 69; *Novo millennio ineunte*, 7.
36 Cf. *Vita consecrata*, 99.
37 Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Verbi sponsa*, Instrucción sobre la vida contemplativa y la clausura de las monjas, Ciudad del Vaticano, 13 de mayo de 1999, 7.
38 *Ibid.*; cf. *Perfectae caritatis*, 7; cf. *Vita consecrata*, 8, 59.
39 S. Agustín, *Sermo* 331, 2: PL 38, 1460.
40 *Novo millennio ineunte*, 49.
41 Cf. *Novo millennio ineunte*, 25-26.
42 Cf. *Vita consecrata*, 110.
43 Cf. *Lumen gentium*, cap. V.
44 *Lumen gentium*, 42.
45 *Vita consecrata*, 31; cf. *Novo millennio ineunte*, 46.
46 Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *La vida fraterna en comunidad*, «*Congregavit nos in unum Christi amor*», Roma, 2de febrero de 1994, 50.
47 Cf. *Vita consecrata*, 92.
48 Cf. *Novo millennio ineunte*, 45.
49 Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, «*Potissimum Institutioni*», Roma, 2 de febrero de 1990, 1.
50 *Vita consecrata*, 65.
51 *Vita consecrata*, 66.
52 Cf. *Christifideles laici*, 55.
53 Cf. Juan Pablo II, *Homilía en la Vigilia de Torvergata* (20 de agosto de 2000): *L'Osservatore Romano*, 21-22 de agosto de 2000, 3.
54 Cf. *Vita consecrata*, 1.
55 Cf. *Vita consecrata*, 65.
56 *Vita consecrata*, 37.
57 *Novo millennio ineunte*, 40.
58 Cf. *Novo millennio ineunte*, 1.
59 Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001, p.4.
60 Cf. *Mutuae relationes*, 11; cf. *Vita consecrata*, 37.
61 *Vita consecrata*, 93.
62 Cf. *Novo millennio ineunte*, 31.

- 63 Cf. *Vita consecrata*, 20-21.
- 64 Cf. *Novo millennio ineunte*, 38.
- 65 *Vita consecrata*, 22.
- 66 *Vita consecrata*, 16.
- 67 *Vita consecrata*, 18.
- 68 *Vita consecrata*, 25.
- 69 *Vita consecrata*, 40.
- 70 *Novo millennio ineunte*, 16.
- 71 *Vita consecrata*, 94.
- 72 *Novo millennio ineunte*, 39.
- 73 Cf. *Perfectae caritatis*, 2.
- 74 Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- 75 *Vita consecrata*, 37.
- 76 *Novo millennio ineunte*, 40.
- 77 Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- 78 *Novo millennio ineunte*, 43.
- 79 Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- 80 *Vita consecrata*, 95.
- 81 Cf. *Vita consecrata*, 18.
- 82 *Vita consecrata*, 95.
- 83 Cf. *Vita consecrata*, 51.
- 84 Cf. *Novo millennio ineunte*, 25-27.
- 85 Cf. *Vita consecrata*, 23.
- 86 *Vita consecrata*, 38.
- 87 *Novo millennio ineunte*, 25.
- 88 Cf. *Novo millennio ineunte*, 37.
- 89 *Vita consecrata*, 93.
- 90 *Novo millennio ineunte*, 43.
- 91 *Vita consecrata*, 46.
- 92 *Vita consecrata*, 51.
- 93 Cf. *Novo millennio ineunte*, 43.
- 94 *Vita consecrata*, 51.
- 95 *Novo millennio ineunte*, 46.
- 96 *Vita consecrata*, 62.
- 97 Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 62; cf. *Vita consecrata*, 56.
- 98 Cf. *Novo millennio ineunte*, 45.
- 99 Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 70.

- 100 Cf. *Vita consecrata*, 54.
- 101 Cf. *Lumen gentium*, 12; cf. *Vita consecrata*, 46.
- 102 *Vita consecrata*, 46.
- 103 Cf. *Vita consecrata*, 98.
- 104 Juan Pablo II, en *Los movimientos en la Iglesia*. Actas del II Coloquio internacional, Milán 1987, pp.24-25; *Los movimientos en la Iglesia*, Ciudad del Vaticano 1999, p.18.
- 105 Cf. *Novo millennio ineunte*, 50.
- 106 *Christifideles laici*, 31-32.
- 107 Cf. *Vita consecrata*, 46.
- 108 Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*. Yaoundé, 14 de septiembre de 1995, 94.
- 109 *Novo millennio ineunte*, 40.
- 110 Cf. *Novo millennio ineunte*, 15.
- 111 *Vita consecrata*, 76.
- 112 *Novo millennio ineunte*, 49.
- 113 Cf. *Vita consecrata*, 82.
- 114 *Novo millennio ineunte*, 49.
- 115 *Novo millennio ineunte*, 50.
- 116 Cf. *Novo millennio ineunte*, 50.
- 117 Juan Pablo II, Homilía (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- 118 Cf. *Vita consecrata*, 84.
- 119 Cf. *Vita consecrata*, Título del Capítulo III.
- 120 Cf. *Novo millennio ineunte*, 50.
- 121 Cf. *Novo millennio ineunte*, 58.
- 122 Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris Missio*, Roma, 7 de diciembre de 1990, 1.
- 123 Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*, Nueva Delhi, 6 de noviembre de 1999, 22.
- 124 Cf. *Novo millennio ineunte*, 40.
- 125 Cf. *Vita consecrata*, 83.
- 126 Cf. *Novo millennio ineunte*, 51.
- 127 Cf. *Novo millennio ineunte*, 23.
- 128 Cf. *Vita consecrata*, 96.
- 129 Cf. *Vita consecrata*, 98.
- 130 Cf. *Vita consecrata*, 99.
- 131 Cf. *Vita consecrata*, 100.
- 132 Cf. *Vita consecrata*, 101.
- 133 Cf. *Ecclesia in Asia*, 31. 34.

- 134 Cf. *Ecclesia in Asia*, 44.
135 Cf. *Vita consecrata*, 102.
136 *Vita consecrata*, 103.
137 *Novo millennio ineunte*, 56.
138 Cf. *Novo millennio ineunte*, 51.
139 Cf. *Vita consecrata*, 88-91.
140 Cf. *Novo millennio ineunte*, 51.
141 Cf. *Novo millennio ineunte*, 9.
142 *Vita consecrata*, 19.
143 *Vita consecrata*, 16.
144 Cf. *Vita consecrata*, 93.
145 Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, «*Potissimum Institutioni*», Roma, 2 de febrero de 1990, 29.
146 Cf. *Novo millennio ineunte*, 31.
147 *Novo millennio ineunte*.

CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS

DECRETO DE APROBACIÓN DE LOS ESTATUTOS DEL CAMINO NEOCATECUMENAL

El Camino Neocatecumenal se inició en 1964 entre los pobres de las chabolas de Palomeras Altas, en Madrid, por obra del señor Francisco (Kiko) Argüello y de la señorita Carmen Hernández, que, a petición de los mismos pobres con los que vivían, comenzaron a anunciarles el Evangelio de Jesucristo. Con el paso del tiempo, este *kerygma* se concretó en una síntesis catequética, fundada en la tríada “palabra de Dios-liturgia-comunidad”, que trata de llevar a las personas a una comunión fraterna y a una fe madura.

Esta nueva experiencia catequética, surgida en la línea de la renovación suscitada por el concilio ecuménico Vaticano II, fue acogida de forma positiva por el entonces arzobispo de Madrid, monseñor Casimiro Morcillo, el cual estimuló a los iniciadores del Camino a difundirla en las parroquias que lo solicitaran. Esta experiencia de evangelización se difundió gradualmente en la archidiócesis de Madrid y en otras diócesis españolas.

En 1968 los iniciadores del Camino Neocatecumenal llegaron a Roma y se establecieron en el Borghetto Latino. Con el permiso del cardenal Angelo Dell’Acqua, entonces vicario general de Su Santidad para la ciudad de Roma y distrito, se comenzó la primera catequesis en la parroquia de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento y Santos Mártires Canadienses. A partir de esa fecha, el Camino se ha ido difundiendo en diócesis de todo el mundo e incluso en países de misión.

El Camino Neocatecumenal se pone al servicio de los obispos y de los párrocos como itinerario de redescubrimiento del bautismo y de formación permanente en la fe, propuesto a los fieles que deseen reavivar en su vida la riqueza de la iniciación cristiana, recorriendo este camino de conversión y catequesis. Como ha escrito el Santo Padre, en ese proceso también

puede servir de ayuda importante “una catequesis posbautismal a modo de catecumenado, que vuelva a proponer algunos elementos del “Ritual de la iniciación cristiana de adultos”, destinados a hacer captar y vivir las inmensas y extraordinarias riquezas y responsabilidades del bautismo ya recibido” (*Christifideles laici*, 61).

El Camino -cuyo itinerario se vive en las parroquias, en pequeñas comunidades constituidas por personas de diversa edad y condición social- tiene como objetivo último llevar gradualmente a los fieles a la intimidad con Jesucristo y transformarlos en sujetos activos en la Iglesia y testigos creíbles de la buena nueva del Salvador en todas partes. Además, el Camino Neocatecumenal es un instrumento para la iniciación cristiana de los adultos que se preparan para recibir el bautismo.

El Camino se realiza según las líneas contenidas en el Directorio catequético *Camino Neocatecumenal. Orientaciones a los equipos de catequistas* (cf. *Estatutos*, art. 2, 2°), sujeto a la aprobación conjunta de la Congregación para la doctrina de la fe, de la Congregación para el clero, y de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos.

En repetidas ocasiones y de diversos modos el Santo Padre se ha dirigido al Camino Neocatecumenal para subrayar la abundancia de frutos de radicalismo evangélico y de extraordinario impulso misionero que produce en la vida de los fieles laicos, en las familias y en las comunidades parroquiales, y la riqueza de vocaciones suscitadas a la vida sacerdotal y religiosa, revelándose como un “itinerario de formación católica, válida para la sociedad y para los tiempos actuales” (AAS 82 [1990] 1513-1515).

En la audiencia concedida a los iniciadores y a los responsables de las comunidades neocatecumenales esparcidas por el mundo, el 24 de enero de 1997, con ocasión de la conmemoración de los treinta años de vida del Camino, el Santo Padre había solicitado expresamente la elaboración de los Estatutos, “un paso muy importante, que abre la senda hacia su formal reconocimiento jurídico por parte de la Iglesia, dándoos una garantía ulterior de la autenticidad de vuestro carisma” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de febrero de 1997, p. 8). Desde ese momento, los iniciadores, acompañados por el Consejo pontificio para los laicos, comenzaron el proceso de elaboración de los Estatutos para reglamentar la praxis y la inserción del Camino Neocatecumenal en el entramado eclesial.

El 5 de abril de 2001, con carta autógrafa dirigida al cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, el Sumo Pontífice, reafirmando dicha exigencia, confirmaba nuevamente la competencia de este dicasterio en la aprobación de los Estatutos del Camino Neocatecumenal y encomendaba a su solicitud el acompañamiento futuro del mismo (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de abril de 2001, p. 2).

Por tanto:

Teniendo en cuenta los numerosos frutos espirituales aportados a la nueva evangelización por la praxis del Camino Neocatecumenal -acogido y valorado en sus más de treinta años de vida en muchas Iglesias locales-, señalados al Consejo pontificio para los laicos por numerosas cartas de recomendación de cardenales, patriarcas y obispos;

Después de un atento examen del texto de los Estatutos, fruto de un laborioso proceso de colaboración entre los iniciadores del Camino neocatecumenal y el Consejo pontificio para los laicos, que ha contado con la contribución dada en el ámbito de sus competencias respectivas por diversos dicasterios de la Curia romana;

Vista la instancia presentada a este dicasterio con fecha 5 de abril de 2002 por el señor Francisco (Kiko) Argüello, por la señorita Carmen Hernández y por don Mario Pezzi, miembros del equipo responsable internacional del Camino Neocatecumenal, para solicitar la aprobación de los Estatutos del Camino Neocatecumenal;

A tenor de los artículos 131 y 133, 1 y 2, de la constitución apostólica *Pastor bonus* sobre la Curia romana, el Consejo pontificio para los laicos

DECRETA

la aprobación “ad experimentum”, por un período de cinco años, de los Estatutos del Camino Neocatecumenal debidamente autenticados por el dicasterio y depositados en sus archivos, confiando en que las normas de estos Estatutos constituyan líneas-guía firmes y seguras para la vida del Camino y sean un apoyo importante para los pastores en su paternal y vigilante acompañamiento de las comunidades neocatecumenales.

Dado en el Vaticano el 29 de junio de 2002, solemnidad de San Pedro y San Pablo, apóstoles, patronos de la ciudad de Roma.

Cardenal James Francis STAFFORD

Presidente

Mons. Stanislaw RYLKO

Secretario

Vida de la Diócesis

1. Catequesis en Toronto.
2. Carta convocando el Encuentro Diocesano.
3. Homilía Misa de Enfermos en Ntra. Sra. del Socorro
4. Encuentro Diocesano 28-09
5. Actividad Pastoral del Obispo Diocesano VII-IX de 2002.

Obispo Diocesano

JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Catequesis del Sr. Obispo

Toronto

24-07-02

Aunque lo habéis estado cantando, yo quisiera poder reconocerlos a todos para hacerme una idea de los grupos que estamos. Sé que hay un grupo grande de Perú, otro grupo grande de Méjico, hay otro grupo (antes no éramos nada más que dos y ahora somos unos poquitos más) de España; hay otro grupo, creo, de Argentina, Panamá, Venezuela, Ecuador, Chile, Brasil y Uruguay.

Espero que lo que vamos a hacer esta mañana nos sirva a todos para nuestra vida, que es lo que el Señor quiere. El Hijo de Dios ha venido a estar entre nosotros para que nosotros vivamos, y precisamente por eso nos revela su amor infinito por nosotros. ¿Qué es lo que Dios quiere para nosotros? Nuestra vida: que podamos vivir en plenitud, contentos, que podamos vivir dando gracias por todo, por el amor infinito que nos ha llamado a la vida para siempre, para hacernos partícipes a cada uno de la vida de Dios. Y eso es lo que yo le pido a Dios.

Veo vuestros rostros y veo que detrás de cada uno de ellos hay un drama, hay un deseo muy grande de vivir, de ser felices, de que la vida pueda tener un sentido, y un sentido bueno, que no sea una burla, que no sea una injusticia; que uno pueda levantarse por la mañana y dar gracias por el amor bueno que nos ha llamado a la vida para siempre, por encima del mal y del pecado y de la muerte. Y yo le pido a Dios que mis palabras puedan servirlos a cada uno de vosotros en vuestra historia personal, en vuestros lugares de estudio, en vuestra familia, en ese camino que cada uno de vosotros vais haciendo y que es único y en el que Dios no está ausente, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y se ha hecho en la Iglesia compañero y amigo de cada uno de vosotros en el camino de la vida. Y yo le decía al Señor: “Señor, que lo que yo les pueda explicar esta mañana pueda servirles a los jóvenes para vivir, para vivir más contentos, con una alegría que no es necesario fabricar, sino que nace de lo más profundo del ser, con esa alegría que sólo Jesucristo da”.

Mi misión esta mañana es explicaros una palabra de Jesús, una palabra que Jesús dice: que nosotros somos la sal de la tierra. Y el papel de la sal es muy fácil de comprender. El papel de la sal es evitar que los alimentos se corrompan, y por eso se salaba antiguamente la carne, para que los alimentos pudieran durar, y así se inventó una cosa muy rica que se llama jamón; se salaba el pescado para que con el calor no se corrompiera y transmitiera enfermedad al hombre comiéndolo, y al ponerlo en sal se guardaba y permanecía a través del tiempo; y así se inventó otra cosa bastante rica que se llama bacalao, y los arenques, y las sardinas saladas y otras cosas que hay en otros países con diferentes nombres. Una función de la sal es, por tanto, que las cosas no se corrompan. Al decir: “Vosotros sois la sal de la tierra”, Jesús dice: vosotros sois un instrumento para que el mundo no se corrompa, para que el mundo no se destruya a sí mismo.

Os voy a contar una historia que yo he vivido y que puede ayudaros. A mí personalmente me ayudó a comprender qué significa tener a Cristo como la posibilidad de no corromperse, como la posibilidad de escapar a un misterio de muerte que parece dominar la vida del mundo. Había ido yo a una parroquia de un pueblo de mi Diócesis, de Córdoba, y después de la Eucaristía habían preparado una cena con distintas personas, gente del pueblo que se había confirmado en aquella celebración. A un matrimonio que tenía delante les pregunté cómo habían venido a la confirmación y cuál era su historia, y el marido, un chico joven, me contó la historia siguiente. Yo estaba en la escuela, en secundaria, cuando una persona a la puerta de la escuela nos introdujo en la droga. Yo me dejé enganchar con ese grupo de muchachos. Yo no conocía la Iglesia. Me habían hablado de niño, había ido a la catequesis y había hecho la primera comunión pero no vivía en la Iglesia. Con aquellos jóvenes hacía la vida que hacen los jóvenes: con la moto los fines de semana, con la droga, buscando las movidas, buscando el sexo y nada más. Pero yo me daba cuenta de que me iba destruyendo poco a poco. Y conocí a esta chica, que ahora es mi mujer, y ella me habló de un sitio en el que yo podría salir de la droga. Y porque la chica me gustaba le dije que sí y fui. Ella vino conmigo y fui a aquél pueblo en el que un grupo de personas estaban ayudando a drogadictos. Yo creía que lo que iban era a darme pastillas y lo que hicieron es enseñarme a rezar. Yo me escapé de allí varias veces y ella, que me quería, siempre me buscaba y me ayudaba a volver. Ella me acercó así a Jesucristo y a la Iglesia, y hoy lo único que puedo decir es que de los diez amigos que éramos, el único que sigue con vida soy yo. Os imagináis lo que a uno se le pasa por la cabeza cuando oye una historia así contada por la persona que la ha vivido.

Este chico decía: Yo sé que en la Iglesia podemos tener muchos defectos, y las personas tienen muchos defectos y muchos pecados, pero para mí la Iglesia es la vida, porque gracias a esa chica que me acercó a Jesucristo, a quien yo ni siquiera buscaba, y que me descubrió la vida de la Iglesia, hoy somos un matrimonio, tenemos varios hijos; yo sé que soy drogadicto y que tendré que luchar toda la vida con eso, pero no estoy solo en esa lucha: hace más de diez años que no tengo nada que ver con el mundo de la droga; y por el hecho de saber que soy el único que estoy vivo, le pido a Dios todos los días que me sostenga en su gracia.

A mí me parece que la historia expresa dos cosas. La primera, que significa encontrar a Jesucristo, de una manera muy dramática. A lo mejor para vosotros no ha sido tan dramática: para mí no ha sido tan dramática, pero significa lo mismo; encontrar a Jesucristo significa la vida, y significa la posibilidad de una vida nueva. Pero, cuando falta Jesucristo, cuál es la experiencia humana. La experiencia humana es que la vida desemboca en la muerte. Puede ser que uno viva su trabajo, en su familia,... pero esa muerte pone como un veneno en todas las alegrías. Imaginaros dos chicos que se enamoran de verdad, hasta el fondo. Es terrible pensar que eso no es para siempre. Recuerdo una frase de un filósofo, Gabriel Marsell, un filósofo francés del siglo XX, que decía: querer a alguien es decirle: "quiero que tú no mueras jamás". Esa definición del amor es verdad, porque nadie quiere ser querido por un poco de tiempo. Cuando nosotros pensamos cómo queremos ser queridos, no queremos que nadie nos diga: te voy a querer mucho cinco años. Si ponemos un límite de tiempo... porque el amor está abierto al infinito. Y sin embargo sabemos, de una manera o de otra, que la muerte acaba con nuestra experiencia de la vida. Eso es lo que vemos con nuestros ojos.

Pero hay muchas formas de muerte que no son la muerte causada por una sobredosis de droga o la muerte causada por el envejecimiento. Uno puede estar muerto en la vida. Uno está muerto cuando la vida no tiene ninguna esperanza grande, cuando uno ha sido tan injustamente tratado que no es capaz de amar la vida porque le han quemado la raíz de la vida. Eso es como estar muerto.

Hay una forma de muerte, que se nos vende todos los días, como si la única posibilidad de la vida fuera ganar dinero, gozar de la vida, comprar cosas, tener más cosas. Y a lo mejor uno lo consigue, hay personas que lo consiguen. Pero cuando la vida tiene como objetivo eso, no hay alegría: os

aseguro que no hay alegría en el corazón. Eso no quiere decir que las cosas sean malas, pero no hay alegría en el corazón porque uno está muerto por dentro cuando sólo vive para algo que es más pequeño que nosotros: el dinero, las cosas, son más pequeños que nosotros, no os pueden dar la felicidad. Y si uno vive para eso, uno vive para la muerte. Y uno en el fondo lo sabe, porque va experimentando a lo largo de la vida que eso no es capaz de llenar.

Muy ligado a eso se nos ofrece hoy también como camino de felicidad fácil, accesible, el sexo, el sexo separado del amor, comprendido también en una mentalidad de consumo. ¡Cuántas heridas en la vida! ¡Cuánto dolor en la vida de las personas! Precisamente porque eso no corresponde a la exigencia del corazón. La exigencia del corazón es siempre un amor más grande, un amor sin límites; y el sexo, separado del amor, es simplemente un modo de usarnos las personas unas a otras, de comprar un poquito de placer, de utilizar a la otra persona como instrumento de mi placer, y eso no hace felices, no llena, porque estamos hechos para un amor grande.

Hay mil formas en las que uno puede ver en el mundo de hoy cómo la humanidad se corrompe. Pero no me gustaría que pensarais en la humanidad como si fuera una cosa abstracta. Cada uno de nosotros participamos de este mundo, y por más que buscamos no encontramos algo que esté a la medida de nuestro corazón. Y al no encontrarlo, muchas veces los hombres, y nosotros, decimos: “Es que la vida es absurda”, “Es que no hay nada”, “Es que el mal triunfa siempre”, “Es que triunfan los que no tienen moral, los que no tienen vergüenza, los que no tienen ningún criterio, ni ninguna orientación”, “Es que si eres bueno, eres tonto”, “Es que la vida no merece la pena y por tanto vamos a sacar de ella lo que podamos sacar”. En ese momento estamos muertos, porque hemos renunciado a nuestro destino, hemos renunciado a los deseos grandes de nuestro corazón.

El mundo se corrompe de mil maneras. En este mundo en el que todos somos ya casi parte de un mismo pueblo, donde todos nos comunicamos por internet y donde eso que llaman la “aldea global” se ha hecho ya una experiencia para muchos de nosotros, la más insidiosa de las ideologías es la felicidad barata teniendo dinero y pudiendo comprar cosas. No vais a ser felices de ese modo, porque vuestro corazón está hecho para el amor, para el amor infinito, no simplemente para ser los amos de unas pocas cosas durante un poco de tiempo. Pero hay otras ideologías, como los nacionalismos. Es la ideología de hacer de la lengua o de la raza o de la nación como

una especie de dios. Y eso también genera muerte, porque ninguna de esas cosas es capaz de darnos la felicidad. Hay que amar la nación, ¡claro que sí!; hay que amar a nuestro pueblo, ¡claro que sí! Hay que amarlo como amamos a nuestros padres, porque de nuestro pueblo hemos recibido cosas muy importantes: la lengua, una manera de entender la vida, ¡la vida misma! Ninguno de nosotros estaríamos vivos si no hubiera una familia, unas personas, un pueblo que cuida de nosotros, que ha cuidado de nosotros hasta ahora. Pero ni nuestros padres son Dios, ni nuestra nación es Dios, ni nuestra lengua es Dios. Sólo Dios es el señor de la vida. Sólo Dios nos ha dado la vida. Nuestros padres, la familia, la patria tienen algo que ver con Dios - porque recibimos de ellos cosas muy importantes: son como un signo de Dios si son buenos padres, o son como un signo de Dios si es una buena patria-, pero no son Dios. Es estúpido e inhumano esperar de la patria o de la familia ¡o del amor de una persona! que te dé una felicidad entera. Y cuando uno experimenta que la felicidad entera no la puede tener en la mano, no la puede dominar, entonces es cuando la vida se corrompe: se corrompe la nuestra, se corrompe la vida de las naciones, el mundo del trabajo, se corrompe la vida humana.

Vivís, mis queridos jóvenes, en un momento de la historia en el que esa corrupción se vende masivamente a través de los medios de comunicación social. Se os vende constantemente esa felicidad barata para que vendáis vuestra vida, para que os vendáis vosotros mismos para adquirir esa felicidad barata. Se os vende de mil maneras: a través de las historias de la televisión, a través de la publicidad... Se os dice: “No esperéis en nada”, “Esperad sólo en tener cosas”. Y luego, la violencia de notar que uno no es feliz a pesar de que tiene las cosas genera una rebeldía contra la realidad, una rebeldía contra la vida de donde nace la violencia en las familias, de donde nace la violencia en la sociedad, de donde nace la difusión de la droga, del alcohol, todo aquello que nos destruye; de donde nace, en última instancia, esa otra plaga que es el terrorismo y que alguno de los que estáis aquí experimentáis. Pero de donde nacen también otras corrupciones que hacen que resulte más difícil dar gracias porque estamos en la vida.

Y me diréis: “Si ese es el panorama del mundo, ¿cuál es la respuesta?, ¿dónde podemos encontrar una humanidad verdadera?”. Y yo no os puedo dar más que un testimonio: el testimonio de aquel muchacho y que coincide totalmente con mi experiencia, y seguro que coincide con la experiencia de muchos de vosotros. ¡En Jesucristo!, el Hijo de Dios vivo, Amor infinito encarnado, hecho Compañero de camino y Hermano nuestro en la

vida de la Iglesia, donde uno puede encontrar el amor que sostiene la vida, donde uno puede encontrar la verdad de cuál es nuestra vocación, de quiénes somos; y donde uno puede encontrar la respuesta a la pregunta ¿quién soy yo?, ¿para qué se me ha dado la vida?

Mis queridos jóvenes, yo quisiera grabar a fuego en vuestro corazón esta respuesta. Dios os ha dado la vida a cada uno de vosotros porque os ama, y porque os ama con un amor infinito. Y nos ha entregado a Jesucristo porque quiere, para cada uno de nosotros, un destino bueno, un destino que no acaba con la muerte; un destino que es participar ¡desde ya! de la libertad gloriosa de los hijos de Dios, de la dignidad grande de saber que tenemos un destino que no está determinado por la suerte, por la clase social a la que pertenecemos, por el país en el que estamos, que no está determinado por ninguna de las cosas de este mundo, sino sólo por que el Hijo de Dios ha derramado su sangre por mí y esa sangre tiene un valor infinito. Ese amor es infinito, y ese amor puede sostener mi vida ¡sin que desaparezcan las dificultades! Porque al descubrir el amor de Jesucristo, yo descubro quién soy yo y cuánto vale mi vida. ¿Cuánto tiene que valer la vida de cada uno de nosotros, mi vida, mi pobre vida, un puntito en la historia de la humanidad, un puntito perdido en el universo para que Dios se entregue para que yo viva, para que Dios me ame hasta el punto de entregar a su Hijo por mí?

Eso es lo que explica que ninguna de las propuestas que el mundo hace en las que falta Cristo, en las que falta Dios como fundamento, pueda llenar nuestro corazón. No nos pueden llenar porque nuestro corazón está hecho para el amor infinito de Dios.

Vamos a cantar una canción y después nos vamos a fijar un poquito en quién es Jesucristo y cómo Jesucristo cambia nuestra vida y nos libra de la corrupción.

(...)

En la catequesis anterior hablábamos de un mundo que se corrompe, hablábamos de nuestras vidas que se corrompen, que se pueden destruir cuando perdemos la esperanza o cuando nos dejamos llevar por las falsas propuestas del mundo. Al final yo señalaba que hay una respuesta al anhelo de nuestro corazón, y esa respuesta tiene un nombre y se llama Jesucristo.

¿Por qué puedo decir que Jesucristo es una respuesta para los anhelos de vuestra vida? Justo por la experiencia de que cuando abrimos nuestra vida a Jesucristo nuestra vida cambia, y cambia de una manera que nosotros no sabemos en qué ha cambiado. Y eso basta para saber algo que es muy importante: que Jesucristo es alguien que vive; que no es un personaje de hace 2000 años que nos enseñó unas cosas bonitas que nosotros tratamos después de hacer y de seguir con mucho esfuerzo. Yo sé que Jesucristo vive porque tengo la experiencia de cómo Él obra en mi vida algo que yo no podría nunca lograr, algo que he intentado muchas veces en mi vida hacer sin Él y no funciona. Yo no puedo demostraros como si fuera un razonamiento de Matemáticas que Jesucristo es la respuesta a nuestras preguntas. Yo puedo daros el testimonio de mi vida. Yo puedo daros el testimonio de muchas personas que conozco. Yo puedo daros el testimonio de las personas cuya vida Cristo ha cambiado, y han empezado a vivir de un modo que parece imposible para el hombre y, sin embargo, yo he visto morir a personas con alegría; yo he visto, la semana pasada, en una aldea de mi Diócesis, a una mujer de 100 años que había sido enviada a su casa por el hospital a morir, y estaba viva, y tenía su cabeza bien, porque su hija le limpiaba las heces del recto todos los días con una alegría y con un amor increíbles, llena de gozo; llena de gozo y diciendo: “es el Señor quien lo hace. Yo nunca me hubiera imaginado que pudiera hacer esto con nadie, ni siquiera con mi madre”. ¡Dios mío! Yo he tenido el don inmenso de ver la santidad de muchas personas cambiadas por Jesucristo, transformadas por Jesucristo; y he tenido la posibilidad y la gracia de ver la obra de Jesucristo en mi vida, y sé con certeza que es Jesucristo, que no es una imaginación porque, si no, los hombres lo habríamos adaptado a la medida de nuestros deseos; yo trato de adaptar a Jesús constantemente a mis medidas. Sólo Él es capaz de obrar en mi vida esa transformación, esta capacidad de alegría, esta capacidad de dar gracias que Él genera constantemente en nuestra vida.

No estaríais aquí si no hubiera al menos un poquito de luz en vuestro corazón, y ese poquito de luz tiene que ver con Jesucristo. Habéis venido a un encuentro que es de cristianos, que es de personas que esperan en Jesucristo, que creen en Jesucristo. Al Señor no le importa cómo ha sido tu vida anterior, o menor dicho, sí que le importa lo que haya habido de dolor, de sufrimiento, de tristeza, de dolor en tu vida; pero no es una condición para encontrarle que tu vida haya estado bien. Jesucristo, y su amor por ti, no tiene condiciones, por eso: ábrele el corazón a Jesucristo para que puedas encontrarle, haya sido la historia como haya sido, sean tus circunstancias las que sean, haya habido en tu joven experiencia de la historia las heridas que

haya habido, abre tu corazón a Cristo, al amor infinito de Cristo, a la misericordia sin condiciones de Cristo, porque eso lo que permite reencontrarse uno, eso es lo que permite reencontrar la propia dignidad, reencontrar una razón para vivir, para amar la vida, para amar las cosas. Esa es al final, para mí, la razón más importante para estar en la Iglesia. Yo me doy cuenta de que hay personas que están fuera de la Iglesia y que son mejores que yo, que tienen más cualidades que yo; pero yo no estoy en la Iglesia porque sea mejor que otros o porque tenga más cualidades que otros. Estoy en la Iglesia porque, gracias a que he encontrado a Jesucristo, me es posible amar la vida, amar a las personas, amar la realidad, y eso yo sé que no sería posible sin Él.

Y eso basta en el corazón y en la inteligencia de cualquier persona para mostrar la verdad de la fe. Siguiendo a Cristo yo encuentro una posibilidad de alegría; una alegría verdadera que no la hace el mundo. Yo sé cómo son las alegrías fabricadas: las fabricadas con cerveza, o las fabricadas con drogas; las fabricadas con instrumentos que duran mientras que dura la fábrica, y que luego te dejan con la misma soledad y con el mismo abandono. Te dejan como una carne sin sal, que se corrompe. Pero cuando uno encuentra a Jesucristo empieza a nacer la verdadera alegría, y no porque desaparezcan los problemas, o porque yo empiece a ser perfecto o no tenga defectos.

Mis queridos jóvenes, entended esto bien: ¡Jesucristo no pone condiciones! ¡Lo único que quiere es tu vida! ¡Lo único que quiere es tu alegría, que puedas vivir sabiendo quién eres y sabiendo que hay un amor infinito que te espera y que te aguarda y que te ha dado la vida para que participes de esa vida para siempre! Es lo único que quiere. Incluso la bondad o el amor... todo eso viene después, lo hace Él en nosotros, pero no es una condición previa.

Sólo hay una palabra en el Nuevo Testamento que explica el concepto de la voluntad de Dios, y dice: "Esta es la voluntad de Dios: que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". ¿Y cuál es la verdad? La verdad es que tu persona tiene un valor infinito porque Cristo te ama con un amor infinito. Y lo que haya sido de tu vida, e incluso lo que pueda suceder, ¡no importa! Empieza a ser posible vivir con la libertad de los lirios del campo o como las aves del cielo. No importa lo que pase porque yo sé que tengo ese amor que me permite vivir con alegría cualquier circunstancia de la vida, hasta la misma muerte; que me permite vivir con paz a pesar de mi pecado, a pesar de mi pequeñez, a pesar de mis límites y de

mi pobreza: me sostiene y me levanta el amor infinito de Cristo. Y yo os aseguro, mis queridos hermanos, mis queridísimos jóvenes, que eso no es una comedia de coco, como se dice en España cuando uno se alucina con algo, porque uno puede alucinarse en un happening, o uno puede alucinarse un rato, lo que no puede es que la vida empiece a ser algo que se construye sólidamente con alegría, y con fatigas, pero con gozo, con dolor, pero con esperanza. Eso no lo sabemos fabricar. Si hubiera una fábrica de eso sería la multinacional más rica del mundo porque tendría el secreto de la vida humana. ¡No la hay! Y cuando uno ve a las personas que se han encontrado con Jesucristo, uno ve esa alegría, uno ve esa verdad, uno ve esa sencillez con la que uno puede afrontar la vida.

Por eso yo os invito a que, si conocéis al Señor, si habéis tenido en la vida la experiencia de encontraros con Él, le pidáis que ese encuentro sea el fundamento de todo, que ese encuentro permanezca en vuestra historia, que el Señor os acompañe en el camino de la vida. Vamos a pedirselo todos juntos para todos: que Él nos acompañe, que Él sea la fuente que regenera nuestra alegría, que Él nos conduzca hasta nuestro hogar, el hogar donde pertenecemos, que es la Casa del Padre, que es el Cielo, que es la vida de Dios, pero no que no es un lugar al que llegaremos al final de la vida, sino que es un lugar que puede empezar aquí, que empieza aquí porque Cristo está ya aquí junto a nosotros en esta comunión misteriosa y preciosa que se llama la Iglesia; en nuestra unión, está Cristo; en nuestro estar juntos, está Cristo, porque si no, yo no podría cambiar mi vida. Es la Iglesia su Cuerpo, es la Iglesia la unidad de aquéllos que Él ha unido a Sí por el sacramento y por la fe donde Cristo está; es en la Iglesia donde Cristo me perdona los pecados, es en la Iglesia donde Cristo me alimenta con su Cuerpo, es en la Iglesia... ¡que no somos los curas!, ¡que somos todo este Pueblo precioso que Dios ha ido haciendo de distintas lenguas, de distintas naciones, como una única familia suya!; es en la Iglesia donde Cristo vive y donde Cristo toca mi vida, toca mi persona a través de la misericordia de alguien que se me acerca, a través de los sacramentos, pero a través también de la humanidad de este Pueblo donde yo he aprendido a reconocer al Señor y donde yo aprendo un día y otro a encontrarle, a reconocerle y, reconociéndole, a vivir con alegría. No hay otra esperanza; no hay otra Vida, con mayúscula; no hay otra posibilidad de vivir con alegría, con la dignidad de hijos de Dios, que vivir sostenidos por el amor y la gracia de Jesucristo que se encuentran en este Pueblo, donde todos tenemos pecados, donde todos tenemos defectos, donde no es que nosotros seamos los que nos proponemos nosotros mismos al mundo, no; es donde está Cristo. Lo dijo Él: “donde dos o más estén reu-

nidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Cristo está aquí esta mañana en nuestra unidad, y Cristo quiere nuestra alegría; y Cristo, con su misericordia y su amor, con el sacramento del perdón de los pecados, con la Eucaristía que vamos a celebrar, se da a nosotros para sostener nuestra vida.

Vamos a cantar un canto a Jesús y luego tendremos un tercer momento en el que yo quiero explicaros qué significa eso de que cambia la vida, cómo es la sal que Jesucristo pone en nosotros y cómo nosotros podemos ser sal para los demás hombres. Muy cortito el último tramo.

(...)

En la canción que habéis cantado decíais que tenemos que inventar un país, ¿no? A mí me da la impresión de que ese país ya está inventado, que ya estamos en él: somos nosotros. Viendo todas las banderas que había, y viendo que nos sentimos todos miembros del mismo Cuerpo de Cristo, ese país ya está inventado, ese país se llama Iglesia de Jesucristo y es un país hecho de todos los países. Pero es verdad que en cierto modo tenemos que inventarlo porque el mundo no conoce ese país, y nosotros tenemos que mostrar al mundo que existe una posibilidad distinta de estar juntos, que podemos estar juntos como hermanos, que nos podemos mirar con respeto y con afecto unos a otros, que nos podemos querer unos a otros, que hay un modo de convivir que no es sólo defendiendo nuestros intereses contra los demás, sino amando a los demás, y que sólo obrando así es un mundo verdaderamente humano que corresponde a nuestro corazón, que corresponde a la vida humana: y ese es el país que ha inventado el Hijo de Dios para nosotros, derramando su sangre por nosotros y dándonos su Espíritu para que, siendo distintos, siendo cada uno lo que somos, podamos estar juntos, alegres de que los otros son diferentes, alegres de que todos juntos, con nuestras diferencias, formamos una unidad más grande construida sobre el amor que Cristo ha derramado sobre nosotros, como cantabais también en la última canción.

Cristo está en mi corazón y yo sé que mis pecados son perdonados; y yo sé que Cristo está entre nosotros de una manera absolutamente real: Cristo está en nuestro afecto, en nuestra amistad, en nuestra comunión. Y porque está Él entre nosotros, podemos empezar a aprender a tratarnos así.

Os cuento una experiencia que también he vivido yo. Yo estuve en la Jornada Mundial de la Juventud de Czestochowa en el año 1991. Era la

primera Jornada Mundial que se hacía después de la caída del muro de Berlín y de la caída del telón de acero. Por primera vez podían participar en esa Jornada jóvenes de Rusia, de los países del Este de Europa, que ni siquiera tenían sus banderas: simplemente habían arrancado de las banderas que tenían la hoz y el martillo y todas las banderas de los países del Este tenían un agujero en medio. Los rusos habían ido porque la Iglesia de Polonia, sabiendo que no tenían dinero para venir, había puesto tres trenes de tres ciudad para que los que quisieran vinieran. No tenían zapatos. Teníamos que caminar cinco días para llegar a Czestochowa y los rusos venían con sandalias. El segundo día las sandalias estaban rotas. No tenían dinero en el bolsillo, pero ni un penique, nada. Y sin embargo la ciudad de Czestochowa era una fiesta: lo que vosotros acabáis de vivir en pequeño en esta iglesia con las banderas. Imaginaos el millón de jóvenes que hubo en aquella Jornada, todos con las banderas... No nos entendíamos con las lenguas, era imposible. Y sin embargo era evidente que nos queríamos, era evidente que éramos amigos, era evidente que allí estaba sucediendo algo muy grande para cada uno y para el mundo entero. El grupo de jóvenes con el que iba volví a su casa con lo puesto, porque en Czestochowa dejaron todo: las zapatillas de deporte que llevaban, las camisetas... Los padres después me llamaban y me decían: "Mis hijos, que se fueron con una mochila enorme, han vuelto con la mochila vacía y me dicen que se lo han dado a los rusos. ¿Vd. cree que eso es verdad?". Y yo les decía: "Que sí, que sí, que allí es que hemos dado todo". Fue una experiencia preciosa de la posibilidad de una unidad entre los pueblos más allá de las lenguas, más allá de las diferencias de raza y más allá de las naciones. Quince días después empezaba la guerra de Bosnia. Una guerra provocada por el nacionalismo, por la afirmación de unos contra otros. Y yo veía las imágenes de esa guerra en la televisión y me acordaba de Czestochowa. Son como dos caminos: uno que conduce a la muerte, sin sal, sin Cristo, donde para decir "yo soy serbio", o "yo soy croata", o "yo soy bosnio", tengo que decir: "y los demás tienen que someterse a mí". Y otro donde uno se afirma a sí mismo, se recupera a sí mismo, dando la vida por el otro.

La imagen de Czestochowa era la imagen de algo bello, como era bello hace un momento vuestro canto. La otra imagen es la de algo espantoso. Ese es el fruto de Cristo entre nosotros. La posibilidad de ese país donde todos estemos en nuestra patria, estemos donde estemos, porque pertenecemos a un pueblo inextinguible, el único pueblo inextinguible que es el Pueblo de Dios, que es el Pueblo creado por el Espíritu de Dios, donde tú eres tú, y yo no quiero que seas como yo. Yo me alegro de que tú seas tú y

te amo como eres. Y nos alegramos cada uno de cómo somos los demás. Y nos alegramos cada uno del bien de cada uno. El país es posible porque Cristo está entre nosotros, no porque seamos más capaces, o más luchadores o mejores que los demás, sino porque Cristo está entre nosotros y nos ha dado su Espíritu. El país posible es un país donde no haya extranjeros, es un país donde los hombres somos hermanos los unos de los otros; es un país donde brota una humanidad distinta, una manera distinta de tratarnos. Esa es la sal que el Señor nos ha dado y que Él nos hace posible. El país que el Señor hace posible es un país en el que cada persona humana es reconocida en su dignidad sagrada desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. Es un país donde no se mata a los ancianos ni a los niños en el seno de su madre. Es un país donde los jóvenes no son explotados simplemente para que consuman, sino que se desea que crezcan, que aprendan, que vivan, que puedan aprender a quererse, que se traten con respeto; donde se sostiene al matrimonio y a la familia, donde se ayuda a los padres a darse por el bien de sus hijos.

Y me diréis: “es una utopía”. ¡No! ¡Ese país existe donde está Cristo en medio y donde nosotros acogemos a Cristo! No se nota que somos sal simplemente porque hablemos mucho de Cristo. Se nota que somos sal porque vivimos la vida de una manera distinta. Y vivir la vida de una manera distinta no es ser unos tipos raros. Vivir de una manera distinta es vivir como todo ser humano quisiera vivir, es decir, es vivir sostenido por un amor que no acaba ¡ni siquiera cuando nosotros lo destruimos!, porque es más grande que nuestro pecado y que nuestro mal. Lo que sucede en cada una de esas sillitas (*refiriéndose a los sacerdotes que están confesando*) que tenemos alrededor es una cosa misteriosa, pero es lo más grande del mundo. Es la afirmación de que el amor con el que Cristo te ama es más grande que todas las torpezas que uno puede hacer. Y esa es la sal de la que nosotros somos portadores, no nuestras cualidades, sino la misericordia sin límites y sin condiciones de Cristo que nos hace posible empezar a vivir la vida humana, la vida real, nuestras relaciones cotidianas, nuestros gozos de amistad, nuestra vida en familia -si la tenemos-, las circunstancias concretas de nuestra vida concreta: poder vivirlas de una manera donde el bien y lo que hay de bello y bueno en la vida, que es mucho, se goza hasta el fondo porque sabes que eso viene de Dios y permanece para siempre; y donde el mal que hay en la vida, que hay mucho, no nos termina destruyendo la esperanza porque hay un amor más grande que el mal y nosotros lo conocemos. Un grupo de nosotros, antes de venir a Toronto, estuvo en Nueva York y estuvimos en la parroquia que está al lado de donde estaban las

Torres Gemelas, y celebramos allí la Eucaristía. Y una mujer madre de ocho hijos y mujer de uno de los bomberos que murieron en las Torres nos dio un testimonio. Nos dijo que ella también había vivido lejos del Señor, que estaba a punto de romperse su matrimonio, cuando encontraron los dos a Cristo y a la Iglesia y empezaron a vivir la vida cristiana, y que eso salvó su matrimonio, y que ahora ella daba gracias a Dios por su designio, porque el mismo Dios que le había dado a su marido y a sus hijos se lo había llevado, y ella sabía que si se lo había llevado era para bien. Y aquel testimonio de esta mujer, impresionante, terminó diciendo algo que es con lo que yo quisiera terminar mi catequesis también para daros un testimonio más de cómo Cristo actúa en nuestra vida. Ella decía: “Si no hubiera sido por la fe en Jesucristo que he recibido en la Iglesia, yo ahora me habría vuelto loca; y no estoy loca, por lo menos no más loca de lo que estaba la víspera del accidente, tengo paz, mis hijos tienen paz, y eso es porque Jesucristo es más fuerte que todo el mal del mundo; eso es porque la Eucaristía es más fuerte que todo el odio de los terroristas y todo el mal del mundo; la Eucaristía y el amor de Cristo son más fuertes que todo el mal del mundo”.

Mis queridos amigos, apoyaos en Cristo, apoyaos en esta comunión que somos, donde está el espíritu de Dios, para construir ese país que el Señor nos da a construir. La frase no es mía, la decían los primeros cristianos. ¿Recordáis que en las cartas de San Pablo dice: “ya no hay judíos ni gentiles, ya no hay bárbaros ni griegos, ya no hay esclavos ni libres, ya no hay hombre ni mujer porque todos somos uno en Cristo Jesús”? Eso mismo sigue sucediendo, sigue siendo posible para nosotros. Y los primeros cristianos decían: “antes de Cristo había naciones y pueblos; ahora hay un pueblo hecho de todos los pueblos, porque todos los pueblos participan -o pueden participar- de la vida de hijos que Cristo nos ha obtenido con su sangre”. Que todos nosotros podamos ser testimonio de esa humanidad buena cuyo principio y fundamento es el amor de Dios que hemos recibido, la misericordia que nosotros hemos recibido, para que podamos proponer al mundo que se corrompe, que se pierde en la soledad y en la injusticia, un modo de vivir lleno de alegría, porque es un modo de vivir verdadero que corresponde a los deseos más profundos de nuestro corazón. Ese amor es posible por la gracia de Cristo que habita en nosotros.

En ese país nos encontraremos siempre. Yo hoy no conozco vuestras caras ni vuestros nombres. Vosotros entre vosotros os conocéis los de cada país. Pero estemos donde estemos, seamos conscientes o no seamos conscientes, por el hecho de participar de la Eucaristía, del único Cuerpo de

Cristo, y de recibir y participar de su Espíritu, el único Espíritu de Cristo, somos todos una sola cosa, somos todos hermanos, somos todos miembros los unos de los otros, y somos así signo de una humanidad rescatada, salvada por Cristo que nos ha hecho posible vivir una humanidad verdadera. ¿Vosotros habéis oído hablar de Nietzsche, un pensador alemán de finales del siglo XIX? Fue una persona que escribió contra la Fe, y yo estoy convencido de que la causa es que la Fe que él pudo conocer a través de los cristianos que tenía cerca era muy poco verdadera. Nietzsche fue el padre del Nihilismo, que es la cultura en la que nosotros vivimos, donde nada es verdad, donde todo vale, donde nada importa, y mucho menos que nada, la vida humana, la persona humana. Y refiriéndose en una ocasión a los cristianos en una obra suya, decía: “mejores canciones tendrían que cantarme para que yo creyese en ése que ellos llaman su redentor, porque los veo tristes, y si fuera verdad su redentor, en su rostro tendría que resplandecer la alegría”. Si Nietzsche nos hubiera conocido a nosotros, sería cristiano.

Pero entendido: los hombres no van a creer en Cristo porque hagamos un discurso sobre Cristo. Van a creer en Cristo si pueden ver en nosotros la alegría que el mundo no es capaz de fabricar, si pueden reconocer en nosotros esa humanidad construida sobre el amor, que nos ha sido dado por gracia. Vamos a darle gracias en la Eucaristía y a pedirle que esa gracia que hemos recibido fructifique en nosotros en ese país precioso hecho con todos los países de la tierra.

A LOS MIEMBROS DE ÓRDENES MONÁSTICAS, CONGREGACIONES RELIGIOSAS, SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, INSTITUTOS SECULARES, Y A QUIENES VIVEN OTRAS FORMAS DE VIDA CONSAGRADA

CARTA SOBRE LA PRIORIDAD PASTORAL EN LA DIÓCESIS DE CÓRDOBA: LA COMUNIÓN ECLESIAL, “Sentir al otro como uno que me pertenece”, e INVITACIÓN al ENCUENTRO DIOCESANO del próximo 28 de Septiembre’.

Queridos hermanos y hermanas:

1. El próximo día 28 de Septiembre, sábado, está toda la comunidad diocesana invitada a participar en un encuentro que nos ayude a tomar una conciencia más cabal de la naturaleza de la vida consagrada, de su significación en la evangelización de los hombres, y del papel eminentemente pedagógico que desempeña para todo el Pueblo de Dios. Este encuentro se enmarca dentro de la prioridad pastoral que he propuesto a la diócesis: la comunión eclesial, con el eslogan tomado de una frase de la Carta Apostólica del Papa *Novo Millenio Ineunte*: “Sentir al otro como uno que me pertenece” (NMI 43).
2. La celebración del Jubileo del año 2000:
 - Ha sido un verdadero acontecimiento de gracia, que ha renovado la fe en Jesucristo como centro del cosmos y de la historia, como plenitud del corazón del hombre. Y ello nos ha sido dado justamente en estos tiempos de confusión e incertidumbre, en los que el hombre pierde la conciencia del valor y del significado de su persona, de la vida y de las cosas.
 - En la experiencia del Jubileo muchos cristianos han sentido renacer su esperanza, se han identificado con la invitación del Papa a mirar hacia delante, han recuperado la frescura de la misión con el mismo impulso de los orígenes; un impulso que nace de la conciencia de la

gracia recibida, de la compañía poderosa de Cristo en nuestra historia, y de un amor a todos los hombres, sin distinción de razas, lenguas, o religión.

- Tenemos todas las razones del mundo para la esperanza: el Hijo de Dios hecho hombre, ha muerto y ha resucitado para nuestra salvación. Él, rico en misericordia, es el Redentor del hombre. Así lo hemos experimentado en nuestra vida. Y por eso la hemos consagrado a Él, por gratitud y por amor a Cristo, y para el bien de todos los hombres.
3. Es esta experiencia de la fe, vivida en nuestra comunidad diocesana, la fuente de la que han nacido las Orientaciones Pastorales que ofrecí a la Diócesis en la Misa Crismal, y que están guiando las decisiones que, en orden a la misión que me ha sido confiada, estoy tomando como pastor de esta Iglesia. Y tengo una clara convicción: la experiencia de la Iglesia como comunión no es plena si prescindimos o ignoramos la experiencia de la vida consagrada, en sus diversas modalidades. Como tampoco sería plena si no tuviéramos en cuenta la experiencia de la vida de fe de los laicos, o la de los sacerdotes.

La vida consagrada es el testimonio dado al mundo entero, y cotidianamente proclamado mediante la virginidad, de que sólo una cosa es necesaria para todos los hombres, sean cuales sean el “estado de vida” o las circunstancias en que la vida se desenvuelve. Si queremos ser fieles a Jesucristo, o mejor, si nos importa nuestra propia vida, no podemos prescindir de vosotros, elegidos muy especialmente por Jesucristo para encarnar su amor en medio del mundo, y para expresar en el tiempo las primicias de la Redención de Cristo. Os necesitamos para la edificación de nuestra fe, para el fortalecimiento de nuestra esperanza, y para la renovación de las comunidades eclesiales.

4. Y es muy importante dejar claro que os necesitamos, no para que seáis algo distinto de lo que sois, o hagáis algo distinto de lo que el Espíritu ha indicado a través de vuestros fundadores, y la Iglesia ha reconocido. Os necesitamos con vuestro temperamento particular, con vuestro carisma, y con vuestra dedicación a las obras propias que nacen de vuestro carisma, pero sintiéndoos una parte viva e imprescindible de nuestro cuerpo eclesial.

Muchas y luminosas son las indicaciones que tenemos en el Magisterio de la Iglesia para renovar y enriquecer los vínculos que existen entre las diversas comunidades de vida consagrada y la Iglesia diocesana (cf. *La Vida Consagrada*, 47-52). Más recientemente, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, invitándoos a acoger las indicaciones del Santo Padre en la exhortación *Novo Millenio Ineunte*, entre las que destaca la necesidad de la comunión eclesial, os dice en su Instrucción del 19 de Mayo pasado:

“La comunión experimentada entre los consagrados lleva a la apertura más grande todavía con los otros miembros de la Iglesia. El mandamiento de amarse los unos a los otros, ejercitado en el interior de la comunidad, pide ser trasladado del plano personal al de las diferentes realidades eclesiales. Sólo en una eclesiología integral, donde las diversas vocaciones son acogidas en el interior del único Pueblo de convocados, la vocación a la vida consagrada puede encontrar su específica identidad de signo y de testimonio. Hoy se descubre cada vez más el hecho de que los carismas de los fundadores y de las fundadoras, habiendo surgido para el bien de todos, deben ser de nuevo puestos en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios. (...)”

Si en otros tiempos han sido sobre todo los religiosos y las religiosas los que han creado, alimentado espiritualmente y dirigido uniones de laicos, hoy, gracias a una siempre mayor formación del laicado, puede ser una ayuda recíproca que favorezca la comprensión de la especificidad y de la belleza de cada uno de los estados de vida. La comunión y la reciprocidad en la Iglesia no son nunca en sentido único. En este nuevo clima de comunión eclesial los sacerdotes, los religiosos y los laicos, lejos de ignorarse mutuamente o de organizarse sólo en vista de actividades comunes, pueden encontrar la relación justa de comunión y una renovada experiencia de fraternidad evangélica y de mutua emulación carismática, en una complementariedad siempre respetuosa de la diversidad” (*Caminar desde Cristo*, 31).

Todos los estados de vida están llamados a ser una ayuda recíproca que ilumine, corrija y enriquezca la actual relación.

5. ¿Cómo favorecer el encuentro de los distintos “estados de vida” que forman la única Iglesia de Jesucristo que vive en Córdoba?

- Sabemos que la comunión es un don de Dios, no el fruto del consenso entre intereses encontrados. No hay buena voluntad que pueda lograr por sí misma una verdadera comunión. Pero Jesucristo ha entregado su vida para que nosotros podamos vivir la comunión. Y Él la quiere ciertamente para todos los hombres. Pero sólo la conversión a Cristo permite un encuentro verdadero, duradero y fecundo.
- La razón por la que propongo a toda la Iglesia de Córdoba estos Encuentros Diocesanos (el que ha tenido lugar el 18 de mayo para pedir por la vocación y misión de los laicos, y los que tendrán lugar el 28 de Septiembre y el 30 de Noviembre próximos dedicados respectivamente a la vida consagrada y al ministerio sacerdotal), es expresar nuestra acogida existencial al don de la comunión, y pedir enraizar más nuestra vida en ella, para que dé los frutos variados que el Espíritu quiere. De modo que cada estado de vida (consagrado, laico o sacerdote) sienta al otro como uno que le pertenece, y correlativamente, cada uno se sienta pertenecer a los demás. Y todos los fieles cristianos podamos vivir en la diócesis como en nuestra propia “casa”, una única casa que está extendida por toda la tierra. Es tanto, y tan decisivo, lo que está en juego para el bien de cada uno de nosotros, consagrados, en particular, y para el bien de los hombres, que no podemos seguir ignorándonos como si cada uno se bastara a sí mismo.
- El Encuentro del próximo día 28 de Septiembre quiere sobre todo ser una apelación a la libertad de cada cristiano para que dé los pasos que considere oportunos para ir al encuentro de los otros cristianos en sus propias casas, en los barrios, en las parroquias. ¡Y que tome la iniciativa quien primero comprenda, por la gracia de Cristo, la necesidad de afirmar la comunión como condición para la renovación de nuestra vida y para la nueva evangelización! No hay que esperar al 28 de Septiembre para “estar cerca del otro”, y brindarle nuestra ayuda, o intensificarla, o pedir la suya. No hay que aplazar las mil maneras posibles ya de expresar nuestra caridad con los miembros del Cuerpo de Cristo.

6. En los comienzos del tercer milenio, es tarea de todos ayudarnos a recuperar la belleza de la Iglesia que resplandece para el mundo en la verdad de la unidad y de la caridad. La capacidad misionera de la Iglesia depende de precisamente de esto, de nuestra unidad y nuestra caridad. Son el signo más elocuente, el signo insustituible de la presencia de Cristo. Que el Señor, y la intercesión de la Virgen María y de la Iglesia triunfante, con la que también estamos en comunión porque el Espíritu de Dios es Uno, y abraza la historia entera, nos ayuden a todos en esa tarea de recuperación, que pasa para todos por “recomenzar desde Cristo”, por volver a entendernos a nosotros mismos, nuestra vida y nuestra vocación, y a entender al mundo, desde Cristo. En esa recuperación está la posibilidad de la esperanza para el mundo.

A todos os deseo un comienzo de curso, y un curso, lleno de la esperanza y el gozo que nacen del reconocimiento de Cristo.

Con mi afecto y mi bendición para todos,

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

+ Javier Martínez
Obispo de Córdoba

**MISA DE INAUGURACIÓN DE LOS ACTOS DE LA
CORONACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO**
Plaza de la Corredera
22-9-02

Muy queridos hermanos, sacerdotes, querido Hermano Mayor, Junta de gobierno de la Hermandad de la Virgen de Socorro, Presidente y representantes de la Agrupación de Cofradías.

Queridos enfermos y queridos hermanos y amigos, vecinos del barrio o simplemente curiosos que os habéis unido a esta celebración por devoción a la Virgen o para participar de este momento de alegría junto con nosotros; hermanos y amigos todos.

Estamos celebrando un momento grande en la vida de nuestra ciudad y en la vida de nuestra Diócesis. Poder celebrar esta Eucaristía aquí, esta mañana, e inaugurar con la fiesta de Regla de este año de la Virgen del Socorro ese camino de preparación exterior, y sobre todo de preparación de nuestros corazones, a la Gracia que es la Coronación Canónica de la Virgen del Socorro. Para mí es una alegría también muy grande que la primera Coronación Canónica que hacemos en este tercer milenio cristiano, después del gran Jubileo del año 2000, sea la de la Virgen del Socorro. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la Virgen del Socorro expresa algo que es esencial a una cultura. Una cultura significa un modo de estar, un modo de vivir auténticamente cristiano que coincide totalmente con los caminos que el Papa ha trazado para el pueblo cristiano al comienzo de este tercer milenio. Coincide también con las *Orientaciones* que, siguiendo sencillamente y glosando las indicaciones del Papa, yo quisiera para la Diócesis, que además son los mejores caminos que podemos desear para el mundo.

¿A qué me refiero? Pues justamente a un modo de estar en la vida donde los hombres nos veamos unos a otros compadecidos los unos de los dolores de los otros, tomando en serio la realidad de que somos hermanos y de que estamos en la vida para ayudarnos como podamos, y que la vida es verdaderamente bella y humana y grande, y hay progreso verdadero, justamente, cuando nos miramos con amor. Cualquier otro punto de partida ter-

mina haciendo de la vida humana una cosa durísima y, al final, terrible para nosotros mismos.

En ese sentido, el Papa ha invitado a decir, para esta hora de la historia, que la Iglesia, si quiere anunciar a Cristo, tiene que ser portadora de una cultura de la caridad, es decir, de un modo de estar en la vida donde nos importe la alegría y el bien de las personas que el Señor nos pone en nuestro camino. Que nos importe el bien de cada persona, que nos importe el bien del matrimonio, el bien de la familia, que nos importe el bien de los niños, el bien de los jóvenes, que busquemos el bien de cada uno y que podamos expresar ese amor que es el contenido mismo de la vida humana, lo que hace de la vida humana algo grande y bello que podamos expresarlo justamente, me dejáis usar la palabra “Socorro”, en esa actitud de disposición siempre a socorrer ayudar al que tenemos al lado y lo necesita. A esa disposición también a pedir ayuda con confianza cuando lo necesitamos, a mi me da mucha alegría siempre...hay una parte de la misa al principio que es cuando pedimos perdón y fijaros no es por decir hay que ver aquí estamos siempre recordando nuestros pecados y nuestros pecados ya sabemos que los tenemos, lo grande ¡Dios Mío! lo que es una novedad no es recordar que tenemos pecados, eso ya lo sabemos, lo grande es recordar que tenemos alguien a quien pedirle perdón. Porque que los seres humanos hacemos cosas mal lo sabemos, que la vida es dura lo sabemos, que hemos metido la pata todos mil veces, que hemos hecho daño justamente a las personas que más queremos a las que tenemos cerca, no hacemos daño a los de lejos, que nos hacemos daño unos a otros ya lo sabemos. Lo grande no es un ideal donde uno diga pues vamos a ser perfectos, no vamos a tener ningún defecto ¡pues si eso no podemos los seres humanos! ¡Si no somos así! Lo grande es que pueda haber alguien que pueda haber una misericordia a la que uno pueda acudir y pueda decir Señor ten piedad, ten misericordia, socórrenos, ayúdanos, nosotros no sabemos vivir, nosotros no sabemos querernos. Ni el hombre y la mujer saben quererse, Tú nos tienes que enseñar, Tú nos tienes que dar la capacidad de misericordia para perdonarnos unos a otros, para ayudarnos unos a otros. Yo os aseguro que sobre este principio que no está en nuestra mano, que no es una cosa de decir vamos a proponernos construirlo nosotros, si fuera posible a los hombres ya lo habríamos construido porque la vida humana, todos nos damos cuenta que la vida humana así sería preciosa, sólo con la Gracia de Dios sólo cuando uno es capaz de pedir misericordia, sólo cuando uno es capaz de pedir perdón y de dar perdón, sólo cuando uno es capaz de construir la vida humana sobre la experiencia de una misericordia “Perdónanos nuestras ofensas como también nosotros

perdonamos" ¡Sólo sobre eso se puede construir una sociedad!, que camina hacia un bien más grande que progresa hacia un bien más integral, más autentico, más verdadero. que se construye sobre la verdad de lo que somos y no sobre utopías.

En ese sentido curiosamente el Evangelio de hoy nos ayuda en la comprensión profunda de esta especie de cultura de la misericordia, de cultura de la caridad que es el sello, el signo si queréis, la denominación de origen de un cristiano de verdad. Donde hay misericordia está Dios. Un viejo canto de hace muchos siglos en la Iglesia "donde hay amor, donde hay gratitud, donde hay caridad allí está Dios". Allí está Dios siempre porque todo amor verdadero es un signo de Dios y toda falta de amor es un signo de la muerte, del pecado, de la mentira, por eso os decía que el Evangelio de la misa de hoy que es el que toca hoy que no es escogido especialmente para esta fiesta es un canto revolucionario diría yo, a la misericordia de Dios. A que ¿cada vez que habéis leído ese Evangelio de los que salen a distintas horas habéis dicho "Aquí vamos como que le fastidia a uno un poquito ¿no? Señor. Sobre todo si uno piensa que es de los de la primera hora y ¿qué pasa? que a los que estamos trabajando aquí desde el principio ¡qué! Nos parece como si Dios fuera injusto. De hecho el mismo Jesús a la hora de presentar a Dios en ese hombre que contrata a diversos trabajadores para su viña, al final tiene que decir que yo no estoy haciendo ninguna injusticia que yo te he dado lo que había acordado contigo. ¿Qué es lo que nos escandaliza de ese Evangelio? La misericordia. El Evangelio ese va dirigido directamente a los fariseos que decían nosotros somos los buenos, nosotros tenemos el derecho de juzgar a los demás a nosotros Dios nos tiene que pagar todo lo que hemos hecho por Él, que es portarnos bien que es cumplir los mandamientos que no es otra cosa; mientras que esos sinvergüenzas, pecadores...Y Jesús se dirigía a esos sinvergüenzas, pecadores y los quería, y les decía que Dios les quería y entraba en sus casas y eso les ponía muy nerviosos a aquellos fariseos de entonces. Y la parábola viene a responder a eso, es decir, pero si Dios va a ser justo con vosotros, si habéis obrado bien para qué os vais a negar a qué el Señor dé más a quién quiera, a que el Señor dé sin límites, a que el Señor sea un derrochón de amor.¿Por qué, porque uno haya experimentado el amor de Dios va a cerrar la puerta a que otros puedan disfrutarlo? Hombre por justicia, si yo llevo toda la vida trabajando para el Señor espero que el Señor me de más. Y ahí es donde el Señor dice que los caminos de Dios no son nuestros caminos. Pero además os engañáis porque el mayor engaño es creerse que uno no tiene necesidad de misericordia de Dios, o sea el mayor engaño es creerse que uno puede ponerse ante Dios y

decirle oye que como soy bueno me tienes a mi que dar. Pero si los seres humanos nos llevamos todos el canto de un duro, si los seres humanos somos todos... ¡Quién pudiera! Ese es un mensaje constante de Jesús, digo que es un mensaje revolucionario, es un mensaje constante: "el que esté limpio de pecado, el que este libre de pecado que tire la primera piedra y bajaron la cabeza". Naturalmente que sí, porque no hay nadie que podamos presentarnos ante Dios diciendo: Tú, págame lo que hago por ti. Lo que hemos hecho nosotros, pero ¿qué hacemos? Pues si todo lo que somos lo hemos recibido y ahí Dios se revela, en esta parábola que nos escandaliza. Dios se revela como misericordia desbordante. Yo doy gracias al Señor porque su misericordia sea desbordante, porque si su misericordia no fuera si Dios fuera sólo justicia, o mejor dicho como dice San Juan en una de sus cartas "si su justicia no fuera su misericordia", yo estaba perdido, yo no podría esperar la salvación, porque Dios es misericordioso yo la pido para mi y para todos, para todos, y porque un Evangelio como este me dice que la misericordia de Dios es desbordante, no tiene límites, pues me da alegría porque entonces hay una esperanza para nuestro mundo porque entonces uno puede esperar la salvación de todos, uno puede esperar que el cielo sea cielo, es decir, que no nos falte allí nadie.

Por eso el Evangelio de hoy es una buena noticia, es una buena noticia para todos, porque nos proclama que Dios es un amor sin límite que Dios es misericordia sin límites que Dios es injusto, si queréis, no porque no sea justo sino porque su justicia tiene la forma de una misericordia que no pone condiciones. Como la del padre del hijo pródigo, ningún padre en tiempo de Jesús hubiera recibido a un hijo que se hubiese ido a ser pastor de cerdos, eso era como renegar de su tradición, de su pueblo, de su pertenencia, de todo. Y el padre lo espera todos los días y cuando lo ve venir corre a darle un abrazo. Ese es nuestro Dios. Y yo os digo, ese es el fundamento también de una vida verdaderamente humana. ¡Claro que es necesario que las relaciones humanas sean justas! Pero no hay justicia si en el corazón de las relaciones humanas no se introduce el perdón y la misericordia. Quienes estáis casados lo sabéis muy bien, si quisierais arreglar vuestras diferencias o vuestros momentos de dificultad tratando de ver que es lo justo y quién tenía razón ¿a que no acabáis nunca de discutir? Alguien tiene que perdonar en algún momento, alguien tiene que dar el brazo a torcer, alguien tiene que decir bueno pues sí no tengo razón, pero miradlo si queréis, tenemos el ejemplo estos días estos años, trágico en Palestina y en Israel cuando se quiere construir una historia sobre la justicia, sobre la ley de Talión, sobre el ojo por ojo y diente por diente. No hay manera de que haya paz, no puede

haberla a menos que alguien empiece a perdonar. Porque la sucesión de las violencias y a cada violencia hay que a pagarla con otra nueva violencia y eso no puede traer más que un río de sangre y de dolor y de muerte. Y eso mismo lo experimentamos en pequeño todos en nuestra vida. Una justicia sin misericordia es una bestia rabiosa, es una fiera rabiosa que devora a los hombres, nosotros damos gracias a Dios, pero damos gracias a Dios de una manera sencilla, pequeña, porque en Jesucristo hemos conocido la fuente de la misericordia, hemos conocido que Dios es misericordia y que por tanto es posible construir la vida humana: el matrimonio, la familia, la convivencia, las relaciones entre padres e hijos, entre vecinos, la ciudad, la polis. Es posible construirlo todo de un modo donde esta presente la misericordia, donde esta presente la piedad, por esta realidad grande infinitamente grande y al mismo tiempo infinitamente miserable y pequeña que es el ser humano, que somos cada uno de nosotros. Donde hay eso se puede caminar juntos hacia algo mejor, donde no hay eso al final vivir se hace durísimo porque todos hemos hecho daño a alguien, porque todos recibimos el daño de alguien inevitable, entonces se hace imposible vivir con alegría.

Por eso le damos gracias al Señor esta mañana y le damos gracias al Señor por habernos entregado a su madre y le pedimos a la Virgen del Socorro: Señor porque queremos nuestra vida, porque queremos a las personas que tenemos cerca, porque queremos a nuestra ciudad haz que florezca en nosotros ese deseo de construir la vida de este modo, sobre el amor, sobre el respeto, sobre el afecto, sobre el perdón, sobre la misericordia que nos permite caminar juntos como hermanos. Más allá de todas las diferencias que los hombres ponemos entre unos y otros, más allá entre la diferencia más terrible, que es la que el Señor pone el dedo en llaga del Evangelio, la de creernos que nosotros somos buenos y que hay otros que son malos. Por encima de todas esas diferencias, es posible cuando uno tiene la experiencia de verdad del amor de Dios, empezará a mirar a todo ser humano como un hermano como un compañero de camino y con misericordia de unos para otros ayudarnos.

Yo diría para los enfermos este mensaje es especialmente grande, porque la condición de enfermedad, que es una condición de todos hoy estáis algunos aquí, pero otros que no estamos pues estaremos más tarde o más temprano, nos acompaña en la vida. No es que la enfermedad sea un bien, la enfermedad no es un bien, lo que es un bien es conocer a Jesucristo y poder saber que el amor de Dios no tiene límites en medio de la enfermedad, saber que el Señor nos quiere, que Jesucristo os quiere que está siem-

pre a vuestro lado. Yo llevo todo este año, bueno ya llevo desde el año del Jubileo, haciendo Visita Pastoral y, en los pueblos visito todos los enfermos que puedo. No hace mucho en una aldeita muy pequeña me preguntaban: “¿Y dónde va usted ahora?” y yo les dije: “Pues voy a ver a Jesucristo” y se creyeron que iba a la ermita a ver alguna imagen o así. “No, no, voy a visitar enfermos. Igual que acompañamos a la imagen de Cristo en las procesiones o la imagen de la Virgen que la hemos acompañado esta mañana, yo quiero ir a ver a mi Señor que está de carne y hueso en aquel que está postado, y que sufre. Y estaba haciendo el recorrido esa mañana de la misma manera que uno recorre las estaciones del Vía Crucis, o como uno recorre las Iglesias para ver las imágenes en un día de fiesta o las estaciones en un Jueves Santo. Yo iba a ver a mi Señor, a mi Señor que está en la carne de mis hermanos porque somos miembros de Cristo y Cristo está más cerca del que más sufre del que más le duele del que más lo necesita. Jesús parte del anuncio de su misericordia que es lo que más necesitamos los hombres.

Perdonad que me alargue pero vamos a darle gracias a Dios por esta cercanía del Señor por la misericordia del Señor que todos necesitamos. Vamos a darle gracias por estar en esta vida sabiendo que hay alguien a quien podemos pedirle perdón, que hay alguien que está deseando darnos el perdón que le pedimos, que hay alguien que nos ama por encima de todas nuestras pequeñeces y de nuestras torpezas que nos ama como somos, que nos quiere como somos. Dios nos quiere como somos. Dios os quiere como sois hijos míos. Poder construir la vida sobre esto es poder construirla de un modo que no está abocado inexorablemente a la desesperación. Es poder vivirla con esperanza, con alegría, en medio del dolor que nos acompaña en la vida en medio de la enfermedad, pero con alegría, con la alegría de estar sostenidos y acompañados por un amor que no acaba nunca y que no puede destruir ni siquiera la muerte. Esa es nuestra Fe, esa es nuestra esperanza y esa es la posibilidad incluso de construir un mundo a la medida del corazón humano.

Antes de terminar con la bendición se van a imponer algunas medallas. Yo también quisiera corregir un error mío de antes y añadir una pequeña cosa a la homilía. Corregir un error yo no he mencionado, no me he dado cuenta de que estaban aquí presentes los representantes del Ayuntamiento

y luego cuando he bajado a dar la paz he visto que estaban ahí, quiero dar las gracias al Ayuntamiento, ya comprendéis que sin su colaboración no estaríamos aquí celebrando esta Eucaristía y se las doy de todo corazón.

Y la segunda cosa es que me quedo siempre con la preocupación de que si me ido mucho por las nubes al decir lo de la cultura de la caridad y esas cosas cuando vosotros tenéis experiencia de lo que eso significa en concreto. Yo recuerdo la primera vez que yo vine a celebrar a la ermita del Socorro la fiesta de Regla, pues la sorpresa que me llevé de ver no con el primor de cómo estaban colocadas la cantidad de ofrendas sencillas anónimas, humildes de un montón de gente del barrio, eso es la cultura de la caridad y esa capacidad esa generosidad enorme de la cual vosotros tenéis una enorme experiencia. ¡Dios Mío!

Yo no quería deciros esta mañana nada más que con la ayuda de la Virgen y especialmente en este año donde nos ponemos en camino para la Coronación pues que ella nos ayude, que el Señor nos ayude por su intersección a vivir más eso y a vivirlo en todas las dimensiones de la vida. Porque no es algo que haya de empezar como de cero, si tenéis una larga historia de generosidad! Si el pueblo Cordobés es conmovedor en ese sentido. Y dejarme decirlo de otra manera eso me da una enorme esperanza, porque no son los poderosos los que hacen la historia, no os lo creáis. Eso no es así. Es el pueblo quien la hace. Y cuando un pueblo quiere vivir de una determinada manera, es decir, cuando un pueblo pone el amor como contenido y centro y razón de la vida y conscientemente y libremente a pesar de todas las dificultades, las propias y las del entorno, se pone a vivir así eso es invencible, eso lo sostiene Dios. Eso es invencible. Y eso que los cordobeses decís “Es que somos muy senequistas, nosotros no nos movemos”. ¡Mentira! Lo decís así para poder iros de perol nada más, pero que es una excusa. Que cuando queréis una cosa lucháis por ella ¡Dios Mío! Me da casi vergüenza decir lucháis porque me siento ya...Luchamos por ella, que cuando amáis las cosas tenéis una generosidad, una disponibilidad y una creatividad preciosas. Si lo de senequistas os sigue sirviendo de excusa no digo yo que no lo uséis pero no es verdad. Sois otra cosa. Sois mucho mejor que senequistas-pasotas. ¡Vamos que no! Si un pueblo a mi me da una enorme esperanza, si un pueblo tiene la capacidad de amor, de generosidad que yo he conocido en tantas familias sencillas, humildes en el seno de la vida cotidiana, en la forma de vivir un pueblo, eso le permite a uno mirar con esperanza al futuro. Esa es la esperanza si nos ponemos en las manos de Dios y contamos con la protección y con la intersección de la Virgen del Socorro.

Nada más, que me quedaba yo con ganas de deciros esto y que también hay que darle las gracias a la Virgen por la mañana que no ha regalado, que es de lujo.

Vamos a imponer las medallas y terminamos con la bendición.

**INTERVENCIÓN DE D. JAVIER MARTÍNEZ, OBISPO DE CÓRDOBA,
DESPUÉS DE LA CONFERENCIA DE D. JESÚS SANZ EN EL
ENCUENTRO DIOCESANO SOBRE LA VIDA CONSAGRADA
Casa de Cursillos de Cristiandad "San Pablo
28/09/02.**

Muchísimas gracias, Jesús, por esta riquísima exposición que a todos nos hace pensar, y que a todos nos enriquece. Yo he visto que tú tenías un texto escrito y que no has leído, sino que has ido glosando sobre la marcha. Ya que no nos ha dado tiempo, nos das también la posibilidad de quedarnos con el texto y hacerlo llegar y difundirlo. Yo pienso que hay una riqueza enorme en lo que has dicho a lo largo de tu exposición, y en muchas ocasiones se entendía que la riqueza era mayor de lo que decías; que lo que hacías eran como sugerencias que tenían un trasfondo detrás muy grande. Una de las formas con la que podemos contribuir también, al menos a las comunidades religiosas o los distintos miembros de los distintos institutos de vida consagrada, lo mismo que a los laicos que quisierais, es haceros llegar el texto íntegro de la exposición. A los monasterios de vida contemplativa por supuesto que se lo haremos llegar, porque además están aquí tanto como nosotros o más que nosotros en el día de hoy, ¿no? Porque desde hace semanas están viviendo el Encuentro, y rezando y ofreciendo su vida por el Encuentro, y hoy lo están viviendo de una manera especial. Creo que incluso con la grabación se les va a poder hacer partícipes de todo, ¿no? Por lo tanto, se les puede hacer llegar para que, aunque sea en diferido, como en los partidos del mundial, pero que puedan ellas vivir nuestra comunión.

Yo sé que no nos queda tiempo, y que estamos en una sociedad en la que para resistir muchas horas sentados, y ya llevamos unas poquitas, hace falta que la película tenga por lo menos siete Oscars, si no enseguida nos agitamos, ¿no? Pero tampoco sabría ser vuestro Pastor si me resisto a no decirlos nada, o a limitarme al momento de la homilía, porque sería tan largo que añadiríais mala fama a mi ya mala fama en la longitud de las homilías. Y entonces, teniendo en cuenta que puede favorecer luego las ganas con que acometáis la comida, a mí me gustaría decir unas pocas cosas. Tal vez no pensando tanto en los religiosos, como recordando un poco el marco del significado profundo de los que estamos aquí, y pensando en la utilidad y el valor de lo que hemos oído; y sobre todo en la utilidad y el valor de todos

los que están aquí, y de los que no están aquí, que de maneras diferentes han consagrado su vida a Jesucristo, y el valor que tienen para nosotros, para los que no participamos de su vida. Y le pido al Señor que también nos ayude a comprender mejor qué es lo que está pasando, qué es lo que hemos perdido y qué es lo que podemos recuperar; qué es lo que está en el fondo de esas cinco vías que proponía al final Jesús en la conferencia.

Casi me atrevería a decir dónde está la razón profunda de por qué una vida consagrada es hoy un grito profético por sí mismo, dicho en un lenguaje muy intraeclesial. De una manera más laica se podría decir: Lo más revolucionario que ha hecho la redención de Cristo en el mundo, el hecho político de más trascendencia en el mundo, después de la muerte y la resurrección de Cristo, es la virginidad consagrada. Y no hay realidad de más trascendencia política en el mundo. Porque el hecho de consagrar la vida a Cristo, sea la forma que sea, significa proclamar con la propia vida que Jesús es Señor, que Jesucristo es Rey, y que todos los demás reyes y señores de este mundo no son más que vanidad. Y eso es explosivo en la historia. Sencillamente, ha sido explosivo en la historia: ha hecho veinte siglos de santidad, de libertad, de belleza,... Y yo creo que los mismos religiosos, y la Iglesia, no somos conscientes de ello. Porque esto significa, entre otras cosas, que si la vida consagrada pasa un mal momento, ese mal momento no es un mal momento para los religiosos: es un mal momento para todos. Es una situación trágica para todos, y a mí me importa, y no sólo como Pastor: me importa como cristiano. Porque una Iglesia sin vida consagrada puede ser una ONG muy eficaz, puede ser lo que queráis, una empresa de educación o lo que os dé la gana, pero no es la Iglesia de Jesucristo. El fruto más decisivo y maduro, donde se hace más evidente la Redención de Cristo, es en que haya personas perfectamente sanas, inteligentes, afectivamente exquisitas y llenas de buena salud psicológica, física y mental, que dan su vida a Alguien y dejan todo lo demás. Eso proclama por sí mismo que Jesucristo lo es todo. Y sin eso, la Iglesia no es la Iglesia de Jesucristo.

Por tanto, el bien de la vida religiosa nos importa a todos nosotros. Os importa a padres de familia, nos importa a sacerdotes, nos importa a todos. ¿Por qué? Porque la vida consagrada representa el ser de la Iglesia y el problema nuestro en ésta. El problema nuestro, de los cristianos de la Iglesia, en este momento de la historia en que vivimos, consiste en lo siguiente. Desde hace dos siglos, hemos dejado que el mundo nos diga quiénes somos, hemos dejado que el mundo nos diga qué es ser cristiano, qué es la Iglesia, qué es lo que podemos hacer y lo que no podemos hacer, cómo

tenemos que entendernos a nosotros mismos. Con lo cual, en la medida en que aceptamos ese marco en el que la sociedad nacida de la Ilustración coloca a la Iglesia, terminamos fácilmente no siendo inteligibles para nosotros mismos; es decir, no nos entendemos, porque nos empezamos a entender en unos términos que no son los de la tradición cristiana, sino los de la tradición liberal o la tradición del estado moderno. El estado moderno y la cultura que lo sostiene decide qué es lo que puede hacer la Iglesia, qué es lo que puede ser la Iglesia, qué es lo que significa ser cristiano, por ejemplo, diciendo que hay una libertad para las religiones, como si el cristianismo fuera una religión más. No, mire usted, nosotros no somos una religión, el cristianismo no es una religión. Ese es uno de los modos que nosotros aceptamos el lenguaje y la forma de hablar que el mundo nos dicta. Por tanto, para responder a la realidad de una manera que nos sirva a todos, sacerdotes, fieles cristianos laicos, para responder a la preocupación por la vida consagrada, la primera cuestión a la que tenemos que responder es: ¿Quién es la Iglesia? Y es algo que tenemos que plantearnos todos, porque todos estamos implicados; y en esta realidad, que es la vida de la Iglesia, la salud de unos miembros depende de la salud de los otros, y nadie podemos sentirnos indiferentes a lo que suceda en una arteria tan vital para la vida de la Iglesia como es la vida consagrada.

¿Quién es la Iglesia? El concilio recordaba que hay muchas imágenes que describen a la Iglesia, pero hay una que, no sólo no está al mismo nivel que las demás imágenes, sino que contiene dentro de sí una definición de la Iglesia. Y la palabra es la Esposa de Cristo. La Iglesia es la Esposa de Cristo. Y esto no es una creación tardía. Esto está en el mismo anuncio del Evangelio de la buena noticia. Una de las formas más bellas, más genuinas, más auténticas del modo en que Cristo propone su divinidad es presentarse a Sí mismo como el Esposo. Y Él habla de Sí mismo como el Esposo en bastantes ocasiones en el Evangelio. Y el Esposo es una referencia a Yahvé: el Esposo es Yahvé. En la tradición judía del antiguo testamento, en el lenguaje de la escritura que los discípulos de Jesús habían aprendido desde niños en las sinagogas, Israel es la esposa y Yahvé es su Esposo. Cuando Cristo habla de los amigos del esposo, refiriéndose a sus discípulos, o cuando cuenta la parábola de las vírgenes necias -una parábola donde no hay novia, sino sólo novio, sólo esposo-, está presentándose claramente a Sí mismo como el esposo esperado por los profetas y por la antigua alianza, que se ha hecho carne, y en su encarnación se ha unido a la humanidad, la ha unido a Sí mismo haciendo de ella su esposa, y haciendo verdad lo que es el principio clarificador de lo que significa incluso el matrimonio huma-

no. Serán los dos una sola carne. Por eso la definición de la Iglesia como Esposa de Cristo lleva consigo inmediatamente la otra gran imagen, que no es imagen sino definición. La Iglesia es Esposa de Cristo porque se ha unido a nosotros de un modo tan absolutamente incondicional y tan absolutamente fiel, que el matrimonio, el amor de un hombre y una mujer, sólo es comprensible a la luz de ese misterio de Cristo. Como diría San Pablo de Cristo y de su Iglesia, el amor terreno creado que ha dado lugar a toda la historia de la literatura desde que nosotros la conocemos, unos tres mil años a.C., y que seguirá dando lugar a más poesía, más drama, más literatura mientras el mundo exista, mientras haya mujeres y haya hombres. Eso es un reflejo, puesto en la creación, de aquello que Dios quería cuando creó el mundo, que es entregarse a Sí mismo a su propia criatura, y unirse a ella de tal modo que la criatura estuviese llena de Él, identificada con Él, siendo una cosa con Él. La Iglesia es la Esposa de Cristo. Es esa humanidad a la que Cristo se ha unido para comunicarle su especie y hacerla una cosa consigo. Y en la medida en que la Iglesia es la Esposa, es decir, en que todos nosotros -nuestra comunión constituye la realidad de la Iglesia y cada uno de nosotros constituye esa Esposa- pertenecemos por lo tanto a Cristo, en esa medida nosotros participamos de la redención, es decir, de la libertad con respecto a los poderes del mundo. Y la vida consagrada, en todas sus formas, es el modo de vida de la esposa hecho carne, el modo de la vida de la Iglesia, el modo de vida de la alianza bautismal, que es una alianza esponsal, signo visible público para todos nosotros y para el mundo. Por eso la vida consagrada tiene que existir en la Iglesia. Y tiene que existir con frescura, con libertad. Tiene que existir de una manera gozosa, porque la vida consagrada nos dice a todos los demás cristianos, me dice a mí, Pastor, que Cristo lo es todo de tal manera que uno puede darle efectivamente la libertad, la afectividad y las posesiones: que uno puede darle toda la vida, porque Él lo es todo. Y eso, yo, Obispo; vosotros, estudiantes; vosotros, matrimonios, parejas de novios: todos necesitamos verlo. No sólo que se nos diga. ¡Verlo con nuestros ojos! Con estos ojos nuestros, necesitamos ver en vidas humanas que Cristo lo es todo para una vida. Y si no lo vemos, vuestro noviazgo no tiene sentido, o entenderéis vuestro noviazgo a la luz de lo que dicen "Crónicas marcianas". Y la única manera de entender vuestro amor, vuestro amor humano -no estoy hablando de nada de espiritualina o místicoide, estoy hablando de las fibras del amor entre un hombre y una mujer-, es entenderlo a la luz del don que Dios hace de Sí mismo a su criatura en Cristo, que encuentra su respuesta en la Iglesia, Esposa que vive para su Esposo y que se realiza de manera visible y pública en las personas que uno conoce que han consagrado su vida a Cristo. Pero necesitamos verlo.

Necesitamos verlo para ser cristianos. Necesitamos verlo para vivir con gozo que somos la Esposa de Cristo, y que por tanto somos libres de este mundo, y este mundo no condiciona ni el gozo, ni la esperanza, ni la verdad de nuestra vida.

Vuelvo a mi afirmación inicial. La encarnación del Hijo de Dios es el hecho político, estético, ético, poned las dimensiones que queráis, es el hecho de la historia humana, el centro de la vida humana, la razón de ser de la creación, el hecho de más trascendencia política en la historia del mundo. Justamente, porque Dios se ha hecho Esposo de su criatura, surge la posibilidad de unas personas que viven su esponsabilidad para Cristo. Eso es tan así, que todo el mundo comprende que la dignidad de la mujer es un tema importante en el discurso político del siglo XX y de nuestro momento histórico. ¿Y si yo os dijera que la posibilidad histórica de la dignidad de la mujer empieza a existir en la historia porque unas jóvenes, de las que conocemos veintidós nombres -porque son las primeras mujeres cuya biografía conocemos-, deciden romper todas las reglas del imperio romano, según las cuales los padres disponían del matrimonio de sus hijos, para consagrarse como vírgenes a Cristo? ¿Si yo os dijera que el hecho de que vosotras hayáis podido elegir vuestros maridos libremente, sin que lo hicieran otros tutores legales o padres por vosotras, y que el matrimonio, tal como nosotros lo conocemos, ha sido posible en la historia porque al menos esas veintidós mujeres, rompiendo todas las reglas de una cultura multiseular y llena de prestigio como era la cultura romana, prefirieron sacrificar su vida, porque las veintidós murieron mártires, a perderse su consagración como esposas de Cristo? En el discurso sobre la dignidad de la mujer probablemente nunca os dirán esto, pero esto está cantado en la historia. Y eso sigue siendo verdad hoy.

Ante la tiranía con la que la cultura y el poder quieren agostar la vida humana y la misma presencia de los cristianos, la presencia de la vidas consagradas es una proclamación de que uno no puede construir la vida sobre esa mentira, de que hay otra propuesta, y otra propuesta de la que uno no puede avergonzarse; otra propuesta que uno pueda gritar al mundo como espacio de libertad. No es muy diferente nuestra situación de la que era en el tiempo de Lucía, Ágata, Inés, Cecilia, Anastasia, por mencionar sólo algunas de aquellas veintidós mujeres del siglo II. Pero entonces, aunque tenemos que analizar nuestros problemas vocacionales, lo que tenemos que recuperar, ante todo, es esto. Y desde aquí, estoy seguro: no tengáis ningún miedo, las vocaciones vienen. ¿O es que los chicos de nuestra genera-

ción no buscan que se realice la plenitud de su corazón? Para ello, no tienen nada más que mirar a alguien. Y si hay donde mirar, estad seguros de que tenéis vocaciones, no tenéis la menor duda. Lo que tienen es que poder mirar a alguien que pueda decir “yo soy feliz”.

Termino con esta anécdota. En estos debates sobre si la Iglesia está fuera del mundo, que dicen que pertenecemos al pasado, yo cada vez digo más: “Oiga, yo soy de cultura alternativa”. Y lo digo cada vez con más conciencia. Yo soy una alternativa al marasmo de tristeza, de amargura y de violencia en la que vive la gente. Me duele muchísimo que la gente viva así, pero doy infinitas gracias a Dios de no estar, por gracia de Dios, en ese marasmo. En un momento así, la vida consagrada ¡claro que puede florecer, explotar! La lógica del mundo secular, de esa sociedad que parece tan poderosa, no se sostiene a sí misma, no es capaz de sostener la alegría de nadie. Y esto lo reconocen los mismos ideólogos cuando no están en campaña electoral, es decir, cuando se le escapa algo de verdad de su corazón.

No tengáis miedo. Pedidle al Señor que podamos recuperar la conciencia de lo que somos. Y los que habéis sido ya llamados, no viváis vuestra vocación como si fuerais los últimos de Filipinas, por favor. Os necesitamos. Necesitamos vuestro gozo. Y yo, como Pastor, y mis sacerdotes, como presbíteros, estamos para servir a que podáis proclamar y gritar ese gozo en el mundo. Ese gozo es el evangelio hecho carne, es Cristo hecho carne, es Cristo que os une a Él como esposas. Así es como la tradición de la Iglesia os ha entendido. No hay ninguna mutilación en eso, todo lo contrario. Todo es nuestro, nosotros de Cristo y Cristo de Dios. Por favor, disfrutadlo.

MINISTERIO PASTORAL DEL OBISPO DIOCESANO JULIO-SEPTIEMBRE DE 2002

JULIO

- 01/07/02** **Visita Pastoral a Priego de Córdoba**
02/07/02 Preparación del Encuentro Diocesano sobre la Vida
 Consagrada. 18:00. Palacio Episcopal.
06-10/07/02 Encuentro Teen Star.
07/07/02 Eucaristía con los participantes del Encuentro Internacional
 Teen Star. 08:15. Catedral
 Toma de posesión del Obispo de Almería.
09/07/02 Conferencia del Cardenal López Trujillo. 20:30. Palacio
 Episcopal.
13/07/02 Visita Pastoral Priego de Córdoba
14/07/02 Visita Pastoral Priego de Córdoba
23-29/07/02 Jornada Mundial de la Juventud. Toronto.

SEPTIEMBRE

- 04/09/02 Visita Pastoral a Priego de Córdoba
05/09/02 Visita Pastoral a Priego de Córdoba
08/09/02 Misa en la festividad de la Fuensanta. 10:30.
09/09/02 Visita Pastoral a Priego de Córdoba
22/09/02 Misa de enfermos en la inauguración de actos del año de
 preparación para la Coronación Canónica de Ntra. Sra. del
 Socorro. 11:00. Plaza de la Corredera.
24/09/02 Misa con las HH. Mercedarias. 09:00. Casa Sacerdotal
26/09/02 Reunión con el Instituto "Redemptor Hominis". 18:00. Casa
 de San Antonio.
28/09/02 Encuentro Diocesano sobre la Vida Religiosa. 11:00. Casa de
 Cursillos de Cristiandad "San Pablo".
30/09/02 Apertura del curso Universidad de Córdoba. 11:30.
 Campus universitario de Rabanales.

Vida de la Diócesis

1. Nombramientos.
2. Decretos de aprobación y erección canónica de hermandades.
3. Modificación del Arciprestazgo de Noroeste y creación de los arciprestazgos del Centro y de Ciudad Jardín.
4. Nombramiento de Vicario Judicial Adjunto.
5. Nombramiento de Vice-Rector del Seminario Dicesano Misionero “Redemptoris Mater” «Nuestra Señora de la Fuensanta».
6. Nombramiento de Delegado Diocesano de Medios de Comunicación.
7. Consentimiento para el establecimiento de la Asociación Privada de Fieles “Movimiento Cultural Cristiano” en Córdoba.
8. Nombramiento de Vide-Rector del Seminario Dicesano “San Pelagio”.
9. Calendario previsto para la Diócesis octubre-diciembre de 2002.

Secretaría General

NOMBRAMIENTOS VII-IX-02

- 09/07/02 *Rvdo. Sr. D. David Aguilera Malagón*
Párroco de San Bartolomé Apóstol, de Morente (Córdoba)
- 09/07/02 *Rvdo. Sr. D. Vicente Castander Guzmán*
Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción, de Priego de Córdoba (Córdoba)
Vicario Parroquial de La Inmaculada Concepción, de la Aldea de la Concepción (Córdoba)
Vicario Parroquial de Ntra. Sra. del Rosario, de Castil de Campos (Córdoba)
Vicario Parroquial de Ntra. Sra. del Rosario, de Fuente Tójar (Córdoba)
- 09/07/02 *Rvdo. Sr. D. Antonio Javier Reyes Guerrero*
Párroco de San Pedro de Alcántara, de La Victoria (Córdoba)
Párroco de La Inmaculada Concepción, de San Sebastián de los Ballesteros (Córdoba)
- 09/07/02 *Rvdo. Sr. D. José Antonio Tejero Cárdenas*
Vicario Parroquial de San Francisco Solano, de Montilla (Córdoba)
- 15/07/02 *Rvdo. Sr. D. Pedro Soldado Barrios*
Administrador Parroquial de Ntra. Sra. de la Aurora, de Córdoba (hasta que se nombre al nuevo párroco)
- 04/09/02 *Rvdo. Sr. D. Ramón Martínez Montero*
Párroco de Ntra. Sra. del Carmen y Mercedes, de Priego de Córdoba (Córdoba)
Párroco de Ntra. Sra. del Carmen, de Las Lagunillas (Córdoba)
Párroco de Ntra. Sra. del Carmen, de El Higueral (Córdoba)
- 05/09/02 *Rvdo. Sr. D. Antonio Palma León*
Párroco de San Francisco de Asís, de Rute (Córdoba)

- 06/09/02 **Rvdo. Sr. D. Domingo Prados Romero**
 Párroco de San Mateo Apóstol, de Monturque (Córdoba)
 Párroco de San Antonio de Padua, de Huertas Bajas (Córdoba)
- 06/09/02 **Rvdo. Sr. D. Alfonso Rodríguez Ortega**
 Vicario Parroquial de Santa Marina de Aguas Santas y de La Vera Cruz, de Fernán Núñez (Córdoba)
- 10/09/02 **M.I. Sr. D. Alfredo Montes García**
 Vicario Judicial Adjunto
- 17/09/02 **Rvdo. Sr. D. Melchor Redondo Ortega**
 Vice-rector del Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater” «Ntra. Sra. de la Fuensanta» de Córdoba
 Vicario Parroquial de La Sagrada Familia, de Córdoba
- 18/09/02 **D. Iván de Vargas Papadópulos**
 Delegado Diocesano de Medios de Comunicación Social
- 20/09/02 **Rvdo. Sr. D. Adolfo Ariza Ariza, Diácono**
 Diácono al servicio de la Parroquia de La Inmaculada Concepción, de Villanueva del Rey (Córdoba)
 Diácono al servicio de la Parroquia de El Espíritu Santo, de Posadilla (Córdoba)
 Diácono al servicio de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Purificación, de Doña Rama (Córdoba)
- 20/09/02 **Rvdo. Sr. D. Pablo Jesús Garzón García, Diácono**
 Diácono al servicio de la Parroquia de Ntra. Sra. del Castillo, de Fuente Obejuna (Córdoba)
 Diácono al servicio de la Parroquia de San Juan Bautista, de Argallón (Córdoba)
 Diácono al servicio de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Coronada, de La Coronada (Córdoba)
 Diácono al servicio de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rocío, de Pinconcillo (Córdoba)
- 20/09/02 **Rvdo. Sr. D. Francisco Javier Muñoz Muñoz**
 Párroco de El Salvador, de Pedroche (Córdoba)

- 20/09/02 **Rvdo. Sr. D. Jesús Poyato Varo**
Párroco de Ntra. Sra. de la Asunción, de Bujalance (Córdoba)
Párroco de San Francisco de Asís, de Bujalance (Córdoba)
- 20/09/02 **Rvdo. Sr. D. Juan Diego Recio Moreno**
Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción, de Bujalance (Córdoba)
Vicario Parroquial de San Francisco de Asís, de Bujalance (Córdoba)
- 20/09/02 **Rvdo. P. D. José Ruiz Romero, O. Carm.**
Párroco de San Sebastián, de Hinojosa del Duque (Córdoba)
- 23/09/02 **Rvdo Sr. D. Juan Antonio García Romero**
Vicario Parroquial de La Inmaculada Concepción, de Almodóvar del Río (Córdoba)
- 23/09/02 **Rvdo. Sr. D. Mario Iceta Gavicagogeascoa**
Párroco de La Inmaculada Concepción, de Almodóvar del Río (Córdoba)
- 23/09/02 **Rvdo. Sr. D. Agustín Paulo Moreno Bravo**
Vice-rector del Seminario Diocesano «San Pelagio» de Córdoba
- 23/09/02 **Rvdo. Sr. D. Jesús Poyato Varo**
Capellán de las Carmelitas Descalzas, de Bujalance (Córdoba)
- 26/09/02 **Rvdo. P. D. Ignacio Andrío Lejarza**
Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de la Aurora, de Córdoba
- 27/09/02 **Rvdo. P. D. Víctor Aguirre Díaz**
Párroco de Ntra. Sra. de la Aurora, de Córdoba

DECRETOS DE ERECCIÓN CANÓNICA Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS

1.- Hermandad de Nuestra Señora del Rosario. Nueva Carteya. 24 Septiembre de 2002.

DECRETOS DE CONFIRMACIÓN DE ERECCIÓN CANÓNICA Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS

1.- Cofradía del Santo Vía Crucis del Santísimo Cristo de la Salud y María Santísima de las Penas. Castro del Río. 27 de Septiembre de 2002.

2.- Hermandad del Santísimo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora de Gracia y de la Amargura. Fuente Obejuna. 27 de Septiembre de 2002

DECRETO

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

Una mejor atención de las necesidades pastorales de las Parroquias que forman parte del actual Arciprestazgo de Centro-Ciudad Jardín, aconseja la división del mismo en dos nuevos Arciprestazgos, lo cual conlleva, además, la necesidad de reestructurar el arciprestazgo del Noroeste.

Por todo ello, después de oír el parecer de la Asamblea de Arciprestes y previa deliberación del Consejo Episcopal, en virtud de mis facultades

CREO LOS ARCIPRESTAZGOS DEL CENTRO Y DE CIUDAD JARDÍN Y
MODIFICO EL ARCIPRESTAZGO DE NOROESTE

quedando los mismos integrados por las siguientes Parroquias:

Arciprestazgo del Centro:

Parroquia de Cristo Rey y Nuestra Señora del Valle
Parroquia de El Salvador y Santo Domingo de Silos
Parroquia de Nuestra Señora de la Merced
Parroquia de San Juan y Todos los Santos (Trinidad)
Parroquia de San Nicolás de la Villa
Parroquia de San Miguel Arcángel
Parroquia de Santa María Madre de la Iglesia
Parroquia de Nuestra Señora de la Purificación (Trassierra)
Parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza

Arciprestazgo de Ciudad Jardín:

Parroquia de San Pelagio Mártir
Parroquia de la Inmaculada y San Alberto Magno
Parroquia de Nuestra Señora de Araceli

Parroquia de Santa Cecilia
Parroquia de Santa Teresa de Ávila
Parroquia de Nuestro Señor del Huerto y Virgen del Camino
Parroquia del Beato Álvaro de Córdoba

Arciprestazgo del Noroeste:

Parroquia del Inmaculado Corazón de María
Parroquia de San Antonio María Claret
Parroquia de las Santas Margaritas
Parroquia de Nuestra Señora de la Consolación
Parroquia de San Fernando
Parroquia de San Isidro Labrador
Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción
Parroquia de la Asunción y San Roque (Encinarejo)
Parroquia de Nuestra Señora del Carmen (Villarrubia)
Parroquia de Nuestra Señora del Rosario y Santa Beatriz de Silva

Publíquese este mi Decreto en el Boletín Oficial del Obispado y envíese copia auténtica al Vicario Episcopal de la Ciudad, a los Arciprestes y a los párrocos de las Parroquias afectadas.

Dado en Córdoba, a cuatro de Septiembre, del año dos mil dos.

Por mandato de S.E.R.

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Córdoba

Al M. I. Sr. D. ALFREDO MONTES GARCÍA

Siendo uno de los deberes que dimanaban del Ministerio Episcopal la administración de la justicia, dada la repentina enfermedad del Vicario Judicial, el Ilmo. Sr. D. Alonso García Molano, me ha parecido darle una ayuda, y concurriendo en tu persona las cualidades que te hacen idóneo según el canon 1420 § 3 y 4, por el presente, te nombro por un período de cuatro años

VICARIO JUDICIAL ADJUNTO

Te pido que desempeñes esta misión que te confío en comunión con el Vicario Judicial.

Confía en el Señor y en su gracia, en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo, para que este nuevo ministerio sea para el servicio de Cristo y de la Iglesia, y para el bien de las almas.

Córdoba, diez de septiembre del año dos mil dos.

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Secretario General-Canciller

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Córdoba

Al Rvdo. Sr. D. MELCHOR REDONDO ORTEGA

Conociendo tus dotes y cualidades, y de acuerdo con los Estatutos aprobados por mí el 29 de Junio 1999, arts. 13-15, por el presente **te nombro Vice-rector del Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater” «Ntra. Sra. de la Fuensanta», de Córdoba** en el marco del acuerdo firmado con el Cardenal Arzobispo de Madrid.

Para cumplir fielmente el oficio que te encomiendo, confía en la gracia de Jesucristo, en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo.

Dado en Córdoba, a diecisiete de Septiembre del año dos mil dos.

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Secretario General-Canciller

FRANCISCO JAVIER MARTINEZ FERNÁNDEZ
Por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Córdoba

Al Sr. D. IVÁN DE VARGAS PAPADÓPULOS

Su Santidad Juan Pablo II, en su carta Encíclica sobre las Misiones *Redemptoris Missio*, señala que las áreas culturales o areópagos modernos son símbolo de los nuevos ambientes donde debe proclamarse el Evangelio

«El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad y transformándola -como suele decirse- en una «aldea global». Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales. Las nuevas generaciones, sobre todo, crecen en un mundo condicionado por estos medios. [...] La evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta «nueva cultura» creada por la comunicación moderna. Es un problema complejo, ya que esta cultura nace, aun antes que los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos psicológicos. Mi predecesor Pablo VI decía que: “la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo” (EN 20); y el campo de la comunicación actual confirma plenamente este juicio» (RMi 37)

Conociendo tus dotes, cualidades, amor a la Iglesia y preocupación por la evangelización, por el presente, te nombro por un periodo de cuatro años

DELEGADO DIOCESANO DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Para cumplir fielmente el oficio que te encomiendo, confío en la gracia de Jesucristo, en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo.

Dado en Córdoba, a dieciocho de Septiembre del año dos mil dos.

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

+ Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Secretario General-Canciller

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE EA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE CÓRDOBA

La Asociación Privada de Fieles “MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO”, con domicilio social C/ Monforte de Lemos 162 (Librería DERSA) con código postal 28029 de Madrid, erigida canónicamente en persona jurídica privada de la Iglesia Católica por Decreto del Cardenal Ángel Suquía, Presidente de la Conferencia Episcopal Española, y aprobados sus Estatutos con fecha 22 de Mayo de 1995, solicita ahora del Obispo de Córdoba, en escrito del 20 de Marzo del año 2002, el debido consentimiento para establecerse y actuar en esta Diócesis conforme a los fines establecidos en sus Estatutos.

La Asociación tiene como finalidad la promoción y formación de militantes cristianos, sostenidos por una espiritualidad de conversión y encarnación entre los más pobres de la tierra, que desarrollen un amor progresivo a la Iglesia, partiendo de la familia y equipos militantes como expresión de ella. A esta primera finalidad hay que añadir el desarrollo de plataformas evangelizadoras en la sociedad.

Por ello, a tenor de la disciplina de la Iglesia, expresada sobre todo en los cc. 321-326 del vigente Código de Derecho Canónico, por las presentes, doy mi consentimiento para que la Asociación Privada de Fieles “MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO”, con domicilio social C/ La Rosa 6, 1º - 2º, 14002 - CÓRDOBA, puedan establecerse y actuar en la Diócesis de Córdoba, conforme a sus Estatutos y en comunión con las orientaciones pastorales del Obispo Diocesano. Deseo y pido al Señor que la Asociación produzca abundantes frutos de santidad, y que el testimonio de vida cristiana de sus miembros haga crecer en la Diócesis el conocimiento de Cristo y el amor a la Iglesia entre los hombres.

Consérvese un ejemplar de este Decreto en la Curia Diocesana y otro en el archivo de la Asociación.

Dado en Córdoba a veinte de Septiembre del año 2002.

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Secretario General-Canciller

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Córdoba

Al Rvdo. Sr. D. AGUSTÍN PAULO MORENO BRAVO

La formación de los alumnos del Seminario depende de unas normas sabias y, sobre todo, de un equipo educativo idóneo.

El Equipo educativo del Seminario debe ser consciente de que de su manera de pensar y actuar depende en gran medida el éxito de la formación de los seminaristas. Bajo la dirección del Rector debes formar una comunidad de espíritu y de acción muy unida y constituir entre ellos y con los alumnos una familia que responda a la oración del Señor: "Que todos sean uno". (O. T. n° 5).

Conociendo tus dotes y cualidades, por el presente **te nombro Vicerector del Seminario Diocesano «San Pelagio», de Córdoba.**

Para cumplir fielmente el oficio que te encomiendo, confía en la gracia de Jesucristo, en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo.

Dado en Córdoba, a veintitrés de Septiembre del año dos mil dos.

Por mandato de S.E.R.

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller

CALENDARIO PREVISTO PARA X-XII DE 2002.

- 16/10/02 Eucaristía en el primer aniversario Casa de Transeúntes.
18:30.
- 16-17/10/02 Asamblea de Arciprestes.
- 18-19 y 20/10/02 Peregrinación de jóvenes a Guadalupe.
- 19/10/02 Jornada Mundial (y colecta) por la evangelización de los pueblos.
Encuentro de inicio de curso de movimientos, grupos y asociaciones de laicos. Delegación de Apostolado Seglar. Betania.
Convivencia de la Fraternidad Ecuménica e Interreligiosa *Testamentum Domini*. Delegación de Ecumenismo.
Misa de acción de gracias por la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer.
- 20/10/02 Domund.
- 24/10/02 Misa en la Festividad de S. Rafael. 10:30. Iglesia del Juramento.
- 25/10/02 Misa de Acción de Gracias por la Canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer. 20:00. SIC.
- 26/10/02 Jornada de Inicio de Curso de Catequistas. Delegación de Catequesis. 11:15. Colegio Cervantes.
Eucaristía con el movimiento "Con vosotros está". 17:30. Iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón.
Escuela de formación de Cáritas Diocesana. Castillo del Maimón.
Asamblea nacional de la Adoración Nocturna en Córdoba.
- 27/10/02 Encuentro Diocesano de Cáritas. Castillo del Maimón.
- 28/10/02 Misa de inicio de Curso. 18:30. SIC. Lección inaugural. 20:00. Palacio Episcopal. 16/11/02 Día (y colecta) de la Iglesia Diocesana.
- 7/11/02 Eucaristía de acción de gracias por la Aprobación de los Estatutos del Camino Neocatecumenal. 20:30. SIC.
- 16-17/11/02 Jornadas Diocesanas de Pastoral de Migraciones.
- 8/11/02 18:30. Eucaristía Colegio Inmaculada Concepción en Palma del Río. Ágape con los niños.
- 30/11/02 Encuentro Diocesano: El ministerio Sacerdotal. Vigilia de Primer Domingo de Adviento.

- 15-30/12/02 Campaña de Navidad de Cáritas Diocesana.
23-30/12/02 Exposición “puertas abiertas” de los trabajos realizados en los talleres de manualidades y pintura, realizados en los programas de transeúntes y SIDA.
28/12/02 Jornada por la Familia y la Vida.

Conferencia Episcopal Española

Nota de prensa de la Oficina de
Información de la Conferencia
Episcopal Española sobre la “Corriente
‘Somos Iglesia’”

NOTA DE LA OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA SOBRE LA “CORRIENTE ‘SOMOS IGLESIA’”

Madrid, 10 de julio de 2002

Ante la creciente presencia en algunos Medios de Comunicación y en Internet de la “Corriente ‘Somos Iglesia’” la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española, con el fin de evitar la confusión entre el pueblo cristiano, desea manifestar lo siguiente:

1°.- La “Corriente ‘Somos Iglesia’”, a pesar del nombre que ha adoptado, no es un grupo eclesial y no ha recibido ninguna aprobación ni reconocimiento canónico.

2°.- La “Corriente ‘Somos Iglesia’” es una asociación civil que, desde el año 1995, acoge algunos grupos de procedencia cristiana que mantienen en común actitudes opuestas al Magisterio y a la disciplina de la Iglesia.

3°.- La “Corriente ‘Somos Iglesia’” propone afirmaciones y reivindicaciones que se apartan claramente de las enseñanzas de la Iglesia Católica, hieren y van en detrimento de la comunión eclesial.

4°.- Por tanto, es preciso que todos los católicos vivan en el seno de sus comunidades la comunión con toda la Iglesia (pastores y fieles) tomando conciencia de que los planteamientos de la “Corriente ‘Somos Iglesia’” no sólo no favorecen sino que impiden gravemente los caminos de la auténtica renovación eclesial postulada por el Concilio Vaticano II.

Necrológicas

M.I. Sr. D. Francisco Jurado Cuenca

M.I. Sr. D. Francisco Jurado Cuenca

Nació en Zamoranos (Córdoba) el 5 de septiembre de 1916, ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1942 en Córdoba.

Falleció en Córdoba el día 8 de julio de 2002, a los 85 años.

Ecónomo de Santa María de Gracia en Zambra (del 22/10/42 al 28/06/45); Ecónomo de San Miguel de Palenciana (del 19/06/45 al 30/07/48); Coadjutor de San Francisco Solano de Montilla (del 09/02/48 al 30/07/48); Coadjutor de San Nicolás de la Villa de Córdoba (del 01/08/48 al 25/08/49); Oficial Cancillería del Obispado (del 01/08/48 al 31/12/49); Capellán de las Siervas de María (del 01/09/50 al 07/01/73); Mayordomo del Seminario Diocesano (del 01/08/54 al 01/08/65); Encargado de San Lorenzo de Córdoba; Administrador del Seminario; Capellán de la Cruz Roja; Beneficiado de la S. I. Catedral (02/01/50); Notario Eclesiástico (02/01/50); Canónigo de la S.I. Catedral.